



Universidad Central de Venezuela
Facultad de Humanidades y Educación
Escuela de Comunicación Social

DOCENCIA EN CRISIS

Perfil periodístico del profesor de la UCV Rubén Peña, en el contexto de una academia en crisis

Trabajo especial de grado para optar a la Licenciatura en Comunicación Social

Tutor: Carrera, Hernán

Autor: Briceño Sanz, Juan Alejandro

Caracas, noviembre 2018

Resumen

En medio del contexto universitario de los últimos años, difícil de describir a plenitud, pero que pudiera considerarse de crisis progresiva, muchos profesores universitarios han abandonado la vida académica para buscar sustentarse por otras vías, cuando no irse del país. En ese contexto, el perfil de un profesor universitario no solo busca decir quién es, sino qué hace un profesor para sostenerse dentro de la crisis. Con una deserción estudiantil cercana al 50%, y una profesoral que no se queda atrás, la pregunta correcta no es por qué no se van, pues las causas parecen estar a la vista, sino por qué se quedan quienes lo hacen, y esa es la pregunta que va rondando este texto, de principio a fin, y, atada al quién es, la respuesta que buscamos es esa. Esta narración pretende dar cuenta de la vida de Rubén Peña, estudiante en un principio, investigador luego y, finalmente, profesor de la UCV, vida junto a la cual va transcurriendo el relato la crisis universitaria venezolana de principios del siglo XXI, traducida en vivencias personales.

Palabras claves: Crisis universitaria, UCV, Rubén Peña.

Abstract

In the actual context of Venezuela, many professors had left the universities to prove luck in other countries or other jobs. In this context of progressive crisis, the right question is not why they leave, but why they stay. Is that the topic of this work, that pretends describe the crisis in the Central University of Venezuela in recent years, through the life of Rubén Peña, professor and researcher of this academy. The crisis, in this story, translates into personal experiences, to show how the people are being affected by this.

Keywords: Crisis, story, Rubén Peña, UCV.

Índice General

Resumen.....	02
Abstract.....	03
Introducción.....	05
El perfil como género periodístico.....	05
La selección del personaje.....	08
La investigación.....	09
La redacción.....	10
La crisis universitaria.....	11
La precarización del salario.....	13
El problema presupuestario.....	16
Docencia en crisis.....	20
Capítulo 1.....	21
Capítulo 2.....	35
Capítulo 3.....	46
Capítulo 4.....	53
Capítulo 5.....	61
Capítulo 6.....	71
Capítulo 7.....	82
Capítulo 8.....	92
Epílogo.....	106
Referencias.....	112

Introducción

La presente investigación, realizada como trabajo de grado para optar por la licenciatura en comunicación social, fue realizada como un perfil periodístico, también llamado semblanza de personalidad por otros autores, al profesor de la Escuela de Comunicación Social Rubén Peña. Los motivos centrales son dos: contar una historia, y contar una crisis, porque no se puede hablar de una vida sin su contexto, y el contexto de los profesores universitarios venezolanos en general, y de este en particular, para comienzos del siglo XXI, van atados, necesariamente, a la crisis que atraviesan las universidades venezolanas, principalmente las autónomas, del cual nos planteamos presentar un bosquejo mediante este relato, a través de lo que ha ocurrido en la Universidad Central de Venezuela (UCV), la primera universidad del país, fundada originalmente como Universidad Real de Caracas en 1721.

Pero antes de entrar en materia propiamente, conviene resaltar varios aspectos que nos sirvieron para llevar a cabo la investigación, tales como la metodología, el uso de recursos literarios, la crisis universitaria, tantas veces mencionada pero pocas veces expuesta adecuadamente, la selección del personaje y otros pequeños aspectos que nos planteamos desglosar en la presente introducción.

1. El Perfil como género periodístico

Antes de continuar, conviene primero hablar un poco del perfil como género periodístico. Para seguir este tema nos dejamos guiar por la profesora de comunicación escrita de la facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra, Belén de Rosendo, principalmente por su ensayo El perfil como género periodístico.

Rosendo (2009) define el perfil de la siguiente manera: “El perfil es un tipo de texto periodístico que se ocupa de la persona concreta, generalmente aquella que está de actualidad, y que habla de su vida y/o carácter, mediante tres posibles procedimientos: la narración, la descripción y el diálogo” (p. 12).

Su centro, nos aclara, debe ser el individuo, pero no lo limita a esto ni tampoco lo distancia del resto de los elementos periodísticos, el perfil debe tener relevancia noticiosa,

debe tocar un tema actual, vigente, o de interés público, en él se debe ahondar en la vida del individuo a perfilar, descubrir su vida mediante entrevistas, observación participante, conversaciones con las personas allegadas e, incluso, con enemigos. El perfil busca descubrir al individuo en su contexto.

Rosendo divide la elaboración del perfil en tres pasos:

1. La selección del sujeto a perfilar, la cual debe hacerse según la actualidad del sujeto, la notoriedad de las acciones de la persona o la peculiaridad de su carácter.

2. El proceso de investigación, que consiste por un lado en múltiples entrevistas, pero por otro lado en un largo proceso de investigación documental, interpretación, selección de fuentes, reinterpretación, entre otros.

3. Finalmente, la tercera etapa es la de la redacción del perfil, la cual debe hacerse lo más alejado posible de los prejuicios personales del periodista. Respecto a esta última etapa no da Rosendo una metodología clara, sino que presenta diversas maneras posibles para la elaboración del perfil.

No deja de resaltar Rosendo la importancia que puede tener un perfil a la hora de presentar un evento noticioso, al tocar el fondo de lo humano y no los puros datos, al señalar cómo se presentan los problemas en la vida cotidiana de las personas, no solo al poner en contexto datos concretos, sino al presentar cómo se ven afectadas, de una u otra manera, por los hechos.

Las razones por las que decidimos presentar nuestra investigación a través de un perfil periodístico son varias: en primer lugar, porque si bien se quiere contextualizar la crisis universitaria y presentar sus posibles causas y las consecuencias que han tenido a lo largo de los años (una alta tasa de deserción estudiantil, pérdida de profesores, desmejora institucional e inmobiliaria del campus y en la calidad académica, entre tantas otras), el objetivo principal es contar una historia, la historia de una crisis.

Nuestro objetivo final fue realizar el perfil periodístico basado en el caso del profesor Rubén Peña, presentar uno de los rostros que se ha visto moldeado a partir de esta crisis, recogiendo con ello distintas visiones que este tiene de la situación universitaria, plasmando cómo la sobrellevan o cómo luchan contra ella distintos actores, y por qué se mantienen luchando en vez de, como han hecho ya muchos otros profesores, buscar mejor

suerte a partir de otra vía o mantenerse en la universidad simplemente como algo secundario.

Pretendemos, por lo tanto, convertir la presente investigación en el retrato de un momento histórico, enfocado en uno de los protagonistas de esta crisis, respecto a lo cual Tomás Eloy Martínez (1997) señala:

“La gran respuesta del periodismo escrito contemporáneo al desafío de los medios audiovisuales es descubrir, donde antes había sólo un hecho, al ser humano que está detrás de ese hecho, a la persona de carne y hueso afectada por los vientos de la realidad. La noticia ha dejado de ser objetiva para volverse individual. O mejor dicho: las noticias mejor contadas son aquellas que revelan, a través de la experiencia de una sola persona, todo lo que hace falta saber”.
(p. 2)

En este sentido, más que simplemente presentar los datos duros de la crisis universitaria venezolana, nos enfocaremos en mostrar, a través de la experiencia de una persona, cómo se vive esa crisis, cómo ésta afecta los modos de vida de las personas, basándonos en el testimonio de uno de sus protagonistas.

Insistiremos con Martínez (1997):

“En The New York Times del domingo 28 de septiembre, cuatro de los seis artículos de la primera página compartían un rasgo llamativo: cuando daban una noticia, los cuatro la contaban a través de la experiencia de un individuo en particular, un personaje paradigmático que reflejaba, por sí solo, todas las facetas de esa noticia. Lo que buscaban aquellos artículos era que el lector identificara un destino ajeno con su propio destino. Que el lector se dijera: a mí también puede pasarme esto. Cuando leemos que hubo cien mil víctimas en un maremoto de Bangla Desh, el dato nos asombra pero no nos conmueve. Si leyéramos, en cambio, la tragedia de una mujer que ha quedado sola en el mundo después del maremoto y siguiéramos paso a paso la historia de sus pérdidas, sabríamos todo lo que hay que saber sobre ese maremoto y todo lo que hay que saber sobre el azar y sobre las desgracias involuntarias y repentinas. Hegel primero, y después Borges, escribieron que la suerte de un hombre resume, en ciertos momentos esenciales, la suerte de todos los hombres”. (p. 1)

1.1 La selección del personaje

La selección del personaje obedeció a múltiples factores que se verán presentes en el texto central. Seguimos para esto lo señalado por Belén de Rosendo, obedeciendo a criterios como la notoriedad de las acciones del sujeto y la particularidad de su carácter.

La vida del profesor Rubén Peña, al menos desde mediados de la última década del siglo XX, está profundamente marcada por la universidad. En la actualidad ejerce como profesor contratado, cargo que debiera ser provisional pero que ocupa desde hace media docena de años. No obstante el cargo, ejerce labores como Coordinador Académico en la Escuela de Comunicación Social, y participa en actividades de investigación desde hace 13 años. Una vida académica medianamente corta, si la comparamos con otras, pero tenemos que aclarar que el profesor Rubén Peña está ligado a la universidad desde el año 1995, lo que, hasta la actualidad, suman 23 años, la mitad de su vida, que además encaja con la crisis universitaria del presente siglo.

La notoriedad de sus acciones se debe, principalmente, a que tanto Rubén, como la que fue su pareja durante muchos años, la profesora Zhandra Flores, no solo están profundamente ligados a la universidad desde su vida de pregrado, sino que, en unos tiempos en los que el salario iba en detrimento, ambos hacían un esfuerzo por vivir con poco, cada vez con menos, costeándose la vida a partir de su sueldo universitario. La academia, para ambos, es muy importante, ahí se conocieron, ahí hicieron su vida, de ella dependen, en determinada medida, ambos. Este aspecto es importante, porque en la actualidad mantenerse con sueldos de profesores universitarios es una tarea bastante complicada, y más trabajando como profesor a tiempo completo, con labores administrativas y de investigación.

Otro elemento importante es que Rubén viene de una tradición de izquierda, y se encuentra de repente bajo un gobierno que se fundamenta en ideas de izquierda y que, sin embargo, sistemáticamente, por vías institucionales o paralelas, ha mantenido un cerco contra las universidades autónomas del país, desmejorando continuamente su calidad.

Durante 23 de sus 45 años, y aunque con períodos de ruptura, la universidad ha sido central para Rubén Peña, ha marcado su vida, que se ha venido haciendo, sobre todo, dentro de los pasillos del campus. Ha sido el espacio de hacer amistades, de trabajo, de tener

relaciones, de formarse como persona, su espacio de lucha, y principalmente por esto nos pareció importante como sujeto a perfilar, capaz de narrar una crisis, continua y progresiva, que ha ido cambiando su vida.

1.2 La investigación

La investigación la dividimos, concretamente, en dos partes, la primera respecto a la crisis universitaria, de la que nos valimos sobre todo de la búsqueda de información documental, pero en la que también usamos la entrevista como herramienta para obtener información de primera mano, sobre todo de representantes de la Asociación de Profesores Universitarios de la UCV (Apucv).

Esta primera parte constó de visitas a la Hemeroteca Nacional, indagación en textos sobre el presupuesto universitario, diversos ensayos respecto a la crisis social y discursiva de los últimos años en el país, recopilación de datos sobre inflación, escasez, deterioro del salario y protestas dentro y fuera de la universidad, así como de diversos hechos que a lo largo de los años transcurrieron dentro del campus universitario, síntomas de una situación de deterioro constante y presente en múltiples ámbitos de la vida universitaria, pero también en la vida cotidiana del venezolano.

Esta etapa, sin embargo, quedaría parcialmente inconclusa, no por falta de dedicación, sino porque sería un trabajo demasiado arduo el describir el avance de la crisis venezolana, que obedece a distintos factores y que ha cobrado distintas narraciones a lo largo de los años, en gran medida por la misma polarización política. No obstante, nos sirvió de utilidad para visualizar el contexto dentro del cual se iban desarrollando los hechos narrados. Esta primera parte de la investigación se comenzó en el mes de mayo del presente año, y se extendió hasta principios de septiembre, en los días en los que se terminaba de redactar el presente trabajo.

La segunda parte de la investigación se centró, concretamente, en el sujeto a perfilar, el profesor Rubén Peña, antropólogo formado en la UCV, profesor e investigador de la misma casa de estudios. Esta etapa consistió, sobre todo, en más de una decena de entrevistas realizadas al profesor Peña y diversos allegados.

Además del profesor Peña, se entrevistaron compañeros, otros docentes que hacen vida, junto con él, en la institución y estudiantes. Nos valimos además de la observación de la vida cotidiana, dentro del campus universitario, del profesor Rubén Peña.

1.3 La redacción

En su artículo *Dónde estaba yo cuando escribí esto*, la periodista Leila Guerrero (2009) señala:

“Lo diré corto, lo diré rápido y lo diré claro: yo no creo que el periodismo sea un oficio menor, una suerte de escritura de bajo voltaje a la que puede aplicarse una creatividad rotosa y de segunda mano.

Es cierto que buena parte de lo que se publica consiste en textos que son al periodismo lo que los productos dietéticos son a la gastronomía: un simulacro de experiencia culinaria. Pero si me preguntan acerca de la pertinencia de aplicar la escritura creativa al periodismo, mi respuesta es el asombro: ¿no vivimos los periodistas de contar historias? ¿Y hay, entonces, otra forma deseable de contarlas que no sea contarlas bien?” (p. 2).

Un perfil no es solo la conjunción entre diálogo, narración y descripción, es un producto periodístico pero, también, un cuento, un relato que se echa y que se vale, para ser contado, de distintos recursos literarios, aunque no ficticios, que le dan no solo vida al relato, sino ritmo, cadencia, fluidez, movimiento, o, en términos más coloquiales: sabrosura.

Dentro de la redacción de este perfil utilizamos un narrador en apariencia omnisciente, que va reconstruyendo la vida de Rubén en determinados momentos clave, y que se va intercalando con algunos testimonios de el profesor Pedro Brito, amigo de larga data de Rubén; el profesor Tulio Olmos, representante de la Apucv, que nos habla de la crisis universitaria; la profesora Zhandra Flores, quien fue pareja y vivió, durante muchos años, junto al profesor Rubén; y nuestro propio testimonio, no solo como articulador del perfil, sino como estudiante universitario.

Esta técnica de narración omnisciente, utilizada en múltiples relatos de no ficción, es definida por el catedrático Gonzalo Saavedra (2000) como el «efecto omnisciente», el cual, explica, tiene como base fundamental el discurso de las fuentes.

También Víctor Fabián Latorre (2017) expone el tema del narrador omnisciente y su validez dentro del periodismo narrativo al explicar:

“Sobre la base de un exhaustivo trabajo de campo, como testigo, investigador y/o protagonista, el periodista se sumerge en la verdad de los hechos para luego reconstruir la historia con técnicas de narrativización que le permiten al lector transportarse a los lugares que describe el relato, revivir la acción de las escenas, sentirse en la piel de los personajes y convencerse de que todo lo que allí se muestra es fiel a lo que ocurrió” (p. 3).

Es importante aclarar que, pese al uso de recursos literarios que podrían generar la idea de un relato de ficción, todo lo dicho no es sino una reconstrucción de la información recabada en distintas entrevistas al profesor Rubén y algunos allegados, escenificado en el contexto de la época. Todo lo que aparece en el texto es, cuando menos, veraz. Incluso en los momentos en que el narrador habla de las ideas de Rubén, no se trata sino de algo que el mismo Rubén Peña asomó en alguna entrevista, extrapolado a la voz de un narrador que va reconstruyendo, con la información que tiene a la mano, el pasado.

Adicional a esto, con frecuencia la narración se ve acompañada con expresiones o extractos de las entrevistas realizadas al profesor Peña, las cuales complementan el texto principal y se ven señalizadas con cursivas.

2. La crisis universitaria

Las universidades autónomas venezolanas atraviesan una grave crisis, asunto que no es reciente pero que cada vez se profundiza más. Sin embargo, en el contexto venezolano actual, en el que una crisis se sobrepone a la otra de forma abrumadora, en tema universitario ha sido relegado a pequeñas notas informativas que no dan cuenta de todo lo que ocurre, ni de lo que significa para quienes hacen vida dentro de la academia.

Tras años de déficit presupuestario la crisis universitaria ya no se puede resumir solamente al presupuesto, sino que ha escalado a un tema académico e institucional,

además de la crisis de inseguridad que viven las universidades públicas y los magros salarios que perciben los profesores y trabajadores universitarios, lo que ha conllevado a otra más: la renuncia masiva de profesores y personal competente.

Para poner un ejemplo del deterioro que se ha vivido en menos de 20 años: un profesor universitario, con el cargo de titular a dedicación exclusiva, pasó a ganar el equivalente a 1.723 \$ mensuales, para el año 2000, a ganar, según la tasa de cambio oficial, la más optimista de todas, un salario que no llega a los 60\$ mensuales, para julio del 2018, cifra que baja hasta los 15\$ si usamos como referencia la tasa de cambio del mercado negro, que es a la cual tienen acceso la mayoría de los venezolanos.

Pero la crisis universitaria actual no se resume a un tema de salario, sino a una disminución de la calidad universitaria, en todo sentido, desde inicios del siglo hasta la actualidad, que pasa por un desmejoramiento de las condiciones laborales, la falta de acceso a nuevos textos, estudiantes menos preparados y falta de incentivos para la investigación e innovación. Todo esto provocado, entre otras cosas, a un cerco presupuestario que el gobierno, principal responsable de las universidades autónomas en Venezuela según la constitución, mantiene contra los centros de estudios, y distintas denuncias de violación de la autonomía universitaria.

La prensa que reseña estos hechos hace un abordaje de los mismos, casi siempre, de manera sesgada y enfocándose en un único punto, sin visualizar las múltiples causas y las amplias dimensiones del problema universitario actual.

Definir lo que en los medios de comunicación se suele denominar como “crisis universitaria” es un trabajo complejo, principalmente porque obedece a múltiples causas y esto se presta a múltiples interpretaciones, pero también porque estas múltiples causas han conllevado a múltiples efectos, los cuales terminan irrumpiendo en la academia, desmejorándola. Nos detendremos un momento en dos de estas causas, para intentar explicar la situación actual de la universidad, como lo son la precarización del sueldo, y el desmejoramiento del presupuesto de las universidades públicas, los cuales suelen ser los más mencionados dentro del ámbito universitario.

Por supuesto, todo esto circunscrito al ámbito de la Universidad Central de Venezuela, la primera y principal universidad del país, con casi 300 años de historia.

2.1 La precarización del salario

De 1982 hasta la actualidad la manera en la que se realizan los ajustes salariales tiene una metodología establecida, a través de las Normas de Homologación de Sueldo y Beneficios Adicionales, según las cuales las tablas salariales serían revisadas cada dos años por el Consejo Nacional de Universidades (CNU) y discutidas, además, con la Federación de Asociaciones de Profesores Universitarios de Venezuela (Fapuv). Esta metodología, publicada en Gaceta Oficial N° 32.539, el 17 de agosto del 82, sigue vigente solo en teoría, pues en la práctica fue rota en el año 2005, cuando el entonces presidente Chávez decretó el primer aumento unilateral para el sector universitario, rompiendo los métodos establecidos y, más importante, el diálogo social entre los sectores gremiales y el gobierno.

Esta ruptura entre el gobierno y las universidades es definida por la Fapuv, según cita el profesor y miembro de la Apucv Gregorio Afonso (2016), de la siguiente manera:

“A pesar de las diferencias con los distintos gobiernos y de los conflictos laborales siempre había la oportunidad de discusión para el logro de acuerdos en medio del respeto y del reconocimiento. Ahora bien, la relación del gremio con el gobierno de Chávez Frías ha tenido tres momentos importantes: el primero siendo Ministro de Educación Héctor Navarro y Luis Fuenmayor Toro, Director de la OPSU, la relación fue excelente. Las discusiones se dieron respetando el ajuste salarial convenido; en el segundo momento, con el Ministro de Educación Samuel Moncada (2004) se perdió totalmente la relación con el gremio, al punto que durante toda su gestión se le enviaron cuarenta comunicaciones solicitando audiencia y nunca fueron respondidas, y mucho menos atendidos como gremio. Es así como, a través de una rueda de prensa en el 2006 el Ministro informa la decisión unilateral sobre el ajuste salarial del 34% para los titulares y el 40% para los instructores, decisión que rompe con el esquema de un mayor aumento para los profesores de mayor rango académico. Finalmente, con el Ministro de Educación Superior Luis Acuña desde el 2006 y el profesor Antonio Castejón como Director de la OPSU, mejoró la atención y el diálogo pero no la respuesta a las necesidades gremiales” (p. 10).

Esta práctica se repitió durante el año 2008, 2011, 2013, 2014 y en adelante, con el agravante de que durante los años 2009, 2010 y 2012 no hubo ajuste salarial, todos estos años caracterizados, según el Fondo Monetario Internacional (FMI), por tener una inflación que rondaba el 30%, lo que llevó a que para el 2014 el sueldo de un profesor universitario representara 1.66 sueldos mínimos, y en 2015, durante unos meses, el sueldo del profesor universitario quedó incluso por debajo del salario mínimo. Es importante aclarar, para que se entienda la relación y la situación de precarización, que para el 2014, según Cendas, eran necesarios cerca de 4 sueldos mínimos para cubrir la canasta básica alimentaria, y para el año siguiente, cuando un profesor universitario llegó a estar incluso por debajo del sueldo mínimo durante 3 meses, eran necesarios 10 sueldos mínimos para cubrir la canasta alimentaria, sin añadir aquí otros gastos.

Durante los años siguientes, respectivamente, la inflación sería de 111,8%, 254,5% y de 1087,5% para el 2017, y todos los aumentos al salario mínimo y al sector universitario de esos años se quedarían cortos, llevando el poder adquisitivo de los profesores universitarios, y del venezolano en general, a pique.

Respecto a esto, Afonso (2016) señala:

“Los años de desconocimiento absoluto de las NHPDI presentan dos características que vale la pena considerar. La primera, se desarrollan, de un lado, en un contexto de crecimiento exponencial de la nómina de trabajadores públicos como consecuencia de la profundización de los procesos de estatizaciones a partir de 2008 y de otro, en el marco de una alta inflación, por lo que de respetarse lo establecido en las Normas de Homologación obligaba al Estado a incrementos salariales para el PDI del mismo orientados por este indicador macroeconómico. Sin embargo, esa consideración no ha estado presente en los momentos en que el ejecutivo nacional ha aprobado aumentos de los sueldos del PDI, con lo cual se deterioró aceleradamente las remuneraciones de los docentes universitarios. La segunda característica es que el Estado Venezolano ha pretendido desconocer la competencia del CNU en materia de definición de Salarios para adjudicarle potestad absoluta los Ministerio de Educación Universitaria y de Trabajo y Seguridad Social, para tales fines ha impulsado las Convecciones Colectivas en el marco de reuniones de Normativa Laboral como instrumento único para establecer los sueldos de los universitarios” (p. 8).

Todo esto trajo varias consecuencias, entre otras, la descapitalización del recurso humano de la UCV y la reducción del personal docente que se dedique de manera exclusiva

a sus labores de docencia y de investigación, a tal punto que del 2009 al 2015, según Afonso (2016), la UCV registró 1122 desincorporaciones docentes. 619 de estas fueron propiamente renunciadas, lo que equivale a una renuncia cada 4 días durante este período de 6 años, en promedio. Respecto a esto señalaba el Núcleo de Decanos de la UCV, para el año 2013, lo siguiente:

“El deterioro progresivo de los sueldos y salarios de nuestros profesores, empleados y obreros, acentuado en los últimos cinco años, ha llegado actualmente a niveles insostenibles, representando una auténtica amenaza para la supervivencia de la Institución, no sólo por la imposibilidad de captar nuevos cuadros o simplemente llenar las vacantes, hacer atractivos los concursos de cargos o evitar el éxodo masivo de profesores, sino porque atenta directamente contra lo que ha sido durante siglos la principal fortaleza institucional, su capital humano, formado por años con gran esfuerzo y dedicación. La pérdida de sus recursos humanos, causada por la baja remuneración y un franco deterioro de las condiciones de trabajo, pone en riesgo de muerte a la Academia” (Afonso, 2016. P. 14).

A su vez, la Gerencia de Desarrollo Docente y Estudiantil del Vicerrectorado Académico de la UCV señalaba, para el 2016:

“Definitivamente un mejor sueldo no hace un mejor docente ¿ok?, eso está comprobado. Los beneficios socioeconómicos no necesariamente impactan la calidad del servicio profesional que el profesional presta, es decir, un buen médico sería un buen médico con un buen o mal sueldo, pero un mal sueldo lo que hace es evitar que los mejores se incorporen a este tipo de actividad laboral, eso es lo que está sucediendo, es lo que está sucediendo a través de los concursos de oposición, es que quedan desierto ¿por qué? Porque a los mejores no les interesa o apuestan por otra trayectoria laboral que le garantice mejores compensaciones de acuerdo con su formación profesional, eso impacta porque no necesariamente ingresan los mejores, entonces, se dan dos situaciones: quedan desierto o no ingresan los mejores, lo que conduce a que uno en los concursos de oposición, se evalúen más por el potencial que por el presente, eso impacta directamente a la academia sin que suponga la ausencia de profesor. Si hacemos un ranking, a lo mejor de cada 10, dos o tres están dentro de los que ganarían el concurso de oposición, eso conduce a que el proceso de formación del resto alcance 6 o 7 años con las consecuencias académicas que eso genera...” (Afonso, 2016. P. 15).

De todo esto se puede colegir el impacto que han tenido los bajos sueldos de los profesores universitarios, no solo sobre los docentes sino sobre la academia en general.

2.2 El problema presupuestario

No es poco lo que se ha dicho respecto al presupuesto universitario. Ciertamente es que si miramos los números, año tras años, con algunas excepciones, el presupuesto universitario ha venido en aumento, pero se trata de aumentos de carácter bastante relativo, pues cuando se cotejan con las cifras de inflación, especialmente del 2008 a la actualidad, se evidencia que estos aumentos se quedan cortos y lo que parece un presupuesto en constante crecimiento se vuelve, en realidad, un monto que cada año alcanza para menos. Revisemos de cerca las cifras:

AÑO	PRESUPUESTO ASIGNADO	INFLACIÓN SEGÚN FMI
2008	654.877.61,63,00	31,4%
2009	1.010.446.454,00	26%
2010	1.016.099.112,00	28,2%
2011	1.257.827.660,00	26,2%
2012	1.257.827.666,00	21,1%
2013	1.557.644.272,00	43,5%
2014	2.273.409.997,00	57,3%
2015	3.144.247.239,00	111,8%
2016	4.400.000.000,00	254,4%
2017	28.854.646.197,00	1087,5%

Estas cifras fueron tomadas, hasta el 2015, según fuentes de la Universidad Central de Venezuela, y del 2015 en adelante según la información publicada en medios de comunicación.

Es fácil notar cómo el presupuesto ha ido menguando, pese al aumento en la cifra, en su valor real. Del 2007 al 2008, el presupuesto universitario se mantuvo, cosa que volvemos a ver en los dos años siguientes (2009-2010) donde el aumento fue casi nulo, y durante el período 2011-2012, pese a que la inflación anual seguía por encima del 20% en todos estos años. Ya del 2014 en adelante el presupuesto universitario empieza a tener

“aumentos” más significativos, pero que terminan siendo nulos cuando se los compara con la inflación del país, y que al ser analizados en su totalidad terminan dando como resultado una disminución progresiva del presupuesto universitario.

Para el 2018 el presupuesto asignado a la UCV superaba los 220 mil millones de bolívares, pero, pese a lo escandalosa que pueda parecer la cifra, este aumento volvió a quedarse corto frente a una escalada hiperinflacionaria sin precedentes en el país. Alejandro Werner, economista jefe del FMI para América Latina, señalaba para julio del presente año: "Proyectamos un estallido de la inflación hasta 1.000.000% para el fin de 2018, para indicar que la situación en Venezuela es similar a la de Alemania en 1923 o Zimbabue a fines de la década de 2000".

Claro que quedarnos nada más con esta cifra sería falsear los hechos, pues es cierto que de manera regular el Estado se ha dedicado a subsanar algunas fallas del presupuesto ordinario con créditos adicionales, sin embargo, según denuncias las autoridades universitarias, estos siguen siendo insuficientes.

Respecto al tema presupuestario, la rectora de la UCV, Cecilia García Arocha, comentaba en enero del 2017 a la periodista de El Nacional Olgalinda Pimente:

“La situación es muy complicada porque el presupuesto es reconducido. El ministerio asignó 28.854.646.197 bolívares. Otorgan 30% del 100% que pedimos y 80% se va en sueldos y salarios. Tendremos la misma situación de 2016, es decir, un presupuesto para funcionar hasta mayo o junio y de nuevo solicitar créditos adicionales. Con una inflación tan grave se afecta el presupuesto para el funcionamiento que cada día es más exiguo e impide hacer mejor investigación, formación de recursos humanos. Las carreras más afectadas son las relacionadas con la salud. En Odontología, 90% de los rubros utilizados son importados y no se consiguen en el mercado interno. La Facultad de Ciencias tiene deficiencias en sus laboratorios y reactivos; también las formadoras en actividades del campo como Agronomía; en Faces necesitan textos, libros... Hay un impacto negativo en todas las facultades. En la de Ciencias, inclusive, el ingreso de estudiantes es cada vez menor y no porque se limite el acceso, sino por las fallas en laboratorios, en los reactivos... El traslado y la deserción son muy grandes”.

Pero el tema de la crisis universitaria, de nuevo, no queda solo hasta ahí. El problema pareciera ser más grande, y envolver no solo a las instituciones universitarias autónomas, sino a múltiples instituciones en el país que han sufrido una ruptura del diálogo social que sobrepasa el tema salarial o presupuestario, y que ha estado presente desde principios del siglo XXI en Venezuela, y que en la universidad empiezan a manifestarse a través de los aumentos salariales decididos unilateralmente, la asignación de presupuestos que no toman en cuenta las necesidades de la universidad, y posteriormente con la suspensión de elecciones de autoridades universitarias, a través de una sentencia de la Sala Electoral del Tribunal Supremo de Justicia, y luego de la Sala Constitucional, hecha en el 2011, bajo el argumento de reformar el reglamento electoral de la institución.

Al respecto, Afonso (2013) comenta:

“Desde muy temprano el gobierno liderado por el presidente Hugo Chávez da muestra de su vocación contraria al diálogo social, esto lo evidencia a través de su política contraria a la libertad de asociación, a la negociación colectiva y en especial, contra la libertad sindical. Las primeras acciones en esta dirección podrían resumirse en:

a) la eliminación de la autonomía sindical en lo relativo a su facultad de organizar sus procesos eleccionarios, estos ahora por disposición constitucional dependerían del Consejo Nacional Electoral (CNE). Esto ha sido reiteradamente denunciado nacional e internacionalmente por el movimiento sindical Venezolano logrando que la OIT se haya manifestado que esta decisión viola el convenio 87 y 98 ya que atenta contra la libertad sindical, más aún cuando el Estado introduce el concepto de mora electoral para no discutir convenciones colectivas con sindicatos que presenten atrasos en sus procesos eleccionarios. En la mayoría de los casos estos retardos responden a la carencia de respuestas oportunas por el poder electoral o exigencias burocráticas de difícil cumplimiento para las organizaciones de trabajadores, sean gremios o sindicatos. En Venezuela es importante el número de organizaciones de trabajadores que producto de esta política injerencista del Poder Electoral no han podido realizar elecciones, dos casos a título de ejemplo, podrían ser la Federación Médica Venezolana con más de 15 años sin elecciones o la Federación de Asociaciones de Profesores Universitarios, la cual se aproxima a 10 años en igual situación” (p. 10).

Nos quedaríamos cortos si pretendiéramos abordar esta problemática, bastante estudiada y comentada desde diversas perspectivas, compleja además, y que vendría a ser tema de un trabajo completamente distinto al presente. Cumplimos, no obstante, con

nombrarla, como otro de los aspectos que están presentes en nuestro trabajo, que más que explicar, busca mostrar esta problemática.

DOCENCIA EN CRISIS

Capítulo 1

No sabemos si el día era nublado o soleado, si la brisa venía del este o del oeste o si el sol le daba en los ojos o en la espalda, tampoco tenemos una certeza absoluta sobre si se trataba de la mañana o de la tarde, lo que podemos inferir es que algunos carros andaban por las calles, como siempre lo hacen, de aquí para allá y de allá para acá, y que otros transeúntes tropezaban con aquel. Habría quienes iban y venían del trabajo, o simplemente andaban en alguna diligencia e incluso, como siempre pasa, estarían los que solo habían salido a dar una vuelta porque caminar les aliviaba algún peso. Entre estos últimos estaba nuestro sujeto. Eran, como lo son los actuales, tiempos de crisis, y no faltarían en las entradas de los edificios los vecinos que se detenían a hablar de lo insoportable de la situación, que algo tenía que ocurrir, de alguna manera, algún alguien llegaría, el mesías, quizá, a salvarnos el pellejo. El famoso “Por ahora” de Chávez Candanga, como después se le conocería, ya había resonado años antes en las televisoras, Caldera había prometido liberarlo y así lo había hecho mediante un indulto recién electo como presidente de la, en aquel entonces, República de Venezuela. Por algún monte andaría en esos días el comandante haciendo de las suyas, lanzando discursos, abrazando viejitas, todo con su carisma natural ajeno al componente militar pero cercano a las personas.

No corresponde a esta historia, sin embargo, seguir la historia de aquel teniente coronel que en los años siguientes se haría con el cargo de comandante en Jefe, ascenso bastante acelerado si nos ponemos a ver, pero que quedará para otro cuento. Lo que nos toca es la historia de este cadete que vemos pasando por aquí, cuatro años lleva ya en este trajín de la milicia, cadete de cuarto año le dicen, ya pasó los primeros tres y está por graduarse, a un año de distancia se vislumbra el acto de ascenso, ya dejaría entonces de ser el cadete Peña y pasaría a ser el sargento Peña, anónimo como otros tantos, escondido en el grupo, en la manada de hombres que siguen órdenes, pero no es así como lo encontramos ahorita, no está en ese anonimato, sino en otro, el anonimato de un hombre que va por la calle en su soledad, hundido hasta el fondo en sus pensamientos, diatribas emocionales, incomodidades, situándose en un mañana en el que no se ve como el sargento Peña. ¿Cómo se ve entonces?

Que hay preguntas cuyas respuestas nos son ininteligibles no es cosa nueva, y el cadete Peña lo saborea en este momento, sintiéndose cada vez menos cadete o, mejor dicho, dándose cuenta de que no es un cadete, que es persona por debajo de ese disfraz de cadete que usa siempre, y que la persona y el disfraz son cosas distintas, con rumbos distintos. El suyo no lo tiene claro, pero un gran No resuena en su cabeza. Podemos permitirnos suponer que en algún punto de su caminata enciende un cigarro, él, Peña, el que no se siente cadete, ya por aquellos tiempos le había cogido el gusto a los pitillos de nicotina, y dándole jalones al cigarrillo continúa su marcha. La dirección no la tiene clara, pero tampoco importa, no va caminando para llegar a algún lugar, lo hace más bien para llegar a una conclusión, algo se cierra en él, un ciclo, lo que había empezado por Sí finaliza en un No, y aquel No abre una nueva brecha en su vida, el poder de lanzar al infinito nuevos síes y noes, negarse ahora, negar su ahora, para poder afirmarse una y otra vez de este punto en adelante y para siempre, en todos los para siempre que dura una vida, como un jardín de senderos que se bifurcan.

Si le preguntásemos ahora, como en efecto hicimos, cómo tomó la decisión, dirá que fue una brisa, un hálito, un viento que lo cruzó de repente. Cuatro años de trabajo duro, de seguir órdenes, de resolver y reinventarse para solucionar problemas que otros le imponían, cuatro años que formaron un carácter, cuatro años de su vida pasaron para que tomara esta decisión, 1500 días, si promediamos, 36000 horas, una cifra exorbitante de minutos, y ahí está ahora, dando más jalones al cigarrillo que ya se acaba, sin sentir peso alguno, casi creyendo que alcanzó la resolución, unos pocos pasos más le bastan, se detiene. Mira a lo lejos el final de la avenida que desemboca en nuevas calles y avenidas, uno que otro carro que transita, arroja el filtro del cigarro ya consumido, lo pisa y ya no es más el cadete Peña, o se da cuenta de que nunca lo fue, de que había un parapeto que llamaban cadete Peña, una pantomima de hombre, bastante capaz, activo, fornido, siempre dispuesto, pero inevitablemente una pantomima. Sin embargo, cuando da la vuelta y empieza a devolver su marcha ya no es más pantomima, aquel No pasa a ser Sí y la oración deja de ser “No soy el cadete Peña” para convertirse en “Soy Rubén Peña”, ahí va con el rostro aindiado que siempre lo ha caracterizado, estatura media, el cabello negro y liso, sonriendo escondido del mundo no porque alguien le haya ordenado que tiene que sonreír, sino porque elige hacerlo, porque de aquí en adelante elegirá una y otra vez su propia vida,

esa misma que tiene por delante y que no sabe cómo concluirá, no se preocupa por ello en este momento, la incertidumbre del existir no lo angustia en esta hora, se complace simplemente con dar el próximo paso, luego el otro, el que le sigue y allá se pierde en la densidad de la vida caraqueña. Corría el año 1994 y un cadete dejaba de ser cadete, renunciaba a su oficio con mucho gusto, el mundo se abría frente a él.

Pasaron los meses, el tiempo que es llenado con vivencias, a veces significativas, otras no tantas, el retorno a la casa de los padres se había hecho sin arrastrar desilusiones, aunque alguna que otra decepción habría, el hijo que iba a ser militar ya no lo sería, volvía a la casa, a su habitación, a trabajar en el taller de cerámica de su padre, de vuelta al barrio Los Alpes, en El Cementerio, el mismo en el cual había aprendido a hacer pelotas con cartón y tirro, el mismo donde pasó sus navidades de la infancia, los reencuentros familiares, el mismo barrio que había venido creciendo con él, llenándose cada vez más de pequeños ranchos, de nuevas familias y apellidos. Volvía al lugar en el que había dejado su vida, la retomaba ahora como si se hubiese quedado allí, esperándolo, en la misma incertidumbre por el mañana que creyó haber perdido. ¿Y ahora qué? Aquella pregunta tuvo que haber pasado por su mente durante esos días, por la suya y la de sus padres, sus hermanos. ¿Volver al barrio para ser qué, para hacer qué? ¿Qué le tocaba hacer ahora?

Se dio tiempo en su soledad. Rondaba ya sus 22 años, edad suficiente para ser un muchacho hecho y derecho, de pantalón largo, según las costumbres criollas. Que de hambre no se moriría era cosa clara, ya a esa edad mucho había aprendido, desde pequeño se las había arreglado para reparar aparatos electrónicos que su papá llevaba a la casa: “Si lo arreglas, es tuyo”, le decía, o una frase similar, que significaba lo mismo. Aquel incentivo fue suficiente para aprender a desarmar y armar nuevamente, saldando los daños. También había aprendido a coser, hacer prendas de vestir, al principio de su mamá que se dedicaba al oficio, luego con un sastre que le pagó con enseñanzas el tiempo que él invertía en ayudarlo. Muchos años después, 23 para ser exactos, al recordarse pintando con delicadeza las cerámicas que su papá vendía, los ojos se le enturbian, sin humedecerse.

¿Sería eso la vida? Ser uno más que aprende un oficio, se queda en el barrio, crece, construye su anexo o su propio ranchito, consigue un trabajo que le pesa pero le garantiza una quincena, un cheque cada 15 días, tomarse unas birras con los vecinos los fines de

semana, recordar deseos, sueños de la infancia, sopesarlos en la adultez, impotente. ¿Sería eso y ya? Unos cuantos cigarrillos consumiría pensándolo, seguramente caminó la idea una y otra vez, oculto en sus pensamientos, en su anonimato personal, viviendo como una sombra a la zaga de su propia vida. Pensó en estudiar, en hacerse con un título universitario, y cuando lo pensaba a su vez sentía miedo de sus deseos, de no poder llevarlos a cabo, de recorrerlos para abandonarlos a mitad de camino como había hecho con la vida militar. Miedo de que la vida se le volviera un constante e ir y venir sin parar en ningún lado.

Pasa a veces que las cosas ocurren y ya, un día te levantas y echas al olvido tu sueño de ser aviador en el ejército, unos meses después te acuestas para despertarte al día siguiente con la idea de ser médico. Te levantas y simplemente eso, tienes la idea ahí, entre ceja y ceja, como se suele decir, encasquetada, no se la comentas a nadie, la retienes para ti mismo, la escondes como un objeto preciado, como una perla guardada en un pañuelo que se lleva siempre en el bolsillo, estás pintando cerámicas y, mientras nadie te ve, la buscas con la mano, palpas la tela que la envuelve, ahí sigue, te acompaña, te vas acostumbrando a vivir con ella, a que te persiga o, mejor dicho, la persigas a ella. Así hubo de ocurrirle a nuestro excadete Rubén, serían esos sus primeros coqueteos con la idea de estudiar en una universidad, sin que llegara a pensar en un plan que lo llevara hasta allá, sosteniendo la idea como una ilusión, un final inalcanzable. Era algo, por supuesto, ambicioso, *un hijo de Pedro y de María*, salido del barrio Los Alpes, convertido en médico de la república, “Doctor”, le dirían al pasar, “Doctorísimo”, y Rubén se imaginaba no en esa escena, sino en un consultorio o en una operación, quizá en una tertulia de hospital, con su bata blanca que no sería de chichero.

Ya una década antes de que los acontecimientos cobraran su curso, Rubén Blades sacaba una canción que decía: *La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida, ay, Dios*, sentencia que había dejado a Pedro Navaja tirado en la acera y que llevaba, ya para principios del años 95, al excadete a pisar los pasillos de la Universidad Central de Venezuela (UCV), no por convicción ni destino, sino por pequeñas causalidades a las que se les pierde el rastro y que terminamos llamando casualidades. Claro que ya había andado aquellos jardines antes, de pequeño una y otra vez había estado allí para jugar con bate y pelota, junto a sus amigos de Los Alpes, e incluso muchos años después todavía logra

recordar que en un batazo en el que la emoción llegó a su tope la pelota fue a dar directo a una de las ventanas del edificio en el que en la actualidad da clases, delito del que salió impune como suelen salir de ellos los niños, a punta de correr para no ser encontrado. Pero en aquel entonces, por allá en el 95, no estaba allí con bate y pelota, sino con papel y lápiz, lejos todavía de cualquier proyecto que lo llevara a la Escuela de Medicina. Había ido hasta allí para apoyar a su hermana menor, que quería hacer estudios en la Escuela de Antropología, y aquel apoyo no se quedaba nada más en un acompañamiento hasta la puerta del salón, sino que para calmar los nervios de la hermana se había decidido a presentar él también la prueba.

No se le hizo cosa complicada, después de todo cuatro años en la academia militar habían dejado algo, un saber práctico, algún aprendizaje. Tampoco le interesó demasiado, ¿qué sabía él de antropología? Nada. Sabía de un tal Indiana Jones, lo asociaba a eso y ya, el resto era un extenso panorama en blanco. De allí salió como entró, junto a su hermana, y su vida continuó como una serie de puntos marcados en una extensa hoja, puntos que se van uniendo para luego separarse y quedar perpetuamente anudados por espacios vacíos en la memoria.

Aquel episodio hubiese sido completamente insignificante en su vida, se habría convertido sin duda en un olvido, de no ser porque tiempo después le llegó la noticia: su hermana no había quedado seleccionada para ser estudiante de Antropología en la UCV, pero él sí. La vida cobraba un nuevo cauce, o al menos se le brindaba una opción, pero, ¿de qué? Que Rubén Peña no supiera nada de antropología para entonces ya lo hemos recalado, pero la opción abierta de par en par lo tentaba, además era la Universidad Central de Venezuela, con todas sus letras, la mejor del país, dispuesta para su ingreso. Lo estuvo pensando por varios días. ¿Qué quería él? ¿Quién era él? ¿Qué sería él? ¿Cómo se acoplaba esa opción a sus deseos? Todas preguntas difíciles de responder y que le rondarían por la cabeza. No llegó a pensarse a sí mismo en esos días como antropólogo, pero veía aquella opción como un puente para cruzar a lo que veía como su verdadero camino: ser médico. Una vez fuera ingresara a la Escuela de Antropología, podría cambiarse de carrera, ser lo que en verdad quería ser, aunque no supiese concretamente lo que eso significaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Cerrarse a la opción que se le ofrecía, buscar hacerse camino en otras cosas. Ser, en concreto, lo mismo que era, un pintor de cerámicas del barrio Los

Alpes, un hijo de Pedro y de María, un muchacho joven y aindiado, pobre, económicamente hablando, que a sus 22 años vivía con sus padres, dependiente, sin comienzo ni fin, estancado en lo mismo. Sería aquello, sobre todo, el impulso que le faltaba. Allí tenía la opción, al alcance de su mano, de ser algo diferente a lo que era, un nuevo reto, posibilidades que se volvían, exactamente en ese momento, posibilidades reales para él, y no el simple idealismo de “Tú puedes ser lo que tú quieras”. Él sabía que eso no era así, él podía ser lo que podía, y en ese momento no tenía tanto de donde escoger, así que Rubén Peña, después de muchas noches de pensarlo solo, se decidió por el reto: fuere por lo que fuere, entraría a estudiar Antropología en la UCV.

Así varió aquella vida del 94 al 95, él, que había comenzado el año anterior como cadete, por el mes de septiembre del 95 ya entraba caminando al campus universitario como estudiante, iba vestido como siempre lo hacía, sin muchos adornos, con ropa de colores oscuros, que no llamaran mucho la atención. Una emoción le cubría el cuerpo mientras atravesaba los pasillos de la universidad, ya no como un niño que va con bate y pelota, ni como cadete, ni siquiera como estudiante, sino como él mismo, Rubén Peña, Rubén José Peña Oliveros, 22 añitos, moreno, muchacho pobre de un barrio pobre, descendientes de los Peña y los Oliveros a los que les sobraba el amor y la comprensión, el cariño, el apoyo, los abrazos, de puro cariño lo habían llevado hasta acá, de alguna manera sentía que su vida comenzaba ahora, que la verdadera vida era lo que le quedaba por delante.

Nos lo figuramos vestido como siempre, un jean, una franelita cualquiera, una chaqueta encima y, solo quizá, una gorra que le oculta el rostro, así va atravesando el campus desde la entrada de Ciencias, la más alejada de Antropología pero la más cercana a El Cementerio. Da pasos lentos, escuetos, mientras va contemplando, desde su nueva perspectiva, aquí y allá los árboles, las personas que lo circundan, otros estudiantes, profesores, empleados de la universidad u otras gentes que por allí pasan, para ir al Hospital Universitario tal vez, o para cortar camino a pie. También pudo haber ocurrido que ese día se hubiera ido en camioneta y, en vez de optar por la entrada de Ciencias, hubiese tomado la de Ciudad Universitaria, siempre repleta de buhoneros que en la actualidad venden

copias de películas, chucherías, cigarros detallados, algo parecido debieron vender en ese entonces, y de haber sido así, tenemos que verlo andar con el mismo paso, pero distinta vía. Capaz, y es esta una posibilidad que la memoria no nos deja resolver, se detuvo a tomarse un café antes, ya para entonces tendría su fama el cafetín de la Facultad de Ingeniería, pudo haberse detenido allí un momento, no tanto, el suficiente para pedir un café negro, bien negro, no se queda allí a beberlo, anda con él, con la mano libre busca un cigarro, maniobra con la caja, lleva el pitillo a sus labios y luego le toca al yesquero hacer lo suyo, allí lo vemos, casi feliz, expectante, deseoso, adjetivos estos dos últimos que casi siempre van juntos. El pasillo es largo, cubierto de estanterías, libreros que están allí desde que el mundo es mundo, pero que a esta hora todavía no han llegado, por ser muy temprano. El silencio, la tranquilidad de los rumores matutinos, pequeñas conversaciones que se le cuelan por los oídos, lo envuelven. Da un jalón al cigarrillo y deja escapar el humo en un suspiro, el café lo lleva aparte, solo un par de sorbos ha dado al vaso plástico para que entre los movimientos del andar no se le fuera a botar, caminando recuerda los tiempos en que sus pasos eran cuidadosamente medidos, derecha, izquierda, firmes, a la deereé, descansan, son otros murmullos que en forma de recuerdo vienen a dar con él, parte de la historia que dejó atrás, parte de esta historia que comienza.

Al final del pasillo desemboca en otro, más extenso que el anterior, dobla en él a la izquierda, pasa más aulas, galpones, cafetines, personas que van y vienen, parejas que van tomadas de las manos, pájaros que cantan, si de felicidad o tristeza no podríamos saberlo, ha de haber el que cante el despecho de volar solo, hasta el fin del mundo solo, mientras Rubén continúa en su caminata, fuerte el cuerpo pero flojo, suelto al ver que nadie lo obliga a estarse firme, tranquilo. El camino se bifurca después del edificio de Faces, no propiamente porque el camino sigue su curso, pero le sale a la izquierda un jardín, el mismo en el que jugó pelota de niño, el mismo por el cual salió corriendo para no ser atrapado en delito, con el bate en la mano y la vida a cuestas, lo atraviesa hoy sin apuro alguno, qué linda mañana es esta, muy temprano para llamarla soleada, fresca sería más propicio, con una brisa fría que anda como él a paso lento y que a todos los acoge y se les da por igual, como diría Whitman. Atravesando el jardín, el cigarrillo termina de consumirse, Rubén lo nota y lo echa al suelo, lo pisa, y ahí lo deja en su olvido, como fruta a la que se le exprimió toda la pulpa, le quedan el café y su andanza, atraviesa el resto del jardín dando sorbos,

vislumbra las paredes blancas del edificio al que va, los balcones, los salones, si no fuera tan temprano seguro se encontrara con otros rostros que lo miran, fumando con los brazos recostados de la baranda, pensando quizá que ahí va otro nuevo, pero a estas horas la escuela apenas está abriendo sus puertas, los balcones siguen tan desiertos como los salones, se escuchan ya, eso sí, las primeras voces en los pasillos, “¿Cómo está, profesor?”, “Bachiller”, suelta el interpelado, cordialmente, una sola palabra junto al habitual asentir de cabeza basta de respuesta, no alcanza a escuchar esto Rubén que apenas viene dando la vuelta por el cafetín de Trabajo Social, llamado también El Mosquero por su larga fama, no precisamente de pulcritud, aunque tendríamos que hacer una investigación de carácter más ontológico para precisar exactamente cuándo empezó a ser llamado así, pudiera ser que por aquellos años simplemente se refirieran a él como el cafetín de Trabajo Social, o quizá, aun peor, lo llamaran El Ratero, en cuyo caso el nombre más actual no fuera ofensa sino lisonja. Nos permitiremos, sin embargo, ya sea como precisión, ya como presagio, seguir llamándolo El Mosquero, que si por ese entonces no se le dijera así, al menos habría quien empezaba a pensar en el nombre, sabido de sobra es que no aguanta el venezolano dos pedidas para emprender la chacota.

Gira Rubén ya a su derecha, desemboca en la parte del frente del edificio, Escuela de Antropología ahora, tiempo atrás eran residencias estudiantiles, en un futuro quién sabe qué les espera a esas paredes, a lo lejos se distingue un grupo de chamos parados frente a la escuela, sentados algunos sobre la mesa de ping-pong hecha de cemento, con raspones en la pintura, ahí sigue 23 años después, entre ellos conversan estudiantes y profesores, hay un barullo, algunas exaltaciones, se va acercando Rubén a la cosa, todavía sin entender, su calma se turba por un momento por aquella algarabía, bochinche no es, propiamente, aunque capaz, si estuviera por estar tierras el independentista Francisco, de Miranda que no Fajardo, de bochinche lo caracterizaría. Viene llegando Rubén, aprovecha una papelera que encuentra para desechar el vaso plástico, el café que había en él se agotó, no entiende propiamente lo que ocurre, pero logra atajar una frase suelta: “No hay clases”, escucha y, ya metido en la rueda de personas, “¿No hay clases?”, pregunta. “No, hay paro” repone otro, sin reparar en el extraño.

Tal fue el recibimiento que obtuvo Rubén de la más antigua y prestigiosa casa de estudios del país, que no se lo esperaba es cosa clara, de lo contrario no hubiese hecho aquel matinal recorrido con tanta calma, pero cierto es también que no todo estuvo perdido, el paro le dejó su primera enseñanza, conoció, sin inmiscuirse mucho en aquellos asuntos, a los primeros revoltosos, estudiantes ya de semestres superiores que no debatían sin utilizar conceptos que él no entendía, palabras nuevas, lo que le hizo pensar, en primer lugar, que aquello de la universidad era una cuestión difícilísima, hablarían seguramente de semántica, de discurso y contradiscurso, injusticia social, revolución y otros tantos términos que no repetiremos aquí por ser cuestión de antropólogos y por no considerarse el autor demasiado ducho en la materia. No es cosa extraña, sin embargo, que se diera un paro por aquellos días si, guiados por los datos de Provea, nos ponemos a ver que entre 1991 y 1994 se producían en Venezuela 2.75 protestas diariamente, en promedio, claro, algunos días serían dos y otros tres, sin contar con los paros, que Provea no los tomaba en cuenta, sino la pura salidera a la calle a pegar gritos hasta que llegaban las fuerzas del orden, que así es como se les dice, a armar el beriberi a punta de peinillazos. Es bueno señalar, además, que 534 de estos encuentros entre manifestantes y fuerzas del orden a la fuerza se dieron entre octubre del 94 y septiembre del 95, aclarado está que por esos días anda Rubén, por lo que no será raro pensar que aquel paro se contara, al menos un par de veces, entre las tantas otras, y, solo para soltar otra cifra bonita, bien podemos señalar que fueron 93 los paros que distintas instituciones realizaron aquel año, sin contar ya aquí los disturbios, marchas, cierres, quemas, tomas y saqueos, muy de moda por aquellos años y no tan olvidados en los presentes.

Pese a todo, el paro que exigía justas reivindicaciones y bien asociado a las discusiones de las normas de homologación de sueldos y salarios de los profesores universitarios, constantemente en aumento en aquellos años de crisis pero que también se quedaba constantemente corto, pues la crisis se traducía concretamente en inflación de productos y servicios y, por lo tanto, en devaluación del poder adquisitivo. Pese a todo, decíamos, el paro llegó a su fin. Lo que el actual profesor Rubén Peña cuenta de aquella época es la historia de una universidad que venía de los años buenos para entrar en los malos, había mucha beligerancia, discusión de todo tipo y un saber realmente socializado, que se discutía en cafetines, reuniones en bares, encuentros en donde la teoría se sumaba a

la realidad a través de conversaciones que se daban con distancia y categoría, como un traje Montecristo. No queremos, sin embargo, adelantarnos demasiado a los acontecimientos:

Termina el paro, pero no del todo la inconformidad, que alguna siempre queda aquí y allá. El entonces estudiante Peña comienza la carrera y su interés empieza a desarrollarse desde el primer semestre cuando, en Introducción a la Antropología, ve llegar por vez primera al profesor Valentín Fina Puig, en aquel entonces rondaba ya la cincuentena, que da los buenos días a los estudiantes, saca dos cajas de Marlboro Rojo, las pone sobre la mesa, pacatá, destapa la primera, se lleva un cigarro a la boca, lo enciende e inicia la perorata sobre los albores de la antropología, un cigarro tras otro va consumiendo la clase magistral, la emoción se despierta en los estudiantes, hay conceptos nuevos, cosas que ignoraban, la idea de Indiana Jones pronto se va difuminando y empieza a emerger otra, la del investigador, algunos estudiantes acompañan al profesor con sus cigarros, surgen cuestionamientos, dudas, intervenciones, repliques que sueltan con mucho respeto hacia ese profesor que está parado en el podio, recostado sutilmente del escritorio, soltando nombres desconocidos que despiertan el interés de la audiencia: Claude Lévi-Strauss, Marvin Harris, Antonio Gramsci, Michel Foucault, Oscar Lewis o quizá Kant, Hegel, Marx, Descartes, cada uno anclado a su teoría, una rama del conocimiento que ellos mismos habían desarrollado. Ahí estaba, entre esos estudiantes, el bachiller Rubén Peña, siendo bombardeado de información, abriéndose a toda la gama de conocimiento desconocido y por conocer, un nuevo interés se despertaba en él, algo nuevo veía en todo aquello y en su rostro se dibuja apenas una pequeña sonrisa, pequeña pero muy significativa porque ahí, en esa aula, durante esa y las clases subsiguientes quedaría él definitivamente prendado de la carrera.

No obstante algunos miedos que siempre le llegaban, la carrera continuó durante cinco años ininterrumpidos, comenzó clases en el 95 y para el nuevo milenio ya se estaba graduando. Los miedos que arrastraba eran, claro, los de dejar la carrera, los de aburrirse de la universidad como había ocurrido con la academia militar. Fueron años difíciles, sobre todo las primeras semanas, cuando todo le parecía demasiado complicado y Rubén se decía a sí mismo: “Yo no sirvo para eso, no sirvo para la universidad”, no obstante aquella idea no lo desanimó, todo lo contrario, lo empujó a exigirse más y, al mismo tiempo, a irse desinteresando de la idea de estudiar medicina, hasta que un día su ambición fue ser

antropólogo, con ciertos desvíos, claro está, que ya lo de los miedos fue dicho. La universidad se convirtió, como comúnmente se dice, en su segunda casa. No solo estudiaba allí, hacía vida allí, se formaba ideas, fue desarrollando posiciones políticas, debatía con sus compañeros después de clases y muy pronto se dio cuenta no solo de que sí servía para ello, sino que le gustaba.

Los que al principio fueron conocidos o compañeros de clase, se fueron tornando amigos. Pero todavía, por momentos, Rubén sentía su propia vida como una máscara. Por esos años empezó a beber con cierta regularidad, no le era difícil, aunque habría que ver cómo hacía para equilibrar tiempo entre sus estudios, la vida social que llevaba, los distintos trabajos que asumió aquí y allá para ayudarse económicamente y el sueño. También hizo vida política dentro de la universidad, donde la izquierda predominaba de polo a polo y las protestas eran bastante frecuentes. Sin embargo con el tiempo salió bastante decepcionado de la política universitaria. La vida le fue pasando entre una cosa y la otra, su ambición fue, sobre todo, saber más, aprender más, los recuerdos de aquellos años que se mantienen intactos no son tanto los de salir a tomar por las noches, ni de los desvelos para estudiar, sino los momentos que pasó en el laboratorio de antropología física, del que rememora en la actualidad:

Era un espacio solo, era un espacio en el que había mucho que hacer, donde uno tenía posibilidad de conocimiento. Ahí uno tenía la posibilidad, si era un buen alumno, de apropiarse del espacio en el sentido de recoger historias, acceder a equipos que uno nunca iba a poder comprar. Tenías la posibilidad, pues, además de que el lugar te incentivaba mucho con lecturas, con retos. Yo me sentía allí como un universitario real, porque estaba produciendo cosas y si algo no servía, podía reconstruirlo. Yo creo que la universidad debe ser eso. Además que a mí me respetaron mucho ahí, tanto las propuestas ingenuas como las que consideraban ingeniosas. Yo me sentí, ya en el séptimo semestre, en ese departamento, como uno de esos estudiantes grandes que yo admiraba al principio de la carrera. No porque estuviera por encima de los demás, no, sino porque tenía conocimientos. Yo me sentí allí un universitario.

Un día, en una de estas reuniones de pasillo que se van volviendo charlas, escuchó pregonar a una muchacha, no recuerda ya sobre qué, pero recuerda su voz, exaltada, protestataria, que debatía con furia como si nada en el mundo la fuera a frenar, la vio y

quedó prendado de ella de la misma manera en la que quedan los hombres prendados a algo sin saber cómo. Luego de ese encuentro logró, preguntando aquí y allá, averiguar su nombre: Zhandra Flores, pero no obtendría nada más de ella, solo un nombre y la imagen de una muchacha delgada y de cabello largo y liso, con un vozarrón atropellado capaz de enfrentar cualquier discusión, una voz con convicciones sociales, capaces, según se creía entonces, de cambiar el mundo o, cuando menos, el país.

En efecto así sería, cursaba sus últimos semestres Rubén cuando Hugo Chávez empezó a desplazar a Irene Sáez en la carrera presidencial, con un discurso revolucionario irrumpía en la escena pública, y rápidamente penetró en el fervor revolucionario de quienes desde hace muchos años esperaban por la izquierda prometida. No dejó de ser un tema de debate entre amigos, y las esperanzas se amontonaron en torno al Movimiento V República. El país hacía un viraje mucho más radical de lo que entonces se creía.

En el séptimo semestre a Rubén sus compañeros lo llamaban El Profesor, porque le gustaba ayudar a otros estudiantes con los temas complicados. Se había decidido por la rama de antropología física, mucho más práctica que las otras de la carrera, con la ambición de conectar con antropología forense, que era el área que más le llamaba la atención. Tenía para entonces una amistad construida con Pedro Brito, un estudiante bastante excéntrico que le había agradado bastante. Otros dos compañeros se sumaban también a esa lista. Pasaron estos semestres como los anteriores, entre protestas, estudiar, trabajar, discutir en cafetines o bares con compañeros de clase y así, día tras día, de manera casi imperceptible, se fue acercando el final de la carrera. Para entonces Rubén Peña ya no era el muchacho desconcertado ante lo difícil de la universidad, muchas horas de estudio lo distanciaban de aquel que había ido, con un café en la mano, a darse de bruces con la noticia del paro, demasiadas experiencias había vivido y, aunque a esas alturas de la vida no tuviese todo resuelto, que siempre queda una que otra resolución por tomar, se sentía más persona, o se sentía un poco más la persona que él había escogido ser, Rubén Peña, el cuasi-antropólogo, Rubén el estudiante, ya tenía a la vuelta de la esquina el final de esa etapa, estaba allí, a pocos meses.

Yo propuse un método de asignación de sexo a partir de ramas mandibulares. Eso fue un trauma, no por el procedimiento en sí sino para poder definirme en algo. Siempre he criticado de la academia que la gente dice que conoce porque tiene experiencia, yo no creo

en eso. Yo creo que el conocimiento académico y el conocimiento científico abierto, no el positivista, te deben permitir a ti, después del esfuerzo que implica la comprensión, el poder aplicarlo allí, y que la verificación de los procedimientos dirá si estás acertado o no. Entonces, desde que entré siempre cuestioné a unos profesores que tenían la autoridad solo por ser profesores y por la experiencia, así que cuando me propuse mi tema de tesis siempre peleé con las profesoras que tenían experiencia y me decían que “eso era así”, sin darme una razón, sino por pura experiencia. Yo me planteé hacer una tesis para contrastar esas visiones, lo cuantitativo y lo cualitativo en el área forense.

Me acuerdo que pasé como dos meses en los que salía muy poco del cuarto, y me acuerdo que generé varias propuestas, pero que en ese momento, como no tenía los medios ni los recursos... Bueno, nada, propuse ese método que consistía precisamente en establecer angulaciones y eso generó mucho ruido porque, ¿qué hacía un estudiante de pregrado proponiendo un método? Eso causó un problema, con decirte que cuando yo fui a la defensa yo mandé a mi tutora al carajo y fui a la defensa con el jurado en contra. Mi defensa fue bastante soberbia, eso yo lo he bajado mucho. Pero no me arrepiento porque me hizo cuestionar eso y hacerme entender que la soberbia no me iba a llevar a ninguna parte. Yo salí de la escuela de antropología casi vetado.

Rubén Peña se graduó a mediados del 2000, cuando el país vivía los primeros años de la revolución bolivariana. Al acto de grado asistió por la insistencia de sus familiares, sobre todo sus padres que deseaban verlo en el apoteósico momento en el que tu nombre retumba bajo las Nubes de Calder que cubren el cielo del Aula Magna de la UCV, sin embargo, él no podría decir que se sintió apoteósico ese día, ni grande, inmenso o invencible. La noche anterior a aquel día, Rubén, el excadete y exestudiante ahora, la había pasado tomando, y en su propio acto, bajo la toga y el birrete, estaba su cuerpo oloroso a caña, su cuerpo adormecido por el ratón veía pasar todo aquello como algo lejano, impropio de sí mismo que huía de los protocolos, y durante el acto, mientras iban pasando sus compañeros de promoción y otros que egresaban de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Rubén veía hacia el frente no para seguirle la pista al evento sino como un punto muerto, preguntándose: “¿Y ahora qué?”.

Ahí estaba, en el momento que marcaba el cierre de cinco años de estudios, 27 años recién cumplidos, sin embargo, podía sentirse exactamente como en el momento en el que

decidió abandonar la escuela militar, era el mismo Rubén que caminaba sin rumbo hacia un lugar desconocido, casi exiliado de sí mismo, ahora con un título, con conocimientos y reconocimientos, algunos rencores ganados, tiempo que se había acumulado sobre el tiempo como una pila de archivos viejos que están por derrumbarse en la oficina de un burócrata. “Rubén Peña”, lo llamaría la voz, él siguió su camino detrás de sus compañeros, recibió el título, estrechó las manos de las autoridades más importantes de la institución, vio hacia el frente para la foto, esperó, quizá viera a sus familiares entre el público o quizá no alcanzó a desdibujarlos del grupo de congregados, se había montado en aquella tarima siendo el bachiller Peña y se bajaba siendo el licenciado Peña, pero lo mismo daba, la misma incertidumbre caía en él, en lo que era él, Rubén Peña, todavía escueto y aindiado bajo la toga y el birrete, echado a un mercado laboral en el que no parecía haber espacio para él, quizá lo sacara del letargo la imagen de Pedro Brito saludándolo, o el abrazo de sus padres, y logró sobrevivir a aquello por otro tiempo, pero después de la celebración, cuando todo pasó y la vida volvió a su cauce, él volvió a increparse con la misma interrogante: “¿Y ahora qué?”.

Capítulo 2

Las palabras que vienen a continuación pertenecen a Pedro Brito, antropólogo, profesor de la Escuela de Comunicación Social, amigo de larga data de Rubén Peña, quien muy amablemente nos ofreció sus opiniones y perspectivas sobre la situación universitaria, su relación con Rubén y sus propias experiencias en medio de una universidad, que, como hemos venido diciendo, atraviesa una crisis.

Pedro es un hombre delgado y excéntrico, que va a todos lados con una boina en la cabeza, silencioso la más de las veces, pero con un verbo extenso cuando habla, capaz de remontar un tema tan cotidiano como el agua, como si encerrara una enciclopedia en la cabeza, hasta Tales de Mileto si hace falta. Su visión es una de tantas en torno a la problemática que se vive en las universidades venezolanas a principios del siglo XXI, y fue recabada mediante una entrevista, realizada en el mes de julio del presente año.

El profesor principal que nosotros tuvimos se fumaba un cigarro detrás de otro, prendía uno con la colilla del anterior. Era un profesor impresionante, el antropólogo Valentín Fina Puig. Y de hecho, la sala de usos múltiples, la que llamaban la 2-14, hoy lleva su nombre. Como dato cómico, la llamada 2-15 era un bar que quedaba aquí afuera, por Los Chaguaramos. Toda la Escuela de Antropología estaba metida allí en algún momento. La Escuela de Antropología era terriblemente desordenada, tomábamos desde las 10 de la mañana hasta las 9 de la noche. Eso siempre era un desalgue, muy bohemia.

¿La crisis de esa época? A ver, para empezar, el presupuesto era un verdadero lío. Sin embargo, los sueldos de los profesores eran bastante aceptables, los laboratorios eran pasables. La compra de materiales de biblioteca no se hacía con la regularidad que se deseaba, pero sí se hacían por lo menos cada tres años compras grandes de libros, además que donaciones siempre se recibían. La suscripción a las revistas científicas estaba al día, entonces llegaban las actualizaciones de las revistas más importantes a la biblioteca. Ya no tenemos nada de eso. Por favor, lo más simple, la estructura, tuberías, cableado, bombillos, estaba funcionando. Eran más las lámparas que estaban funcionando que las que no, al contrario de ahora. Y eran mucho más los días que pasaban coleteo en la mañana y en la

tarde, con productos de limpieza que dejaban un olor agradable, que lo que pasa hoy en día. Nada más por ahí, saca la cuenta.

A Rubén lo conocí por accidente, fuimos de esos estudiantes que se van consiguiendo al discutir materiales de clase. Fue una casualidad, yo estaba hablando con otro grupo y... eh... Digamos que nuestros caracteres son increíblemente distintos, aunque no lo parezca al principio. Somos muy diferentes. Él es muy sociable, abierto, yo soy más bien introvertido. Sin embargo, por peculiaridades de la vida, después de clases, cuando nos reuníamos abajo a hablar de las materias, conversando empecé a notar que él tenía una buena capacidad de comprensión de textos, lecturas, y eso me llamó la atención. Yo no sé por qué le llamé la atención a él, capaz por lo mismo, o tal vez fue que nuestras ideas empezaron a encajar. Puede ser porque yo tengo una forma rara de ver las cosas, y le llamé la atención. Él tiene una forma práctica de ver las cosas complicadas y me agrada esa forma de pensamiento.

Al final fue una especie de coincidencia. Cada quien siguió con su grupo, a él lo invitaban a tomar las personas más sociables, salían de rumba. Yo nunca salí con ellos de fiesta, no era mi carácter. Sin embargo, curiosamente tenía esa relación con Rubén, de discutir materiales, lecturas. Éramos una especie rara. Él no se mantenía en un grupo de amigos, él se podía mover de los fiesteros a los deportistas y al grupo de los come libros sin ningún problema. Sabía muy bien cómo manejar las reglas de cada grupo sin descuidar los tiempos. Nunca lo vi descuidar su vida académica. Yo le echaba broma y le preguntaba: "Mira, ¿cómo duermes?". Hay una vieja regla del triángulo del estudiante: dormir, tener vida social, estudiar. Para cumplir las tres hay que ser un genio. Entonces él tenía esa habilidad, cosas que yo no podía hacer él las hacía tranquilamente.

Fue a finales de primer semestre que comenzó nuestra relación más formal. Tercer y cuarto semestre vimos materias por separado, pero igual hablábamos de vez en cuando. Hacia el quinto semestre de la carrera volvimos a coincidir en una gran cantidad de secciones. Cuando entramos en el Departamento de Física, en el séptimo semestre, ya era definitivo que éramos unos grandes amigos. Fue una relación por etapas.

Después de la universidad no mantuvimos mucho contacto. Era de esperarse, en aquella época se rompía mucho el contacto con los graduados. Dependiendo, claro, de adónde te ibas a trabajar. Éramos muy dispersos. Para ese entonces éramos muy pocos

antropólogos y nos íbamos a trabajar a lugares muy diferentes. Yo me quedé en la universidad, a finales del 99 yo estaba asociado a una línea de investigación de la universidad y después me quedé aquí.

Yo me acerqué a un profesor, el profesor García Avendaño, y le dije que lo quería como tutor. “¿Cómo tutor?”, me dijo, “¿en qué semestre estás tú?”. “En séptimo”, estaba terminando el séptimo, comenzando el octavo. “Pero ya tengo esta idea de tesis, este material revisado, tengo esta estructura de trabajo, este objetivo y para el año próximo yo creo que usted es el tutor”. Él se quedó pensando y me dijo que todavía me faltaba un año, y yo le comenté que él tenía demasiados tesis en ese entonces y que yo pensaba a largo plazo, entonces me dijo: “Vente conmigo”.

En enero del año 2000 ese mismo profesor me llamó, yo estaba en ese entonces en Maturín, visitando a unos parientes, y me dijo: “Vente que te voy a presentar a mi tutora”. Su tutora del doctorado, ¿no? Me comentó que tenían una línea de investigación en la universidad y me había ofrecido como candidato para ser auxiliar de investigación. Y nada, me vine corriendo, al día siguiente estaba aquí en la universidad, me ofrecieron el trabajo y comencé. Desde entonces me quedé. En el año 2001 el profesor García fue nombrado director del Instituto Nacional de Deporte, y ya habíamos terminado la etapa de investigación del trabajo previo. El profesor me dijo que me fuera con él también. De ahí salí y trabajé un tiempo en empresas privadas, pero en 2004 volví a trabajar con el profesor García, y por el año 2006-2007 Rubén llegó de Mérida. Él estaba haciendo un trabajo de campo por un pueblo allá metido, se había dedicado a sembrar, estaba en unas tierras que creo que eran de la familia, vivía por allá tranquilo, pero un día sencillamente regresó. Él es muy peculiar en ese sentido, es muy decidido. Sin embargo, nunca he entendido por qué decide lo que decide.

En fin, la cosa simplemente está en que es un carácter decidido, arrojado, no teme hacer las cosas que hace y no se arrepiente. No veo arrepentimiento alguno en lo que llega a hacer, lo cual me agrada. No se ha arrepentido de haberse ido de Caracas, no se ha arrepentido de no haber hecho la maestría, no se ha arrepentido de nada. Simplemente hizo lo que quería hacer, y a mí me encanta eso. Sin arrepentimiento y sin temores, sin nostalgia y sin dar vuelta atrás.

Él pasó saludando un día, y conocía al profesor García, aunque no era su área. Él era más bien del ala forense. De hecho, él hizo un trabajo que todavía, hasta el sol de hoy, nadie lo ha repetido. Un trabajo que me da pena que no se haya divulgado, un análisis de dimorfismo sexual por análisis de las ramas mandibulares en fragmentos y en restos completos o fragmentados. Lo que llaman las cuatro grandes en Antropología Forense: sexo, edad, afinidad racial y estatura. En fin, uno de los métodos que existían se basaba primordialmente en la experiencia sensible, y no había manera de medirlo. Él desarrolló una propuesta metódica de medición tanto en restos fotografiados o en vivo, que permitía hacer el estudio de dimorfismo, y su rango de acierto superaba el 98%, lo cual es extremadamente bueno. Sin embargo, su método no paso de una tesis y la medicatura forense no lo tomó. Es lamentable, porque el método es buenísimo. Creo que después, en el 2007, lo publicó en un artículo, pero no se ha divulgado mucho. El aporte fue buenísimo, pero nadie le prestó atención.

Bueno, cuando Rubén y yo estábamos en el Departamento de Investigación, empezamos la maestría, el doctorado. Conocemos allí al profesor Rafael Ramírez Camilo, exdecano de Faces, un sociólogo muy respetado. Allí el profesor terminó preguntándole a Rubén si no quería trabajar con él en la coordinación de los postgrados, Rubén aceptó y durante esos años estuvo como mano derecha del coordinador. Aprendió allí los aspectos administrativos, los reglamentos, y se dedicó mucho a ello. Cuando entra a la Escuela de Comunicación Social, ya la profesora Zhandra y mi persona estábamos allí, ya habíamos entrado. En 2010 fue cuando ingresa el profesor Rubén, necesitábamos más gente para los primeros semestres porque había aumentado el número de ingresos y las secciones eran demasiado grandes, así que la facultad dio varias partidas para nuevos profesores. En ese momento estaba el profesor Abraham Rivero de jefe de departamento, pero él sale por algunos temas administrativos. Luego queda la profesora Zhandra, pero por una circunstancia que no entiendo, ella sale de la jefatura. Ahí hubo cierto incidente que provocó un colapso de varios departamentos y varios profesores renunciaron a las jefaturas, o fueron sacados. En ese momento no sabíamos quién iba a asumir la jefatura.

En ese momento el director le ofrece a Rubén la jefatura del departamento, y él tenía experiencia administrativa en el postgrado, él tenía la experiencia, se sabía los reglamentos. A mí también me ofrecieron la jefatura del departamento, pero a mí no me pareció, además

que sabía que ya se la habían ofrecido a él y me parecía más adecuado. El profesor Rubén incluso me preguntó si debía aceptar y yo le dije: “Mira, tú tienes la formación académica, la formación administrativa, y tienes el fogueo con las autoridades que otros profesores del departamento no tienen”, y bueno, él acepta. Además, que le ofrecimos todo el apoyo. Primero fue como jefe de departamento, y durante todo ese tiempo lo apoyé, y la cosa cuajó.

La gente me dice: “Tu relación con él es rara”, y yo siempre respondo: “Mira, a mí él me recuerda a mi hermano”. Me recuerda a mi hermano en la habilidad técnica que tiene, pero supera a mi hermano en la actividad cognitiva. Cuando nosotros estuvimos juntos en la primera materia de antropología forense, que fue una materia llamada Osteopatología, el estudio, a partir de los restos óseos, de las enfermedades sufridas por una persona, la primera vez que tuvimos clases, la profesora presentó una serie de láminas explicando distintas huellas de las enfermedades en los huesos, pero la profesora hizo una cosa interesante. En la última lámina que puso, al salón completo, que éramos como quince personas, dijo: “Bueno, esto es una vista fotográfica desde el foramen magnum, viendo dentro del cráneo”. Pero había algo raro, no cuadraba. Me quedé viendo la cosa y no cuadraba. Entonces recuerdo que la profesora preguntó: “¿Esto es así?”, y todo el mundo dijo que sí, pero Rubén y yo levantamos la mano y dijimos que no. Entonces la profesora le pregunta a Rubén que por qué no, y Rubén le responde: “Mire, profesora, el agujero del foramen magnum debería tener carillas articulatorias, por lógica, y yo no veo ninguna carilla en la foto”, y la profesora le dijo que se había lijado con el agua y la arena, etcétera. Pero él le dijo que no cuadraba. Luego la profesora me pregunta a mí y yo le digo que no, que no es, porque la articulación de ese borde no encajaba con la angulación propia del foramen magnum. Entonces la profesora me pregunta: “Bueno, ¿y cómo sabes tú eso si esta es la primera materia del departamento que ves? Están equivocados”. Y nada, yo le explico que en vacaciones había leído algunas cosas para adelantar, y ella al final dijo al salón: “Miren, esta es la primera vez, en 20 años que tengo dando esta materia, que se dan cuenta no uno sino dos, de que esa lámina que presenté, que era una trampa, no es el foramen magnum”. Esa peculiaridad del profesor Rubén, que no se deja llevar por lo que dicen los demás, es firme en lo que dice y en lo que siente... Y ese otro punto, una especie de habilidad, de intuición sensible: él puede sentir cuando algo no encaja. Él podía ver un

cuadro estadístico y decir: “Esto está raro”, y entonces nos sentábamos a echarle lápiz y echarle lápiz hasta que nos dábamos cuenta. “Coño, hubo un error de transcripción”. Tiene una habilidad tremenda para una percepción global.

Yo con los años me he vuelto más calmado, y él también. Se ha vuelto más sosegado. Antes él era terriblemente radical. Cuando tomaba una decisión, era tajante. Como lo de irse a Mérida y dejar todo. O la de venirse de Mérida a Caracas sin ninguna cosa, sin oferta laboral ni nada. Eso era algo que hacía cuando estaba más joven, ahora es más relajado, más tranquilo. Está calculando más las cosas. Ahora al menos considera cómo va a tener que pagar a la larga lo que está haciendo hoy en día. Por eso cuando asumió la jefatura del departamento o cuando asumió la coordinación, él lo consultó con los demás. Aunque al final era su decisión, él lo consultó, y él quería ver puntos de vista ajenos a los suyos, cosa que no hacía antes. Antes tomaba una decisión y se lanzaba. Posteriormente se dio cuenta de que necesitaba otros puntos de vista, necesitaba enriquecer su visión para ver qué le faltaba.

Yo creo que de alguna manera su visión de la realidad se ha vuelto más flexible, y ha comprendido que sus puntos de vista no tienen que ser tan tajantes. Ahora, si alguien realmente le causa problemas y tiene que ser tajante, no le tiembla el pulso para hacerlo. Si por temas administrativos tiene que hacer cambios muy radicales, los va a hacer, es una persona firme. No le tiembla el pulso para hacer cambios, es una persona que no muestra ningún tipo de arrepentimientos insensatos ni inútiles. No es una persona que se revuelca en el dolor. Acepta los errores, pero no se regodea en ellos.

¿Cómo me afecta la crisis? Acabo de venir de matar un tigre, ¿no te dice eso ya mucho? Hace poco un estudiante me llamó para comentarme que anda con un proyecto independiente, como *freelance*, para canales de información electrónicos nacionales y ciertos canales internacionales, vendiendo noticias, vendiendo crónicas. Trabaja con la *tablet*, el celular, en su casa. ¡Por Dios!, hay momentos en los que simplemente voy a ayudarlo cargando los cables. Él no me trata con desprecio ni mal, más bien me está ayudando, y le soy útil en algunas áreas informáticas. Pero, ¿qué te puedo decir de patético?

No me he podido comprar un libro. Mi manía es comprar libros, de todo tipo, novelas, libros de metodología, que es mi área, libros de producción, análisis de proyectos,

análisis estadísticos, estructuras, psicología social, todo, me encanta leer como una pesadilla. Mi obsesión es eso, los libros y la lectura... No he comprado un libro como en tres o cuatro años... Para mí es como decirle a un sibarita que no puede comprar un buen licor en meses. Es una cuestión horrible, yo puedo sentir... puedo sentir pena de mí mismo, porque tengo que calcular que si gasto esto en un libro que me gusta... Ahorita es la feria del libro, y tengo miedo de ir, porque si voy, si compro algo, descuadro mi presupuesto.

Yo me quedo aquí porque la universidad es uno de los pocos lugares en los que me he sentido a gusto. Yo tengo un carácter complicado, difícil. En gran parte por mi infancia, yo me movía mucho, viví en muchos lugares y estudié en muchos lugares, y creo que eso hizo que yo no tuviese raíces. Yo soy muy desarraigado. Eh... en la universidad pasó algo particular: me quedé, me quedé muchos años. Entonces, al final, cuando me gradué en Antropología, ya con un poco más de edad que mis compañeros porque yo había estudiado otras carreras, me quedé aquí porque sinceramente me sentía a gusto. Yo recorro estos pasillos, empezando por la Facultad de Medicina, desde el 84. Al principio no la quería mucho, no tenía mucho interés por la universidad. Pero después me acostumbré a ella, y ya en los 90, cuando estaba en Antropología y tenía más de una década dándole vueltas a la universidad, me acostumbré al sitio. Aquí practiqué deportes, en lo que fui malísimo, por cierto, hice... viví mi vida, pues. Me acostumbré a Caracas, pero más que nada a la Universidad Central.

Yo nací aquí, en Caracas, pero me moví por muchos lugares, y no siento arraigo por ninguno de ellos. Solo aquí.

Yo creo que la universidad ha cometido el mismo error siempre: tiene una capacidad reactiva extremadamente buena, pero su capacidad proyectiva es espantosa. No sé por qué rayos sufre una miopía cognitiva aterradora, y a veces puede ver lo que viene, tiene buenos analistas que lo dicen, pero sufre del efecto Casandra.

Casandra es la pitonisa que ve la desgracia futura que va a ocurrir, y puede ver con claridad lo que va a pasar, e intenta advertir a los demás, pero es considerada loca por todos sus conciudadanos. Todas sus ideas son consideradas una estupidez, un imposible, pero se terminan cumpliendo. El efecto Casandra es eso: tenemos analistas muy buenos que son obviados porque lo que dicen parece absurdo, parece absurdo pero es. La universidad ha sufrido de una terrible miopía, y una capacidad proyectiva espantosamente mala. Horrible.

¿Cómo es posible que eso sea así? ¡Esta es la universidad, por Dios! Sin embargo, las pocas voces lúcidas que han logrado tener una idea más o menos clara de lo que viene, han sido ignoradas. Es muy patético.

Tenemos una cosa que es llamada en la Antropología vergüenza étnica: el enaltecimiento de todo lo ajeno y el desprecio por todo lo propio. Aquí en la universidad le hacían honor a cualquier profesor que viniese de afuera, pero no se le hacía caso a un profesor graduado de aquí. Y a veces pasaba que los de aquí estaban mucho más claro acerca de lo que estaba pasando.

El punto es que el venezolano... en ese punto Cabrujas tiene una razón curiosa. Es una cuestión que tiene que ver con psicología social. Hay un autor llamado Manuel Barroso, a la gente no le gusta leerlo. Yo recomiendo leerlo tomando aire. El libro más famoso de él es *Autoestima del venezolano*, que es un libro devastador, un libro que nos da tres cachetadas como cultura, como pueblo. Ahí te dicen que el venezolano es un pueblo de nuevos ricos, y la pegan. La revista *Fortune*, en 1988, si no recuerdo mal, sacó en portada una caricatura dedicada a los países latinoamericanos. Entonces mostraban a Brasil como a un gigante vestido de Rey Momo, pero con el disfraz que le quedaba chiquito, porque estaba aplicando medidas económicas que le apretaban. Estaba la imagen de Argentina como un gaucho con la manta al hombro, un cuchillo, una novilla y dólares entrándole en un bolsillo. Estaba la imagen del mexicano, con su sombrero, la mochila al hombro y viendo hacia la frontera, tomando impulso como si fuese a pasar. En fin, tenía distintas caricaturas que representaban cómo veían los norteamericanos a los distintos pueblos latinos. Bueno, ¿sabes cuál era la caricatura que representaba a Venezuela? Un indio, con la bandera de Venezuela, descalzo, con un barril de petróleo atado en los hombros, que es la imagen precisamente de los pobres, los mineros que son arrojados de los bares cuando perdían las apuestas en los salones. Fue una figura muy caricaturesca de lo que era caer en la pobreza, de perder todo en apuestas. Pero el barril decía *oil*, petróleo. ¿Cómo nos representan? Como unos indios, con petróleo, pobretones, que perdieron todo en apuestas. Ciertamente acabábamos de salir del viernes negro, pero esa imagen, allí, no ha cambiado. Y lamentablemente nunca aprovechamos las crisis para cambiar.

En los años setenta hubo un intento de disminución de importaciones, y se apuntaba hacia una industrialización de Venezuela. Se creó el eje económico Valencia-Maracay, y se

hizo una exención de impuestos para la construcción del parque industrial más grande del país. Fue lindo, política económica dura. Dieron la exención durante casi cinco años y facilidades de pago durante casi 10 años, y los grandes empresarios metieron hacia allí sus proyectos. Luego hicieron otro en oriente, hacia Anzoátegui y Monagas, y otro eje de desarrollo que querían que se vinculara hacia la franja del Orinoco. Ahí se montó lo de la criogénica y se montó el desarrollo más elevado de la petroquímica en Venezuela. De hecho, Venezuela llegó a producir diamantes artificiales para la industria. Échale piernas, usando gas, quemando el gas de aquí, ¡aquí quemábamos el gas, por Dios! Afuera, el principal producto de exportación mineral de Rusia es el gas, aquí lo quemábamos. Teníamos unos mecheros prendidos día y noche quemando gas, desperdiciábamos lo que otros vendían como locos. En fin, todo lo que te quiero decir con eso es que no aprovechamos todo eso, con decirte que ahorita la criogénica está vuelta mierda.

En la universidad tampoco aprendimos, ciertamente no aprendimos. Hubo un intento aquí con varios proyectos para crear servicios externos, hacer análisis de seguridad de edificaciones y otras cosas, se ofrecieron a ministerios, hubo empresas de producción agrícola, venta de material bovino por cruce diferencial para hacer manejos de especie. Todo eso lo perdimos. Aquí tuvimos, en los 80, venta de material genético avanzado, creado por la división de agronomía, una empresa propia. Teníamos, en los 90, exposiciones todos los años de las empresas universitarias, en la plaza del Rectorado. Teníamos consultoría pública, pero también servicios privados que trabajaban para la universidad. En la Escuela de Letras tenían proyectos que vendían contenidos, una casa editorial más viva. La imprenta universitaria no solo imprimía lo de la universidad, sino que los profesores podíamos ir y pagar impresiones de materiales propios, y venía gente de afuera a imprimir aquí.

Claro, si te soy franco, cada época tuvo su infierno... Los años 80 fueron espantosos, las protestas... En el 87 tuvimos un paro en el que perdimos un semestre completo. En esa época estaban las protestas, muertos en Las Tres Gracias. Los años 80, recuerdo, a finales, o a principios de los 90, la represión de la Policía de Caracas era un infierno. Las protestas con la ballena, donde barrían con productos químicos urticantes. Siempre recuerdo y le tengo arrechera todavía, disculpa la expresión.

Nos quejamos hoy en día de la situación del gobierno que, admitámoslo, está hecho una mierda. Pero en los años 90, cuando se estrenó el equipo antimotín llamado la ballena, la protesta con la que se estrenó, fue una protesta de pensionados en la Asamblea Nacional, en la esquina de San Francisco, que le dispararon chorros de agua con material urticante a viejos que pedían que les subieran la pensión siquiera a una cuarta parte del sueldo mínimo porque no tenían ni eso, y los barrieron con agua. Nunca se me olvidará eso. Por ese motivo yo no le tengo cariño a Ledezma, no se puede presentar ahora como un defensor de los derechos humanos cuando yo recuerdo eso que él hizo. Yo comprendo que para superar las cosas en política hay que pasar la página, pero sinceramente me cuesta demasiado trabajo. Yo recuerdo lo que hicieron, y francamente no me gusta. A esa gente no la quiero ni amarrada, porque sé lo que fueron capaces de hacer. Mataron a estudiantes liceístas, golpearon a estudiantes de primaria. Aquí mismo en el puente Salvador Allende, después del golpe del estado de los 90, recuerdo que más de una vez nos obligaron a caminar descalzos, nos daban azotes y nos empujaron sin ninguna razón, por diversión. Eso era la Policía Metropolitana. Yo me salvé de algunos peinillazos, pero no de todos.

Por algún tiempo simpatiqué con Chávez. Yo fui simpatizante de mucha gente, pero nunca seguidor de nadie, porque soy demasiado cínico. En el año 2000, cuando se masificó lo que fue el Plan Bolívar 2000, en ese momento yo estaba viviendo en Los Teques y allí vi un desfalgo de corrupción que empezó a preocuparme. Luego me fui un tiempo a Guárico, y vi más, y allí dije que algo iba mal. Y luego cuando vi gente que intentaba denunciar eso y era acusada de antirrevolucionaria, comencé a preocuparme. Ya en el 2002 vi que esta vaina era una locura. Dicho y hecho, en el 2004 ya estaba completamente convencido de que habíamos hecho una metida de pata, y que si no se corregía íbamos a pasarla mal. Lamentablemente, no había mucho que hacer. Intenté apoyar a algunos amigos, colegas o conocidos que tenía en algunos ministerios, pero los que me escuchaban no tenían poder. Yo soy un don nadie, una mosca en la pared.

Volviendo a Rubén, que es el tema central. Rubén es peculiar. Él ve el mundo, no se engaña, pero él es capaz de soportarlo. Él es capaz de soportar la horrible verdad del mundo, cotidianamente, y trabajar en ella. Él es un gran pragmático con un carácter endemoniado, pero una voluntad férrea. Él no es un sujeto que se engaña, lo que pasa con

un idealista. Él no va tras sueños, sino que planifica realidades. Yo de verdad admiro su capacidad para moverse y trabajar en el mundo. Él no se engaña como lo haría un idealista, no ve el mundo como quisiera que fuera, él lo ve como está ahorita, pero también ve las posibilidades del mundo y trabaja para conseguir el más aceptable de los futuros. No es un pragmático puro, como esos que son completamente utilitarios. Él quiere que las cosas sean mejor de lo que son, pero no se engaña creyendo que todo va salir bonito y lindo, él está muy claro de la clase de mundo en el que vive. Nada de sueños tontos.

Los realistas no siempre son operativos. Muchos pragmáticos son unos cínicos que no quieren cambios, sino que quieren que las cosas sigan siendo lo que son. Los idealistas sueñan con un mundo mejor, pero no saben cómo llevarlo a cabo. Él en cambio está en un punto bastante adecuado, de saber lo que quiere y tener una idea más o menos clara de cómo llevarlo a cabo. Por eso funciona muy bien en la parte administrativa y burocrática de la universidad.

Una imagen de él... Irremediable. Lo veo sentado en la mesita de un cafetín, con un libro, el morral colgado en la parte de atrás de la silla, con un café en la mesa, humeante, negro, y un cigarrillo. Así de simple, la imagen completa de lectura, el placer del cigarro.

Yo lo veo así, leyendo, tranquilo, con un café, un cigarro. Me imaginó que cuando llegue a la vejez será parecido, leyendo para formarse, todavía disfrutando de un café y un cigarro, siempre que se pueda, y todavía reflexionando sobre las cosas que hace. No me lo puedo imaginar de otra manera. Si él viene hoy y me dice que se va otra vez para Mérida, le creo, pero estoy seguro de que en la noche, cuando termine su ronda, andará con un cafecito con miche, sentado tranquilo en un zaguán, sacará de algún lado un libro, una libreta de notas, y seguirá otra vez, recorriendo el mismo camino una y otra vez, porque esa es su vida. Él no puede renunciar a lo que es. Nadie escapa de su propia vida.

Capítulo 3

Siendo así, pues, como dijo Pedro Brito, que nadie escapa de su propia vida, tampoco podría hacerlo Rubén, aunque a veces lo intentemos, como veremos a continuación, según las propias palabras de nuestro protagonista:

Después del acto de grado hubo un período, no de estancamiento, sino de... Yo creo que es eso lo que no nos enseña la universidad, ese famoso decir que señala que la universidad no nos prepara para lo que está afuera. Para mí eso es un error, nosotros somos los que tenemos que prepararnos, pero eso lo ve uno después de graduado. Creo que digerir tantos años de experiencias universitarias para luego entender que tenías el conocimiento, o más bien elementos referenciales para luego devolverte y decir: "Esto me sirve para esto, esto otro para eso", todo eso en un espacio en el que la Antropología estaba creada como una excusa para que la gente pudiente pudiera estudiar, ¿no? La Antropología no tenía sentido, y yo creo que todavía no tiene mucho sentido en Venezuela. En fin, después del acto fue un preguntarse: "Bueno, un hijo de María, ¿qué puede hacer?". Entonces yo pensaba, una de dos: o me dedico a cosas que nada tienen que ver con la Antropología y cuelgo el título de una pared o... Pero yo llegué a la conciencia de que ya no era el mismo, yo tenía una titulación académica y en ese momento en Venezuela tener muchas titulaciones pesaba. Yo estaba en un limbo, preguntándome qué hacer con mi cartón de antropólogo. Y nada, lo estuve pensando, y tuve la oportunidad de hacer un trabajo de campo sobre taras étnicas en Pueblo Llano, una zona rural de Mérida.

El acto de grado había sido en julio, y para octubre estaba concretando la idea de irse a Pueblo Llano. La decisión la tomó después de evaluarla con un amigo de la familia que cuidaba una casa en aquellos parajes. Tendría hospedaje gratuito si se dedicaba a cuidar la casa, pero nada más. La comida, los cigarros, el café, todo esto tendría que resolverlo él de alguna manera, por no decir los productos de aseo personal y otras minucias que nunca se toman en cuenta: no obstante nada de esto frenaba a Rubén en su deseo no solo de realizar el trabajo de campo, sino de perderse, de ser un hombre libre, escondido del mundo, que construye su propio mundo. Por eso se fue lejos, donde no lo tocara la luz del sol.

Pueblo Llano es un municipio ubicado en la Cordillera Andina, a unos 100 km de la capital homónima del estado Mérida, se le entra, desde tiempos inmemoriales, por una pequeña carretera, antes de tierra pero asfaltada en la actualidad, que va ondeando el páramo y que termina desembocando en un poblado compuesto por lo mismo que están compuestos la mayoría de los pueblitos de Venezuela: una plaza con su iglesia, algunas calles, casitas, pequeñas viviendas, algunas solidificadas con el tiempo y otras más improvisadas. Según datos del INE, en ese municipio, para el 2001, habitaban aproximadamente 10.700 personas, divididas estas en los varios poblados que lo conforman, La Culata, Agua de Flores, El Canutal, El Arbolito y, por supuesto, el mismo Pueblo Llano, en el que fue a parar Rubén a finales del 2000 y que obtiene su nombre de la planicie que lo caracteriza, en contraste con los altibajos geográficos del resto de la región. Allí fue a tener en una casa que él mismo describiría como *una casa vieja*.

La casa de mis sueños. Fría, oscura. Fría pero cálida. No sé, yo juego con esas dicotomías, dentro del frío hay calidez, de alguna manera. Dentro de la oscuridad y de la soledad hay calidez, pero también hay frialdad. Todo depende de tu estado de ánimo, ¿no? Estaba la entrada, su zaguán, tenía un taller y la vista de la casa daba al escenario de la cordillera con sus sembradíos de zanahorias, papas, las siembras de lechugas en frente de toda la casa. Había un baño muy rústico, dos habitaciones, la cocina con su fogón y un ático pequeño. Era una casa que veías y te infundía temor, pero tenía mucha personalidad, mucho misterio. Era una casa que te gritaba cosas que yo nunca quise escuchar, historias que no exploré. Yo no las exploré, no fui un habitante de esa casa.

Recuerdo la sala, sobre todo un rincón en el que había un sillón y al que le llegaba como una luz, una iluminación que tal vez yo presenciaba o ideaba. Capaz la casa era muy oscura y ese era el punto en el que se enfocaba la luz. El fogón era el espacio más cálido. De resto, soledad, mucho frío, era una casa muy fría, abandonada, en la que había muchos espectros. Ojo, yo no veía nada, no estoy diciendo que viera fantasmas ni nada de eso. Pero había muchos murmullos, mucha soledad y la soledad también incita a eso, ¿no?

Había muchas cosas que llamaban a la nostalgia. Claro, todo eso uno lo recrea en la memoria, pero eso era lo que sentía. Para mí esa era la casa ideal. Es la casa ideal.

Partir es morir un poco, decía el poeta francés Edmond Haracourt, morir en aquello que amamos, pero para Rubén partir fue como renacer en él mismo, volver a encontrarse después de varios años de estar, nuevamente, perdido, perdido siempre como andan los hombres, entre un quehacer y el otro. No sería extraño imaginarse que durante los primeros días, bien aperado bajo una chaqueta, saliera Rubén una y otra vez a recorrer el poblado a pie, fijándose en tal o cual casa, dándose a conocer, al menos de vista, por los habitantes de la zona que por aquellos días se preguntarían, sin ninguna duda, quién sería ese extraño que había llegado a entrometerse en los asuntos del caserío. Se presentaría, seguramente, con el poco dinero que cargaba encima, a los distintos lugares de abastecimiento propios del interior del país, la bodega, la charcutería, el abasto, el puestico de las hortalizas, en algunos diría “Buenos días, mi nombre es Rubén”, presentándose como un joven que había ido a dar en aquellos parajes para desasirse un poco de la ciudad, siempre tan abrumadora, sin señalar que había llegado hasta allí como investigador, sino como una persona más entre las personas. Tal vez comentara que el dinero que tenía no era mucho y que bien le vendría obtener uno que otro trabajo, en cualquier cosa, como bien estaba acostumbrado, que sus manos no eran torpes y mucho menos su mente, y la disposición no le faltaba, como sí los bolívares. No dejaría de llevar encima una libreta en donde empezaría a hacer anotaciones con rigor académico, todo sin dejar de ver que aquello no era una universidad, sino la realidad viva y tangible, y que quizá por ello, por más rigor que tuviese, se enfrentaría con cosas que no encontraría en los libros.

Es fácil imaginarlo dando vueltas por ahí, como quien anda perdido, pero a paso más lento, rezagado como el patito feo, sin preocupaciones. Eso mientras se adaptaba, luego conoció al señor Guillermo, que bien podría ser también el señor Ramón, que al fin y al cabo el nombre certero no lo tenemos aquí, pero alguno debió tener y alguno le ponemos por no dejarlo tan anónimo. Guillermo, el dueño de la pulpería del lugar, fue quien le ofreció trabajo a Rubén, al principio por unos meses apenas, pero luego los meses fueron prolongándose, no volviéndose más largos, claro está, sino continuando su marcha, octubre, noviembre, diciembre y así, hasta que de pronto fue octubre de nuevo y los meses, como decíamos, se prolongaron en años, cinco exactamente, que fueron los que Rubén duró

andando y desandando las mismas tierras. Otra carrera universitaria hubiese podido sacar en ese tiempo, pero no fue esa la ruta que Rubén tomó, sino esta, la de pasar cinco años, con uno que otro viaje a Caracas de cuando en cuando, llenando una libreta y luego otra de anotaciones, señales, códigos, que finalmente se perderían. De ellas quedaría nada más la pura conversa en los cafés de la universidad, años después, y de aquellas conversaciones solo quedaría el recuerdo. Quizá por eso sea que popularmente se dice que las palabras se las lleva el viento.

Se convirtió en un espacio de confort. Yo podía haber matado ese trabajo de campo en seis meses. Fíjate, lo que comenzó como un trabajo de campo se convirtió en una práctica cultural. Fue para mí un refugio, como la academia puede ser ahorita un refugio para mí. Yo veo en la universidad ahorita un escenario de posibilidades, donde una generación ve decadencia yo veo posibilidades, porque hubo una generación que estaba acostumbrada a que la universidad fuera un centro que te diera todo, un centro para reproducir conocimientos que otros generaban y aplicarlos. Yo veo la posibilidad de una universidad, como lo he visto en trabajos de campo, como lo he visto en muchos otros escenarios.

En un día normal de esos años, Rubén se paraba a media mañana, revisaba sus notas, las miraba una y otra vez, repasándolas, intentando descifrar qué era lo que estaba haciendo allí. En medio de eso, desayunaba, luego hacía ejercicios mientras seguía pensando en él, en su propia vida, en su trabajo de campo y su rol de investigador. Volvía luego a las notas, repensar, reorganizar sus ideas buscándole una lógica explicativa a lo que diariamente vivía, al convivir ordinario de esas personas que lo circundaban y con las que cada vez se mimetizaba más. Después de pasar un rato en eso se iba a darle vueltas al poblado, la brisa le daba de bruces, fría, 16° en un día común, es lo que pasa cuando estás a más de 2.000 metros sobre el nivel del mar. Solía ir a trabajar bastante con el señor Guillermo, quien además le servía de informante clave, pues solía involucrarlo mucho con el resto de la comunidad. Su vida en aquellas tierras fue muy frugal, con una dieta bien provista de papas y zanahorias, productos que se sembraban en la localidad, el resto de las provisiones las obtenía, como cualquier otra persona, trabajando para luego canjear el dinero por productos.

Por las tardes volvía a la casa, ya cercana la noche, retomaba entonces sus notas, revisaba lo que había escrito en el día, repasaba mentalmente su jornada buscando algo que hubiera pasado por alto, luego se desentendía del trabajo. Quizá aprovechara para releer uno de los pocos libros que había conseguido llevar, o fuera recreando en esos días, tal y como lo hacía Aureliano Buendía, sistemas de pensamiento, creando cosas que ya otros habían creado, rehaciendo ideas que otros pensadores habían escrito muchos años antes.

Mis únicos libros allá fueron La tercera ola, Esa cosa llamada ciencia y Los argonautas del Pacífico. Ah, y Antropología estructural de Levi-Strauss. Pero fíjate, esos elementos eran mi referencia, mi materia primera, pero de tanto machacarlos empecé a cuestionarlos. Me tocaba deconstruir, aprender lo que otros ya habían hecho. Eso fue para mí muy enriquecedor.

Las noches eran largas y solas, pero no por ello desagradables. Rubén en su ser, quizá tuviera la ocurrencia por aquellos día de escribir un poema, algunos versos sobre el páramo, la neblina rozando los sembradíos, el cielo nebuloso sobre algún hombre que marchaba, cubierto de manta y sombrero, un poema que representara a todos los hombres del mundo. Noches tranquilas en medio de un país convulso que vivió en esos años un golpe al vacío, marchas enormes, discursos tras discursos, de oposición, de gobierno, de gobierno que se volvía oposición y oposición que se tornaba gobierno, temporalmente como señala la historia, que luego el gobierno volvió a ser gobierno y oposición la oposición. Le siguió el paro petrolero, despidos masivos en la industria más importante del país, niños que se sentaban a la orilla de la cama a preguntarse por qué el niño Jesús, o Santa Claus, no había pasado ese año a dejarle algún regalo, y padres que se sentaban con ellos a explicarles: “Mamá, ¿el niño Jesús también está de paro?”. Todo esto ocurría durante esas largas noches que Rubén pasaba encerrado en sí mismo, desentendido del mundo, luego se enteraría de algunas cosas, otras no alcanzaría a imaginarlas. Para entonces empezaría a verse la palabra *diálogo*, la más normal en las democracias, como algo excepcional en todo el país.

Pasado el tiempo, Rubén no era solo un investigador, sino que pudo ser también objeto de estudio si algún otro antropólogo se hubiese acercado a esa comunidad con curiosidad. Como en *El hablador*, de Vargas Llosa, adquirió las costumbres de la comunidad, dedicó buen rato de sus días a la siembra de papas, zanahorias y otras

hortalizas de su uso diario, se fue olvidando de su título académico para tornarse hombre que suda la tierra. Perdido como estaba, como siempre estaría, olvidado de los debates, de los cafés que se seguían indefinidamente en medio de las conversas, de la visión teórica del mundo, practicando el retorno del hombre bueno, el eterno retorno, de la ciudad al campo, recordando al buen salvaje rousseauiano, al indígena que por siglos fue el habitante único de este continente y que de bueno no tenía tanto, que entre tribus también se mataban los unos a los otros, luchando por tierras, por comida, por mujeres, por dominación, como lo tienen haciendo los hombres por miles de años, los griegos contra los bárbaros, los romanos contra los griegos, los godos contra los romanos, los feudos contra los hombres, la iglesia contra los feudos, la modernidad contra la iglesia y así hasta llegar al punto de no retorno, la actualidad, en la que es, como siempre, el hombre contra el hombre, o contra el hambre, y quién sabe qué será después, si es que algún día se podrá decir que el hombre y el hambre ya no andarán royéndose entre sí.

En sus viajes a Caracas, cada dos o tres meses, visitaba a sus padres, les hablaría de su trabajo allá, comentaría sus anotaciones, tal vez, sin recibir mayor *feedback* al respecto, pero siendo siempre recibido con alegría. A veces se tomaba un rato para pasar por la universidad, anónimo como el primer día, sin ser descubierto, solo un andarse por los pasillos como si un recuerdo caminase consigo, como si buscara algo que se le había perdido. Por supuesto, la encontraba diferente, no sumida en una crisis, que para esos años, pese al crepitar y la bruma que rodeaba el país, todavía no había tocado el recinto universitario, o al menos no lo había sumido. Luego de unos días en la capital, volvía a su entorno de frío y soledad, sin una biblioteca cerca de dónde sacar libros, algunos de su propiedad se llevaría, quizá los *Cien años de soledad* del Gabo, para leerlo y releerlo investigando en aquella genealogía, encontrándose una y otra vez con su compinche Aureliano, descubriendo el hielo, los circos y las mil y un fantasías de Macondo, el pueblo perdido; Macondo, Colombia; Macondo, Venezuela; Macondo, Perú, Chile, Nicaragua, Uruguay, Ecuador, Argentina, Bolivia, El Salvador, Brasil. Macondo Latinoamérica.

Pero un día, como siempre pasa en un momento anónimo, no registrado, al volver a Pueblo Llano Rubén se sintió, una vez más, fuera de sí. No era ya un investigador, ni tampoco lograba ser un habitante de aquellas tierras, estaba de nuevo en el mismo limbo, sin ser ni lo uno ni lo otro, sin ser nada, apenas un ser que no lograba definirse. Volvía a

ser, quizá, el ser que se aleja, que se despide de los lugares, así lo sintió, y *una necesidad de ruptura*, como él mismo lo llama en la actualidad, volvió a cernirse sobre él, o a ser él. Entonces estuvo listo. Lo supo de inmediato, pero sostuvo su irresolución por unos días más, poco a poco fue recorriendo los lugares que tenía años transitando como si se despidiera de ellos, sintiendo que era ya imposible despedirse pues el Rubén que podía decir adiós ya no estaba allí, apenas y quedaba el cascarón, la reminiscencia de aquel Rubén, el que ahora andaba sería una sombra de aquel, el nuevo hombre que rompía la crisálida y se despedía. Adiós, Pueblo Llano. Adiós, tierra baldía. Adiós, recuerdos, vivencias, momentos y gentes de estos lugares. Siempre los recordaría.

Así, completamente resuelto como le ocurría en esos momentos de ruptura, recogió sus macundales un día, ya por el año 2005, y decidió devolverse por donde había llegado. Se convertiría, quizá, en un rumor de poblado, el cuento que algunos campesinos le contarían a sus hijos y nietos, “Por aquí estuvo una vez un muchacho estudiado de la capital, sembrando papas y trabajando en la pulpería, siempre lo veías dando vueltas por el pueblo, de buen talante”, “¿Y qué pasó con él?”, “Nada, un día se fue, así como vino”.

Sin saberlo, se dirigía al mismo lugar del que había salido, la universidad, pero quién sabe si se trataría de la misma ya por entonces, cinco años mediaban el momento de partir del momento del retorno y bien lo dejó dicho Heráclito, hace más de dos milenios, que un hombre nunca es el mismo dos veces, y menos un río, que siempre va fluctuando, y por lo tanto ni ríos ni hombres se dan a sí mismos más de una vez tal y como son, y qué diría ahora de las universidades, que son como ríos de hombres, y qué diría de esta en específico que en esos años había sobrevivido a una toma de más de un mes, por allá en el 2001, cuando Giuseppe Giannetto hacía de rector y un grupo desde entonces denominado el M-28 había tomado aulas, edificios y pasillos, por no decir el campus completo, a favor de la revolución universitaria, como la llamaban. Por no señalar, nuevamente, el golpe de Estado mentado con anterioridad, ni los pequeños, minúsculos, cientos de miles de cambios que las cosas van tomando todos los días, de manera casi imperceptible y que solo con el tiempo se logran dilucidar con mediana conciencia.

Capítulo 4

La voz que se presenta ahora pertenece a Tulio Olmos, licenciado en filosofía, docente e investigador de la UCV, además de vicepresidente de la Asociación de Profesores de la Universidad Central de Venezuela (Apucv), gremio que agrupa al personal docente de la institución. Tulio es un hombre de pareceres sensatos, que llega a conclusiones lapidarias después de años de pensar y repensar el tema universitario.

Desde su visión, otra de tantas, el conflicto actual de la universidad, sin dejar de tomar en cuenta ciertos errores y desvaríos de la propia institución, es un conflicto principalmente contra un gobierno que desahucia, sistemáticamente, a las instituciones que se le oponen, y como tal la lucha que deben dar las universidades no es solo por un presupuesto justo ni salarios dignos, sino por un cambio de gobierno. Su palabra, dentro de este relato, viene a presentarnos la visión de la institución frente a la situación actual.

Yo describiría la crisis actual como el colapso del sistema educativo venezolano, y específicamente universitario. ¿Por qué? En primer lugar porque nosotros hemos ido sufriendo paulatinamente un deterioro de lo que significa la asignación presupuestaria. Nosotros, como universidad, nunca recibíamos lo que pedíamos exactamente, pero recibíamos un buen porcentaje de lo que solicitábamos. Aproximadamente de unos 10 años hasta la actualidad, esa realidad cambió. Comenzaron dando el presupuesto de manera fragmentada y reducida.

Independientemente de que no tenemos hiperinflación desde hace tanto tiempo, sí teníamos una inflación anual que rondaba entre el 20% y el 30%, y el presupuesto se mantenía año tras año, sin incorporar la inflación. Entonces el presupuesto se iba reduciendo, porque la inflación se tragaba una buena parte. Añadido a esto, el presupuesto actual está destinado en 85% a la nómina, entonces te queda un porcentaje muy pequeño para invertir en investigación, adquisición para bibliotecas, en funcionamiento y en servicios. Allí tienes un impacto que fue creciendo como una bola de nieve. Si a eso añades otros elementos políticos... Que no es que el presupuesto no sea un instrumento político, porque se ha manejado políticamente, como instrumento para doblegar a las universidades autónomas. En fin, si a eso añades otros medios para intentar impactar sobre las

universidades, como fueron por ejemplo los intentos de toma del Consejo Universitario, los actos de violencia, el vandalismo, la represión, etcétera, entonces tienes una institución deteriorada en términos ideológicos, en términos de lo que significa la propia universidad. Si a eso le añades el tema de los salarios de los profesores, que se han ido deteriorando y han quedado rezagados con respecto a lo que es el impacto inflacionario, entonces tienes profesores deteriorados en términos personales, socioeconómicos e intelectuales, porque si el profesor lo que tiene es que estar pendiente de hacer colas, ver cómo hace para montarse en un transporte, etc. lo que dejas es a un profesor que no puede estar dedicado a lo que solíamos hacer nosotros, que era estudiar, investigar y formarnos continuamente para pasar esa formación a los estudiantes, sino que lo que andamos es pendientes de sobrevivir. Eso no es un profesor universitario, y claro, su calidad de enseñanza comienza a disminuir.

Agrégle a eso la diáspora de empleados, obreros, estudiantes y profesores... Las cifras oficiales que maneja de deserción estudiantil rondan entre el 30% y el 50%, según la Secretaría de la universidad. Eso es catastrófico para cualquier universidad, porque la razón de ser de una universidad, que son los estudiantes y los profesores, se está perdiendo. Se van.

En mi caso, que es el de Humanidades: la Escuela de Idiomas Modernos cerró dos especialidades, alemán y portugués, porque no tienen profesores. Imagínate lo que es para un estudiante que llevaba tres o cuatro años de carrera hechos, al que de repente en el último año le dices que no tienes profesores, que no tienes con qué proseguir con la carrera. Y eso sin hablar de lo que significa mantenerse como estudiante hoy en día en la universidad. Tú tienes que hacer una inversión de un millón, un millón y medio diario, que es lo menos que te cuesta una “bala fría”. Entonces, la idea con la que empecé, el caos, el colapso de la universidad, es inminente.

El deterioro físico de las instalaciones también está a la vista. Claro, porque si no tienes para invertir en libros, ¿cómo vas a tener para invertir en infraestructura? Yo diría que en este momento nuestras universidades están, así como el país, colapsadas. Así como los enfermeros y los gremios de la salud están levantados en paro, así la universidad debería estar en paro. Pero es que en realidad todo el país debería estar en paro, porque el país está paralizado.

Ahora, yo diría, en términos muy pragmáticos, que la universidad ha cometido dos errores fundamentales frente a todo esto. El primero es el haber perdido la Zona Rental, nosotros no dimos la batalla que tuvimos que haber dado cuando la expropiaron, porque ese era un complejo financiado por el Banco Mundial, en el que iba a darse una infraestructura económica que nos podía sostener. En otras palabras, el error fue no haber desarrollado una política racional y futurista de fuentes de financiamiento alternas. Una de las definiciones de las universidades es su engranaje con el sector productivo. Nosotros no hicimos el trabajo de habernos metido con el sector empresarial y comercial para identificar el perfil profesional que necesitaba el sector productivo, y así adecuarnos a esas necesidades. En el único sector que se hizo, por inercia y no porque estuviese planificado por las universidades, fue con el sector salud. Con los médicos, principalmente. Ahí seguimos formando a unos profesionales altísimamente bien calificados. Las pruebas están a la vista, los médicos venezolanos siguen insertándose en los lugares a los que emigran, por su excelente formación. Y no quiero decir con esto que los ingenieros u otros profesionales no estén bien preparados. Sí lo están, pero nosotros no hemos tenido ese engranaje ni ese hilo conductor entre sector productivo y sector privado que nos dijera qué profesionales hacían falta para, en contra-peso, obtener algunos recursos.

¿Qué pasó también? Que hubo una ley que se llamó Locti, que estaba diseñada precisamente para que la empresa privada, a través de una figura que se llamó responsabilidad social, distribuyera recursos a las universidades para que estas financiaran proyectos. Pero este gobierno la derogó y nos quedamos sin eso, lo cual fue un duro golpe para las universidades. Pero sí, definitivamente, a nosotros nos faltó esa visión de futuro de las universidades. Yo creo que hemos sido muy románticos. Entonces, claro... ahora estamos ante el colapso, en un país colapsado en el que no hay inversión privada, y no la va a haber en un tiempo. Yo creo que las universidades están, repito, como el país, como los hospitales, colapsadas, y no se le ve salida a este colapso que no sea un cambio político y económico.

La diferencia entre esta crisis y otras que la universidad ha vivido es que en este momento no hay ni un sistema judicial que permita la inversión que genere recursos, no hay una infraestructura que permita recuperar económicamente y generar recursos. No hay un

modelo educativo, no hay un plan ni un proyecto de país para 20 años, ni para cinco años. Entonces, de nuevo volvemos a la posición inicial: si tú lo que andas es sobreviviendo, por supuesto no hay forma de planificar. Ni siquiera para el mes que viene. ¿Qué están diciendo los economistas? “Plata que te caiga encima, gástala”. ¿Por qué? Porque dentro de un mes no vale absolutamente nada. Eso es lo que estamos viviendo las universidades, no tenemos forma de planificar, no tenemos forma de visualizar un futuro más allá del mes que viene. Entonces estamos es sobreviviendo. Y quizá como estrategia de sobrevivencia eso está bien, pero eso no es una universidad.

Ahora, hay una postura de mantener abierta la universidad, pese a todo el deterioro. Las autoridades tienen esa posición de mantener las aulas abiertas, hay que mantener la universidad abierta a como dé lugar. Esa pregunta que tú haces es la misma que nos hacemos nosotros, los representantes profesoriales. ¿A costa de qué, si eso no es una universidad? Pero claro, el matiz que hay que ver ahí es que, si bien es cierto que eso no es una universidad, ¿a costa de qué tú mantienes abierta administrativamente una universidad, graduando gente a la que ya no le puedes dar sus notas certificadas, que ya no tiene la misma preparación, etcétera? Al mismo tiempo, cerrarla significaría cederle el paso, ese último reducto que nos queda, a este grupo de forajidos que han tomado el poder en el país. Entonces, nada, pues, tenemos que seguir. Yo lo que creo que también nos ha faltado es la declaración del *mea culpa*, de decir: “Bueno, señores, seguimos abiertos a pesar de todo, pero conscientes de que esta no es la universidad en la que nos formamos, y por eso es que, los que seguimos aquí, nos aferramos al derecho que tienen los jóvenes de formarse como nos formamos nosotros”. Porque evidentemente nosotros nos formamos en otra universidad, bajo otros parámetros y condiciones muy distintas. Es una cuestión de dignidad. Nosotros tenemos la responsabilidad de defender la universidad en la que nos formamos, y defender la universidad en la que se forman las nuevas generaciones.

Mira, yo estudié Filosofía. Entré en 1978. En el 78 nosotros salíamos de clases a las 10 de la noche, nos íbamos caminando a Sabana Grande, nos tomábamos unas cervezas por allí con el profesor de turno, seguíamos la clase allí, y uno podía irse a su casa caminando a las 12 de la noche. Era una universidad en la que tenías, como estudiante, la oportunidad de asistir a jornadas de investigación todos los años. A veces hacíamos hasta dos por año.

Como profesor, una vez que ingresé, en el 88, tenía la posibilidad de asistir a congresos internacionales.

Mi sueldo de ese entonces me alcanzaba para absolutamente todo. Es decir, yo con mi sueldo de profesor compré apartamento, tenía vehículo. Yo llegué a estar en el *top 10* de una librería que quedaba por acá en Los Chaguaramos. Yo era de los 10 que compraban más libros mensualmente. Eso era un profesor universitario hasta los años 90, e incluso hasta los 2000, cuando comenzó la debacle. Y cuando yo entré, los sueldos ya estaban deteriorados. Las bibliotecas de los profesores universitarios eran otra cosa. Teníamos un nivel de vida acorde a la responsabilidad que teníamos. Yo estaba suscrito a revistas internacionales, vacacionábamos. Uno se podía ir no a Choroní, sino a Europa, Estados Unidos, porque te daba el salario. Y la universidad te pagaba la inscripción en congresos internacionales y te pagaba el boleto. Uno iba y se codeaba con sus pares, que es parte de ser profesor universitario, que tengas con quién interactuar. Ahora no te mandan ni a congresos nacionales, no hay forma, eso se nos acabó. Volvemos al punto inicial, ¿cómo llamas universidad a una institución en la que sus profesores están aislados?

A mí me parece que Chávez usó y se benefició, así como usó el descontento que había en la clase media, del romanticismo de izquierda que era predominante en esta universidad. Este era un foco de la resistencia de izquierda, y él canalizó eso, engañó en buena cantidad al sector universitario. Lo atrajo como plataforma intelectual, porque muchos profesores universitarios estuvieron metidos en sus planes de gobierno. Pero esto fue así mientras les fueron útiles. Cuando dejaron de serles útiles, cuando empezaron las críticas, empieza el pase de factura a las universidades a través del presupuesto y luego empieza la violencia y la represión. Cada vez que salíamos nos caían a bombas, metían presos a los manifestantes, etcétera.

Hoy estamos en un punto en el que es conocido por todos que hay dos colectivos que gobiernan el desarrollo delincencial en la universidad. ¿Cómo es posible que la preocupación fundamental de los profesores que tienen sus cubículos dentro de la universidad sea que les van a robar todo durante las vacaciones? Los profesores se llevan las máquinas para su casa durante las vacaciones, porque cuando vuelvan podrían no conseguirlas. Eso no debería ser. Pero en esa mezcla romántica que seguimos teniendo de

universidad medieval, tenemos un Estado Vaticano sin guardia suiza. Somos autónomos, no puede entrar la policía, y menos mal, pero no tenemos ningún tipo de seguridad.

Según la Apucv nosotros deberíamos estar dando la lucha por la democracia y por el país. Sin democracia y sin país no hay universidad. En otras palabras, como asociación nosotros estamos conscientes y valoramos la necesidad de recuperar la democracia y el país si queremos recuperar la universidad, porque no ganas nada con luchas y reclamos aislados. Por eso es que en este momento estamos solidarizados con el gremio salud y otros gremios, porque no nos queda otra. Lo que tenemos es que remar todos en la misma dirección.

Ahora, como Tulio Olmos yo creo que a nosotros nos ha faltado... Claro, es el efecto de estos 20 años de represión sistemática. Uno se desgasta. ¿Qué ha ido haciendo el ciudadano? Se ha ido replegado cada vez más. Se ha replegado al espacio mínimo que significa su apartamento, su casa, su cuadra, su urbanización. En mi caso personal, yo no tengo carro ahorita, y no voy adonde no me pueden llevar mis piernas. Si tengo que llegar a un lugar en taxi, olvídenlo, porque no tengo para pagar un taxi y no me voy a encaramar en un vehículo público exponiendo mi vida a caerme y que me pase un carro por encima. Entonces no, si me invitan a una cosa en Los Ruices digo que no, yo no llego hasta allá. Me muevo por Bello Monte o lo que me queda por aquí cerca. Si puedo ir a pie, voy. Si no, no. Entonces, como hemos reducido nuestro espacio vital, hemos reducido también nuestras expectativas políticas y democráticas. Cada vez le pedimos menos a la sociedad, y cada vez hacemos menos por el grupo y más por el individuo. Y nos han reducido a ser individuos que a veces coinciden en grupitos, pero más nada. Eso ha sido un trabajo sistemático del gobierno, reprimió tan duro en el 2014 y en el 2017 que la gente está aterrorizada de salir a la calle, tienen miedo de caer presos.

Yo en el último año he perdido 14 kilos. Hace año y medio yo pesaba 74 kilos, ahora peso 60, porque hemos ido modificando nuestros patrones de alimentación y de vida. Claro, ahora camino mucho. Pero también ha sido el impacto. Lo otro, tengo años que no compro un libro, y ese era uno de mis placeres favoritos. Tampoco puedo comprarme un disco, mucho menos viajar. Un boleto a Margarita, que era mi destino ideal, ahora cuesta 30 millones, un tercio de mis vacaciones. El impacto ha sido duro.

A nosotros nos acaban de aumentar el sueldo. Pasamos de ganar cinco millones a ganar 37 millones, que en términos porcentuales es importantísimo, pero en términos reales... Ese es el sueldo de un profesor asistente a dedicación exclusiva. Un profesor titular está ganando 50 millones, y en octubre se estima que pasaría a un poco más de 60, porque está previsto otro aumento.

En mayo el presidente decretó un 150% de aumento general, y el 15 de mayo decretó otro del 50%. Ahora, ¿qué nos hicieron? A nosotros nos obviaron ese 50%. Ahí montamos unas protestas, intentamos salir a la calle, nos mandaron a un viceministro, consignamos unos papeles, y bueno, al mes siguiente nos validaron el aumento. Pero la tendencia no había sido esa. Te explico, si se hacía un aumento al sector universitario, y al mes siguiente el gobierno decretaba un aumento general, no nos reconocían ambos. Entonces era un golpe al bolsillo. Esta última ha sido una de las pocas veces que nos han reconocido ambos aumentos.

Nosotros hemos intentado cambiar las protestas. Hace un mes tomamos una de las paredes que están por la salida de Ciencias y montamos una caricatura, le pusimos: “Maduro es hambre y ruina para las universidades y el país”. Precisamente ensayando nuevas maneras, nuevas protestas. ¿Qué pasa? Nosotros en estos años nos hemos dado cuenta de que ha ido bajando la participación, porque la gente tiene miedo. Exceptuando determinados picos. Pero cuando hacemos asambleas, conversatorios, lo que nos dicen es: “Yo no quiero riesgos, no quiero que me metan preso ni que me maten”. Entonces hemos empezado a diseñar estrategias que tengan bajo impacto en riesgos y mayor impacto en medios.

Pero fíjate, yo estoy viendo dos cosas particulares: ayer estuvimos con los gremios de la salud que fueron hasta la Conferencia Episcopal y allí se produjo un fenómeno muy extraño. La Policía Nacional nos preguntó a dónde íbamos, “Para el Clínico”. Y nos dijeron: “Ok, para donde ustedes quieran, menos para el centro”. Y nos escoltaron, nos protegieron, nos llevaron. Esa estrategia la usó la Policía Nacional en el 2013, en el primer paro indefinido. Ahora, como esta gente no es de confiar, alguna vaina se estarán tramando allí. Pero bueno, como órgano represivo, canalizaron la protesta. El otro punto que llama la atención: a los enfermeros, que van ya para un mes de paro indefinido, no les han dado respuesta, pero a nosotros, que estuvimos en conflicto durante menos de una semana, nos

respondieron. ¿A ellos no y a nosotros sí? Yo no sé a qué está jugando el gobierno, pero está jugando a una estrategia distinta.

Quizá sea un tema mediático, que además han demostrado que tienen una maquinaria para generar matrices de opinión y para desviar focos de atención.

Yo creo que la universidad, y lo estamos manifestando explícitamente, debe formar parte de un movimiento nacional en el que todos los sectores apunten hacia la misma idea, que debe ser un paro nacional. Pero el paro no es el objetivo, el paro es la consecuencia, porque este país está paralizado. Yo creo que la universidad ahorita debe jugar un doble papel, debe participar en ese gran movimiento nacional para dar orientaciones sobre lo que debe ser la estrategia para recuperar la democracia y para lograr que los distintos sectores se alineen. Mi percepción en este momento es que los gremios están bastante de acuerdo en estrategia y en práctica. Pero los políticos no. Entonces yo creo que el otro papel de la universidad es sentar a los políticos y que escuchen a los gremios, que escuchen a los sindicatos, y decirles que ya está bueno de individualismos y de apetencias personales. El país necesita que nos pongamos de acuerdo.

Capítulo 5

Quedó, pues, más arriba relatada la visión de la crisis universitaria desde el mismo gremio, explicado claramente por su vicepresidente, Tulio Olmos, aunque con algunos desafueros, e incluyendo sus vivencias personales, las cuales mucho sabemos agradecerle. Sin embargo, habría que aclarar, por lo menos, que en el 2000 no necesariamente comenzó la debacle, sino que, como veremos con datos y precisiones, ya se venía de una debacle y, en todo caso, se podría decir que se pasó a otra, aunque para el que ve la cosa en blanco y negro, o, mejor dicho, en rojo y azul, o gobierno y oposición, podría decirse que ese año parecía cambiar todo, aunque propiamente fuera en el 99 cuando Chávez entró en el poder.

Es en ese contexto de polarización en aumento en el que Rubén volvió a Caracas, envuelto en esa nada que durante demasiado tiempo había caracterizado su vida. Retornaba a la misma inquietud: ¿qué hacer? Cinco años se le habían pasado en aquel pueblito, ahora volvía, otra vez Rubén Peña, el antropólogo, pero más que el antropólogo, el muchacho de 32 años, todavía indefinible, ya en la adultez, en una ciudad convulsa, en un país que cada día mostraba más sus divisiones, políticas incluso más que sociales, un país que parecía haber dejado atrás durante demasiado tiempo. No obstante, arrastraba, cuando menos, una idea, la arrastró durante todo el viaje de regreso, la de hacer las paces, en un sentido figurado, pues guerra propiamente no había, aunque tampoco cariño, con quien había sido su tutora de tesis, una querrela que arrastraba desde los días de la defensa de su trabajo de grado.

Volver fue una ruptura, una necesidad de romper un círculo vicioso. Yo me pude haber quedado allá, yo me puedo quedar en un espacio, en el que sea. Ya sea un espacio académico o sembrando papas, o trabajando cerámicas con mi papá, o haciendo esculturas. No importa lo que sea. Yo me puedo quedar encerrado en ese espacio, buscando hacer lo mejor que pueda, pero se vuelve como un refugio. Fue lo mismo que ocurrió con la academia militar, yo necesito hacer esas rupturas, un poco porque uno llega como a un tope, ¿no? Yo necesito tener retos. Entonces llega un momento en que los lugares se convierten en un refugio, y hace falta la ruptura. ¿Cuál fue el espacio que vi después? La universidad.

Yo venía a visitar a Armando y a Pedro Brito, y el día que hago el cierre con la profesora Maryori Pacheco, que fue mi tutora, se presentó el profesor Pedro García y me preguntó: “Coye, ¿qué estás haciendo?”, “Nada”, y me dijo que fuera a hablar con él y es ahí cuando me suelta la propuesta, que me fuera a trabajar con él en la unidad de investigación. En ese tiempo la unidad de investigación era otra cosa, tenía proyectos, tenía pasantes, presupuesto, iluminación. “Yo te voy a contratar como asistente de investigación”, me dice. Coye, yo lo vi grande, investigador de la UCV... Y me propone además integrarme al área de postgrado y docencia. A mí la docencia no me interesaba entonces, pero el postgrado y la investigación sí.

Aceptó sin rechistar, aunque no fuera propiamente su área. El trabajo era en antropología del deporte en el Instituto de Investigación en Ciencias Sociales Dr. Rodolfo Quintero de la UCV, llamado también aquí instituto, o instituto de investigación, para abreviar, e incluso unidad de investigación o unidad, para variar, como pide el buen uso de la lengua que hagamos. No rechistó, decíamos, porque la oportunidad le abría puertas a varias cosas, en primer lugar para reencontrarse con el entonces investigador Pedro Brito, y su otro compañero de la escuela, Armando Rodríguez, pero además, como ya quedó dicho de su propia voz, porque lo vio como una meta cumplida, ser investigador de la Universidad Central de Venezuela, así, con todas sus letras, lo cual sin lugar a dudas era todo un nuevo logro cumplido en lo que él mismo denomina una generación de Peñas y Oliveros, una familia pobre, su familia pobre. Entonces entró Rubén en el instituto, con la idea de investigar, de descubrir cosas nuevas, incluso en el área del deporte que le era ajena, al menos desde el punto de vista académico, pero lo que le pasó el primer día fue otro tipo de descubrimiento, uno emocional. Entraba Rubén, seguramente con un café en la mano, negro como dicen que será el mismísimo infierno, aunque haya quienes lo pinten de blanco también. El edificio, al menos externamente, no tenía, y sigue sin tener en la actualidad, grandes diferencias con el que le sirvió de casa de estudios mientras cursaba Antropología, ambos habían sido concebidos en sus inicios como residencias estudiantiles, blancos y chatos, de tres pisos más su planta baja, claro está, con la diferencia de que este quedaba ubicado al lado derecho y no al izquierdo del previamente mencionado mosquero. Entre el instituto y el mosquero mediaba, además, la Escuela de Trabajo Social, que para aquellos años ya se vinculaba bastante a los tomistas del M-28, denominados así porque su

actuación, la del 2001, había tenido inicio el 28 de marzo, y culminado el 3 de mayo, cuando un grupo de estudiantes y profesores se había reunido con la finalidad de expulsar a los tomistas, tarea en la que terminaron teniendo éxito. Pero no hay que distraernos demasiado con datos históricos cuando es la propia vida la que nos espera, la vida de Rubén que iba subiendo ya las escaleras, iría tal vez conversando con Pedro Brito, o solo, no podríamos precisarlo ahora, y para los fines narrativos de lo que viene lo mismo da lo uno que lo otro. Subió las escaleras y se aproximó a las salas del instituto, estarían las puertas cerradas y, en caso de que fuera con Pedro, seguro este abriría con sus propias llaves, pero en caso de que estuviera solo, tendría que tocar la puerta, y para no andar con más divisiones de si entre lo uno o lo otro, diremos que ocurría lo primero y no lo segundo, aclarado esto se vuelve obvio que fue Pedro, flaco y excéntrico desde que se le conoce, quien abrió la puerta de par en par y pasó.

A simple vista no parece esto nada del otro mundo, que una puerta se abra, e incluso que se cierre, ocurre diariamente como evento cotidiano desde los tiempos en que se inventaron las puertas, e incluso, según reza la palabra, ocurría en días milenarios que las rocas que tapaban las tumbas eran movidas, si por hombres o por fuerzas sobrenaturales no sabemos, cuando las personas que tenían acceso al poder divino resucitaban. Pero el evento en cuestión no es que la puerta se abriera, sino que entraron, tanto Rubén como Pedro, y adentro descubrieron, además de una atmósfera de nicotina, a una muchacha que desde muy temprano había estado trabajando, delgada ella, con un libro entre las manos y un cigarro en la otra, morena, aindiada, y desde ese momento fue fácil para Rubén identificarla, bajo sus lentes los mismos ojos medio bizcos, medio estrábicos, se adelantó Pedro a saludar y luego a realizar las respectivas presentaciones, Zhandra, este es Rubén Peña; Rubén, esta es Zhandra Flores. Ese fue el evento, quizá no tan magno como tanto preludio hizo imaginar, para entender habría que meterse dentro de la cabeza de esos dos, principalmente de Rubén, que la veía con ojos de perro anhelante, y que, según declaraciones de la misma Zhandra que más adelante se verán, adoptó desde ese instante un comportamiento descarado, aunque quién sabe exactamente qué habrá querido decir con aquello, más allá de que haya sido un echarle los perros continuo, como popularmente se dice en la región, que no fue que Rubén llevara un dóberman consigo y lo echara al ataque, sino que un dóberman emocional creció en él, quizá más idealismo que emoción

propriadamente, o quizá simple gusto, y Rubén soltó a aquel perro a sus anchas para que atacara a punta de frases hechas, miradas, picadas de ojo, agarraditas de mano y quién sabe de cuáles otros recursos se valdría hasta llegar al día en el que Zhandra y él se dieran el primer beso, tímidos como dos adolescentes, escena que podemos imaginar ahora, pero que, por falta de información fidedigna sobre el asunto, quedará vetada de este relato.

Se entenderá mejor aquel momento si aclaramos que para Rubén, dentro de todas las entrevistas de que se sirvió el autor para realizar este texto, Zhandra haya sido la única muchacha digna de mención en más de cinco encuentros, cada uno de hora y pico, y dentro de cada hora y pico imagínense cuánta cháchara es posible, que es la misma que cabe dentro de cinco horas con cinco picos, y nos quedaríamos cortos incluso si con solo imaginar eso nos diéramos por satisfechos, habría que agregar también que en ese momento, sin que ninguno de los dos supiese, comenzaba una relación con todos sus altibajos, con sus topes de cariño y de anhelo, de cuidado y de celo, con, por supuesto, también sus cosas malas, que son las que suelen caracterizar los bajos, una relación que se extendería durante años, hasta el punto en que la década les quedaría corta.

Comenzaba, pues, otra etapa de su vida, y no simplemente porque se iniciara un flirteo, sino porque volvía a la universidad, ahora como investigador, atrasado con respecto a sus viejos compañeros de estudios, Armando y Pedro, quienes ya le llevaban varios años de experiencia en el instituto, pero lleno de ánimos para comenzar. Ya a partir de este momento, cuando hemos visto su vida pasar por tres rupturas distintas, a saber, la academia militar, la propia universidad y, la más reciente, aquel pueblito merideño al que se había habituado, podríamos empezar a sospechar de esos ánimos y esas emociones primerizas que sentía Rubén, e incluso tildarlas de simple enamoramiento pasajero, que de aquí a unos años seguramente se le pasará y terminará abandonando también el instituto, como ha venido haciendo con los diferentes aspectos de su vida. Sin embargo, si adelantamos unos cuantos años, notaremos que para el 2018 se pueden contar por decenas los trabajos publicados por Rubén junto a sus compañeros del Rodolfo Quintero, y que para la fecha sigue incrustado en el plantel educativo, con lo cual quedan desmentidas nuestras sospechas, aparentemente, o, en el peor de los casos, si pudiéramos quedarnos el suficiente tiempo como para encontrarnos en un futuro, cercano o lejano, una nueva ruptura en su

vida, tendríamos que admitir, sin embargo, que no son lo mismo 13 años que cinco, e incluso, si sostenemos nuestra tesis en otros testimonios, según los cuales Rubén -no en el 2005-, ya en el 2004 estaba entrando en su vida como investigador, podríamos sostener que para la fecha van al menos 14, casi el triple de lo que han venido durando sus épocas. No obstante, por un tema de fuentes, por un tema de darle prioridad en la narración a la voz del sujeto del cual venimos hablando, nos mantendremos rotundos en el año 2005, no por comprometernos fielmente a decir lo que aquel dijo, sino por plantear incluso esa duda y desvarío, de si fue en el 2005 o en el 2004, como parte propia de la vida del sujeto, en contraste con los otros testimonios aportados aquí, todo esto propio del perfil como género periodístico que es el que nos viene guiando en nuestro relato.

Arrancaron las conversaciones en el instituto, largos debates sobre temas propios de una academia, que son casi cualquiera, o cualquiera propiamente, ya sin el casi, que el limitante no se encuentra a la vista, y bien se podría andar en un pizarrón hablando de partículas subatómicas o de memes, epistemología del conocimiento u ontología de la pendejada, como si una pequeña Biblioteca de Babel habitara en cada cabeza, y en las cabezas de otros encontrara a su vez otros pasillos de la misma biblioteca que, al juntarse, en vez de formar dos pasillos, como diría la lógica matemática, dos más dos son cuatro, generaran no solo la estadía de dos espacios, sino un tercer espacio formado por el cruce de los dos anteriores, siendo así se entiende por qué se dice que es infinita. De estos debates se generaron grandes trabajos, de los que expondremos apenas algunos títulos: *Mujer y deporte, hacia la equidad e igualdad*; *Patrones de hábitos alimentarios: reflejo de lo que comen los jóvenes ucevistas*; *Estimación de la adiposidad en deportistas venezolanos a partir de métodos estadísticos robustos*; *La antropología del deporte en Venezuela: balance y desafíos futuros*, y un largo etcétera de publicaciones hoy disponibles y al alcance de un click en *Google*. Pero otros tantos temas, referentes al deporte o ajenos a él, quedarían también en los pizarrones del instituto, en debates esgrimidos al filo de un cafetín, durante mañanas, mediodías, tardes e incluso noches de trabajo, días para pensar serían aquellos, para vivir como place, a gusto, sin mucha cosa, pero sin ser objeto de la precariedad del sobrevivir diario que encontrarían a la vuelta de la esquina.

En el 2007, para asentar fechas precisas, la universidad pareció convulsionar un poco debido a que la concesión que el Estado le daba a RCTV como televisora nacional

abierta llegaba a su fin, y en un arrebatado de decisión el entonces presidente Chávez, que para esos días contaba con ocho años en el cargo, decidió no renovarla. El 27 de mayo de aquel año el canal salió del aire y pasó a encontrarse únicamente como televisora por cable, pero después, de nuevo bajo los buenos oficios del gobierno nacional, salió incluso de la lista de canales de esa índole que se podían ver en el país. Todo ello conllevó una serie de luchas estudiantiles, que se sumaron a la campaña de un referéndum aprobatorio de ciertas reformas que el gobierno quería hacer a la Constitución Nacional, la misma constitución que el gobierno había logrado hacer aprobar en 1999. El tiro, aparentemente, le salió por la culata, como se suele decir cuando algo le sale mal a alguien, y que también se podría traducir por más vale Constitución en mano que mil reformas volando. Fue el tercer gran barajuste de la universidad en esa década, si contamos la toma del 2001, y luego el golpe del 2002 seguido por un paro al cual la UCV se había sumado a medias, estratégicamente. Ahora tocaba este tercer round, a los estudiantes propiamente, pero a las universidades autónomas y privadas de manera general, como daba la impresión de ser.

Por esos años también ocurrió otro evento relevante, si bien no para la universidad, al menos para la historia que venimos contando. Ese año, tras un buen tiempo de relación seria y formal, de besos y abrazos, apoyos continuos y una larga mirada de suspiros, Rubén y Zhandra se mudarían juntos. Vivieron al principio en El Junquito, lejos de la universidad pero cerca de la tranquilidad que deseaban, un pueblo yuxtapuesto a la ciudad, alto y frío, de neblina brumosa y aroma a cochino frito, del que quedarían recuerdos varios, en el uno y en el otro. Parece propicia la oportunidad para pasarle la voz sonante a Rubén, que, por ser protagonista de los eventos que venimos contando, puede dar una mejor aproximación a los hechos aunque, siempre queda el riesgo, más subjetiva:

La etapa más bonita fue cuando estábamos en El Junquito, porque era apoyarnos dentro de los periplos, dentro de todo eso. Era una etapa donde estábamos todo el tiempo juntos, compartíamos mucho, incluso si ella estaba haciendo una cosa y yo otra, compartíamos eso. Para mí esa fue la etapa más bonita. Fue una etapa de enamoramiento. Luego vino una etapa que fue bonita también, la de la madurez de la relación, y a pesar de que nuestra relación terminó, yo recuerdo todos los días eso, lo que fueron los obstáculos a vencer, los retos que nos llegaban todos los días. Las etapas bonitas con Zhandra: levantarnos de madrugada, tomarnos un café, fumarnos un cigarro y discutir las ideas que

se nos ocurrían. Yo esperaba todas las mañanas con Zhandra para conversar lo que se nos hubiera ocurrido, así fuera una tontería.

Para el 20 de mayo del 2009, según reseña en El Nuevo Herald la periodista Fabiola Sánchez, ocurre lo siguiente:

Varios miles de estudiantes, profesores y trabajadores universitarios realizaron el miércoles una marcha en el centro de la capital para exigir al Gobierno el incremento del presupuesto para las universidades públicas.

Aunque no hubo choques y la manifestación transcurrió de manera pacífica, poco después de haber comenzado, una decena de encapuchados, blandiendo armas de fuego, secuestraron tres pequeños autobuses privados y los quemaron dentro de la estatal Universidad Central de Venezuela (UCV), en el centro de la ciudad.

Bajo el resguardo de centenares de policías y guardias nacionales, los estudiantes, profesores y trabajadores de las principales universidades del país tomaron el miércoles algunas vías del centro de Caracas para protestar contra el recorte presupuestario de cerca de 6 por ciento que acordó el Gobierno en marzo como parte de las medidas de ajuste fiscal.

"No más armamento, queremos presupuesto", "y no, y no, y no nos da la gana, una dictadura como la cubana", eran algunas de las consignas que corearon los manifestantes durante el recorrido que culminó en las cercanías del edificio donde funciona la sede del Ministerio de Educación Superior.

Con lo que queda demostrado no solo el hecho de que en casi 9 años el mentado movimiento estudiantil no ha renovado sus consignas, sino además que se veía comenzar el recorte de un presupuesto universitario que crecía en el número de bolívares, pero disminuía en capacidad adquisitiva, producto de la inflación. Pero a todos estos eventos, especialmente los presupuestarios, habría que verlos con lupa, analizando cifras y datos,

cotejando con la inflación y con un montón de tejemanejes que se leen más o menos de la siguiente manera, si se nos permite la argucia estadística: desde la década de los noventa venía una tendencia de aprobar solo el 50%, a veces algunos puntos porcentuales más, otras veces menos, del presupuesto solicitado por la universidad, con lo que se quiere decir que de cada 10 que la universidad pedía, se le daba solo 5. Esta no era una cosa nada novedosa, pues, como recién lo dijimos, este método había empezado casi 20 años antes, con el segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez, el mismo que dio como resultado el tan mentado Caracazo, para algunos explosión social y síntoma irreversible de la crisis democrática venezolana, para otros tramoya armada desde los partidos de izquierda y que terminó impulsando precisamente el golpe en el que el entonces teniente Chávez, como ya quedó dicho al principio de este relato, se lanzó en aventura presurosa. Si fue una cosa o la otra, no conviene discutirla aquí, bastará con mencionar ambas posturas, y que el lector busque en otros textos, si no es entendido en el tema, o discuta en sus adentros la validez de la postura propia, si ya la tiene. Lo novedoso de esta situación, la del 2009, queremos decir, es que venía de varios años en los que se acusaba a la universidad de ser una institución elitista y corrupta, apoyadora de las sinvergüenzas de la oligarquía apátrida, y otros epítetos que servían para descalificar a la institución universitaria, cosas estas que imposibilitaban el diálogo social y que, para algunos autores, formaban parte de la estrategia del gobierno para desconocer a distintos actores e instituciones, como los gremios y sindicatos que no apoyaban las posturas gubernamentales.

Aunado a lo señalado, dentro de la universidad se empezaba a vivir, o se hacía más común, cuando menos, un contexto de violencia política, o vandalismo, si se quiere; con decir que solamente en el año 2009 ocurrieron los siguientes eventos: el 18 de enero, dos motorizados atacaron con bombas lacrimógenas al presidente de la FCU; al día siguiente lanzaron bombas y niples en las adyacencias de las oficinas de la FCU; al final de esa semana, grupos presuntamente chavistas, como dicta el periodismo que digamos, presuntamente, entraron a un foro académico en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, suspendiendo la actividad a punta de desorden y causando daños a múltiples equipos; el 15 de febrero incendiaron el Centro de Estudiantes de la Escuela de Trabajo Social, y solo un día después un grupo de estudiantes, de nuevo presuntamente, solo presuntamente afectos al gobierno, irrumpieron en una rueda de prensa en la FCU y agredieron física y

verbalmente a los participantes; para el 7 de marzo, un grupo de unos 30 estudiantes agredieron a dirigentes estudiantiles por ser burgueses, nótese que no los llamaron presuntamente burgueses, sino burgueses a secas; el 27 de abril, un grupo de personas armadas amenazaron con armas de fuego a quien se atravesara por la Plaza de El Rectorado; a eso de las 7 de la noche del 9 de mayo, un grupo de personas incendiaron un vehículo de la universidad, después de estrellarlo contra la sede del Rectorado, no sin antes soltar aquí y allá uno que otro disparo para causar zozobra; al día siguiente, mientras se realizaba una marcha al Ministerio de Educación, aparecieron como por arte de magia 3 microbuses incendiados, uno frente a la FCU, dos en una de las entradas de la universidad, y durante los dos días posteriores, 21 y 22 de mayo, hubo disturbios con armas de fuego y bombas lacrimógenas en dos facultades; el 14 de junio se arremetió contra un grupo de 14 personas que realizaban una huelga de hambre en protesta por la reducción del presupuesto asignado al comedor universitario; todo esto en la primera mitad del año, y si no recurrimos a la otra será solo para no redundar, que los eventos siguieron más o menos con la misma regularidad y los mismos métodos, además de que con solo estos meses podemos dar una idea de cómo se batía el cobre en los pasillos de la UCV.

No hay que olvidar, no obstante, el sentido propio de este relato, que viene a ser el investigador Rubén Peña, que para entonces había ingresado a la asistencia del doctorado en Ciencias Sociales, gracias a los buenos oficios del profesor Rafael Ramírez Camilo, entonces director del doctorado, exdecano de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, y que por esos años se convertiría en amigo y, por otro lado, mentor de Rubén, el antropólogo del que podríamos decir que constantemente se sentía perdido, de no ser porque en aquellos años, extraña cosa, había encontrado algo muy parecido a un hogar, una primera casa junto a Zhandra, una segunda casa, o extensión de la primera, en la universidad. Son las vueltas que da la vida, un día estás perdido, al otro te encuentras, o te encuentran, o encuentras y te encuentran, por no señalar otras diversas conjugaciones del verbo encontrar, pero pasa también, suele suceder, que después de un proceso de encontrar y ser encontrado, llega otro de perderse o ser perdido, frase esta última que no viene tanto al caso, pues no puede decirse de Rubén que se volviera a perder en esos años, sino todo lo contrario, haría inmersión cada vez más en ese espacio, primero investigador, luego

asistente en la coordinación del doctorado, luego comenzaría su propio doctorado, y finalmente, ya por el 2010, se iniciaría en la docencia.

En el 2010 empecé la docencia formal, pero ya había hecho algunas suplencias. Recuerdo la primera suplencia que me ofrecieron... Una profesora llega a la unidad buscando a Pedro Brito, que tenía más experiencia, pero Pedro no estaba y me ve a mí ahí, me pide que le dé una suplencia porque tenía un evento o algo así. Ella viene y me dice: "Tienes una hora para preparar la clase". Dicho y hecho, en una hora monté tremenda clase con presentación y todo. Yo dejé el corazón dando esa clase, ahí vi la pasión de estar al frente de un aula. Mi primera clase fue en postgrado, recuerdo que me temblaban las piernas. Pero en pregrado fue otra cosa, porque en postgrado uno se enfrenta con gente que asume que conoce, en pregrado uno está ahí parado y las personas creen en lo que vas a decir, y para mí fue muy delicado eso, yo me sentía muy nervioso. Creo que fue como tocar una sinfonía, de hecho después tuve muchos elogios, la profesora me agradeció.

Ahí estaba, parado en el podio de un aula, con su vida a cuestas, aprendiendo que la vida cuesta, pero que es bonita a veces, y muchas veces esos instantes bonitos se extienden por largo rato, años, décadas, tanto así que hay quienes rememoran toda una vida de sonrisas, quizá por esa tendencia de los hombres a olvidar lo malo y quedarse con lo bueno, si no son demasiado pesimistas, o rotundamente realistas, pero también porque la vida es así, bonita, a veces, y bonita le era entonces. Serían esos años quizá los más tranquilos de Rubén, los más ausentes de conflictos, porque tenía un espacio, un lugar, porque podía ser él, incluso dentro del anonimato que él mismo era, incluso si usaba una máscara durante el día, las noches eran de Zhandra, con Zhandra, y junto a ella él era un sí mismo, con todo lo bueno y lo malo que Rubén arrastrase. Serían esos los años más tranquilos, porque Rubén tenía un hogar.

Capítulo 6

Zhandra Flores, profesora en la escuela de Comunicación Social, licenciada en estadística e investigadora en el Instituto Rodolfo Quintero, se puede definir tanto por su trabajo académico como por su militancia con la izquierda. Sus ideas son rígidas y firmes, y más allá de atacar las posturas gubernamentales, su visión de la situación universitaria pasa a evaluar la actuación de las propias universidades en medio del conflicto.

Su relación con Rubén, además, la vuelve indispensable en este relato. Son sus palabras las que se ofrecen en este capítulo.

Yo veía trabajando en el Rodolfo Quintero desde septiembre del 97, cuando era estudiante de tercer semestre. A mí me recomendó una profesora, ella vio que a mí me gustaba la vida universitaria y me llevó al instituto y bueno, el profesor Pedro García, con quien trabajé luego por muchos años, trabajaba allí con ella. Allí lo conocí a él, al profesor Brito, a Armando, que son personas cercanas a Rubén. Ellos habían estudiado juntos, y por lo tanto yo conocí a Rubén de referencia antes que conocerlo en persona. También fui preparadora después. Yo desde que empecé a trabajar en la universidad no quise otra cosa para mi futuro profesional. Solo me vi allí.

A mí me gusta más la investigación. A mí me gusta dar clases, bueno, tú has sido mi estudiante. Yo me esfuerzo mucho dando mis clases, procuro dar clases universitarias de verdad. No como los maestros de escuela, porque la universidad no es una escuela. Pero si yo he de decirte la razón real, es que a mí me gusta que el trabajo en la universidad puede no ser rutinario. A mí me aburre toda rutina, todo horario. Yo no soy una persona que tenga como la estructura para adaptarse a eso, entonces, en ese sentido, decidí quedarme en la universidad, y tuve la opción de quedarme.

A ver... yo siento que antes la gente tenía un compromiso distinto con la universidad, y eso se expresaba en distintas esferas. En términos estudiantiles, mucha gente tenía conciencia del privilegio que era estar allí, no era una cosa más. Tengamos en cuenta que a finales de los años 90, particularmente durante toda esa década, hubo un deterioro progresivo de conquistas previas. Ya desde mediados de los 80 la insuficiencia de cupos era agudísima, ya en los 70 era un problema, pero en los 80 ya había un montón de gente sin

cupo, un altísimo porcentaje de quienes egresaban de la educación secundaria no tenían dónde cursar estudios universitarios, ni privados, ni públicos ni nada. Eran personas que no tenían ningún tipo de acceso a la educación superior. Y eso era en la UCV una bandera de lucha permanente. Yo no voy a decir que todo el mundo se interesaba por eso porque es mentira, nunca es así, nunca pasa eso de esa manera, pero efectivamente había un nivel de politización alto, y por nivel de politización no estoy queriendo hacer una comparación con lo de ahora, porque es incomparable. Claro, había un tema de posiciones antigubernamentales, sí la había, pero no había un interés de derrocar al gobierno de Caldera ni a ningún otro gobierno, esa es la primera cosa. En segundo lugar, los partidos políticos, si bien tenían sus cuadros y muchas personas formándose allí, no tenían control sobre la política universitaria, había cierta autonomía. Y cuando te digo la política universitaria no me refiero únicamente a la estudiantil, me refiero a la política universitaria como generalidad, las autoridades universitarias gozaban de gran prestigio, dentro y fuera de la universidad. La educación tenía prestigio, tenían autoridad moral para hablar. O sea, autoridades que estuvieran bajo sospecha, por deshonestidad, era impensable. Por falta de compromiso, impensable. Te estoy hablando de cosas como problemas presupuestarios, cupos deficitarios, problemas graves, pero que se gestionaban de manera distinta, tanto por parte del Estado como por parte de la universidad.

Entonces, digamos, yo he estado involucrada en la política desde la infancia, porque crecí en un hogar donde eso era importante. Mis padres fueron militantes de la izquierda, mi mamá participó ampliamente en la política universitaria de la UCV. Digamos, tenía una conciencia distinta de lo que era la política universitaria, que no es para obtener prebendas o privilegios, sino que se trata más bien de un compromiso con los otros, y eso implicaba trabajo y traía también una suerte de imperativos morales. Había una responsabilidad moral en ser político universitario, en todas las esferas. A nivel del profesorado, las autoridades tenían que tener una trayectoria académica impecable, en primer lugar. Ahora, cuáles eran sus posiciones políticas, eso era otra cosa. Aquí tuvimos rectores, como Luis Fuenmayor, que a nivel de la izquierda fue lo más cercano que tuvo la universidad, un sujeto con una calidad académica impecable, que alcanzó todos sus escalafones antes de los 40 años. Era un académico irrefutable. Como puedes ver, no estoy hablando de las mismas realidades ni de las mismas cosas, aunque los problemas sean estructuralmente más o menos los mismos.

Las maneras de afrontar las cosas eran distintas, a las autoridades se les exigía actuar. Este tema de que se han robado todo y las autoridades deambulen en un “No sé, no puedo”, eso era impensable.

Claro que había también problemas de salario. No estábamos, evidentemente, en el nivel de precarización de la fuerza de trabajo que hay ahorita, que es inédito dentro de la sociedad venezolana, y que no es solamente dentro de la universidad, sino que abarca el tejido social entero. Pero bueno, un profesor universitario en aquella época estaba subpagado, claro que sí. Tenía un salario bajo en comparación con otros profesionales de menor calificación, y eso era obvio. Los profesores estaban en una situación casi de miseria, en términos de insumos siempre ha habido escaseces. Pero, ¿qué sucedía? Las instituciones dentro de la universidad te financiaban, podías tener acceso a algunos recursos, a veces te financiaban algunos equipos, y por allí uno buscaba la manera de hacer. Si tú tenías interés en la vida universitaria y eso era importante para ti, había cómo comenzar una vida en la academia. El primer escalafón de la carrera docente era el de preparador, había un plan de formación de la generación de relevo.

Yo fui preparadora desde que estaba en 5to semestre hasta que me gradué. Aparte de eso, tenía trabajo en el Rodolfo Quintero y mataba todo tigre que encontrara. Eso era cuando yo tenía 18, 19 años, incluso 20, y ahorita sigo haciendo lo mismo, con la diferencia de que ahora no me alcanza para nada. Pero en esa época yo vivía aparte, pagaba habitación, me costaba mis cosas. De paso podía comprar un par de zapatos, con gastos planificados, podía salir a tomarme unas cervezas con mis amigos. Había una idea, y esa es una cosa que desapareció la década pasada, de comprar cosas a crédito e ir las pagando poco a poco. Los objetos que yo logré acumular, los compré por esa vía. Alcanzaba para comer, podía pagarme cigarrillos, café, podía pagarme alguna cosa en la calle. Aun eso, que era el sueldo más bajo, no implicaba que uno estuviera en posición de no poder comer. Ahora, si evalúas cuánto gana un preparador hoy y para qué te sirve... Creo que no alcanza ni para tomarse un café.

Yo sostengo la tesis de que hay una situación estructural en la universidad, que es histórica y se viene arrastrando: presupuestos deficitarios, recortes. Lo que se ha ido es agravando, se ha puesto peor. Pero cuando tú tienes estructuralmente una crisis que define a la institución, que la institución contemporánea que tenemos está transversalizada por esa

crisis, bueno, dices: ¿cómo es que hay un punto de no retorno? Incluso el uso del significativo *crisis* es una cosa que yo pondría, en primer lugar, bajo sospecha. Una crisis es algo contingente, cuando tú hablas de algo estructural es otra cosa, es constitutivo de la institución universitaria en Venezuela. No estoy hablando simplemente de la UCV.

Ahora, si lo estoy poniendo en el plano de lo estructural es porque es constitutivo y es inevitable el deterioro, y esa es una tesis que quizá deba ser examinada con más cuidado por las personas que son expertas en esos temas. Pero creo que habría que pensarlo bien para poderte decirte, porque, fíjate, yo veo cosas que están en distintos planos y que tienen un efecto de distinto calibre. Hay cosas que vienen en lento recorrido, como el hecho de ser una institución desde la periferia, es una élite de las periferias. La reproducción del pensamiento. Digamos, cómo se piensa el rol de la universidad desde la vida social, ¿no? ¿Quiénes son los actores que definen la institución universitaria, que le dan sentido? Que no es solo el Estado, el Estado es el financista, y ese es su deber, que se bajen de la nube, tienen que gastar. Si defines una universidad pública –y en la Constitución del 99 los universitarios de este país, de varias generaciones, pusimos el cuerpo para que allí, en ese articulado, se consagrara el derecho a la educación universitaria gratuita, pues habíamos visto que era una fuente de menoscabo y de exclusión permanente en este país–, entonces tienes que actuar en consecuencia. Aquí estudiaban élites, esa es una realidad. Yo no estoy diciendo que esas élites tenían la intención de perpetuarse en su carácter de élites, que esa es otra discusión, pero ciertamente había un tema de acceso que es innegable. Ahora, ese es el primer paso, pero no es el único. Yo creo que el gobierno chavista se ha equivocado en dejarlo únicamente en el tema del acceso. También hay un tema de calidad, ¿no? Pero bueno, ese es el primer factor.

Segundo factor, yo creo que hay un tema, desde la subjetividad, que es el compromiso con lo que se hace. Cómo entiende uno la universidad, uno como universitario, que decidió hacer una carrera universitaria. Yo entiendo que en estos tiempos todo trabajo es volátil, la idea de hacer una carrera larga en cualquier parte es una situación que se ve muy ajena, pero hace 25 años no lo era tanto, y hace más tiempo, menos que menos. Cuando tomas una decisión de quedarte en la universidad, eso implica una carrera. El trabajo universitario es absorbente, es exigente, incluso destruye la vida personal. Yo tomé esa decisión siendo estudiante, yo no quise otra cosa. La cosa es que si uno piensa que va a

hacer vida universitaria, ¿para qué se hace la vida universitaria? Eso tiene unos roles allí. A finales de los años 90, lo común era que los cargos directivos fueran cargos que se pensarán para el fin de una carrera académica. La noción de estar en la universidad, antes, era un privilegio. Esta cosa de los profesores a tiempo completo que no van a trabajar, eso es nuevo. Y eso tiene una explicación muy sencilla, el tema de la desvalorización de la fuerza de trabajo, uno no puede comer con el sueldo. Además, que hay un tema de aspiraciones con el que no me quiero meter mucho, porque lo que se entiende por vida digna es algo muy subjetivo.

El problema universitario no consiste únicamente en los sueldos, sino que es una cosa más profunda. A ver, la Constitución fue aprobada en 1999, aprobada en un referéndum. Si asumimos la Constitución como un pacto social... La universidad, estructuralmente, se opuso al gobierno de Chávez desde sus inicios. Los signos visibles de esa oposición en la universidad eran claros. Yo desde mis propias posiciones de izquierdas acompañé al proceso chavista, y yo sigo siendo chavista, y por serlo, y por ser comunista, es que no apoyo ya al gobierno. El chavismo es más que Nicolás Maduro, ¿no? Bueno, la universidad comenzó un proceso de neoliberalización en los años 90, todo eso tiene unos efectos. En otras épocas las universidades eran bastiones de la izquierda, aunque las autoridades fueran reaccionarias. Pero la izquierda tenía en las universidades un peso, y eso era algo universal, las universidades en la mayoría de los países eran bastiones de la izquierda intelectual. Después de la caída del muro de Berlín viene un proceso que hay que considerar, de realineamiento de las universidades hacia el discurso del neoliberalismo. Yo en mi libertad decido no-sé-qué, yo: un discurso centrado en el individuo, no en el nosotros, no en la comunidad universitaria. Por eso es muy fácil que todo discurso universitario caiga en un tema de salario.

Entonces si vienes de ese recorrido, y partes de un proceso en el que los profesores de la Renovación universitaria van ya de salida de la universidad, profesores reconocidos, de izquierda, un conjunto de personas que no se las podía tildar de mediocres y que apoyaron al chavismo... Toda esa gente ya estaba de salida o ya se había ido. Ahora, ¿quién se quedó? Tienes una generación que se está jubilando y otra que está entrando en unas condiciones muy precarias, en una universidad diferente y que pasó a ser neoliberal. Todo eso tuvo un efecto. Las autoridades siempre se opusieron a Chávez, y hubo un punto de

quiebre que hizo evidente toda la oposición de las autoridades universitarias. En ese momento, un grueso importante de los profesores y los estudiantes eran chavistas, pero esas no eran las personas que tomaban las decisiones en la universidad. En fin, para ese entonces, era vicepresidenta del país Andreína Bastidas, y su hijo participó en la toma de la universidad del 2001. Eso entonces se convirtió en un asunto de principios, el gobierno apoyó las banderas de la toma. Chávez, siempre muy hábil, en lo que parecía un verbo desgarrado, aprobó el discurso aun sin aprobar los métodos, y la universidad se atrincheró y salió lo más reaccionario del sector profesoral y del estudiantado. Eso implicó un punto de quiebre entre el gobierno y la universidad, tanto así que cuando ocurre el golpe de Estado de abril del 2002, el entonces rector, el profesor Giuseppe Giannetto, un tipo muy talentoso académicamente, fue uno de los primeros que salieron a reconocer a Carmona, y apoyar el discurso de la entonces Coordinadora Democrática. Ese discurso, a lo interno, tenía alguna resistencia, pero por fuera tenía el mismo efecto. Esas peleas se fueron haciendo cada vez más frecuentes.

Después eso fue colapsando y, de Giannetto en adelante... Yo sí creo que las autoridades universitarias han tenido una posición muy antiuniversitaria, porque han sido incapaces de ver los efectos que tiene su no hacer y su aparente discurso de dignidad universitaria, que no es nada de eso, sino la defensa de los intereses personales. Yo insisto: no es solo un tema de presupuesto. ¿No ha habido plata para asfaltar las aceras de la universidad? Como ocurrió el año pasado.

Me dirás que está el tema de las partidas para gastos específicos, claro, pero existe la reconducción del presupuesto, se pueden solicitar permisos. Yo sé que existe eso, pero digamos: tú, como universidad, en el presupuesto ordinario no vas a considerar el pago de la gente de la limpieza y sí el asfaltado de las calles. ¿Esa es la prioridad? O el mismo negocio de las compañías de la limpieza. Podemos empezar a hilar fino. En segundo lugar, la universidad es la que presupuesta, y a la universidad le aprueban en función de las partidas que dice son prioritarias. Yo no estoy disculpando al gobierno de ningún modo, estoy criticando la actuación de las autoridades universitarias frente al recorte sostenido y sistemático del presupuesto por parte del gobierno, en términos relativos. Ahí no hay ajuste por inflación. Hay cosas que no se consideran, en ese discurso gubernamental, como el porcentaje del presupuesto que representan sueldos y salarios, y digo más en los casos

como el de la Universidad Central o la Universidad de los Andes, que tienen larga trayectoria, y tienen una gran carga de personal jubilado.

Entonces, para resumir, hay una falta de compromiso con la universidad que se expresa en estas cosas. Un discurso muy mezquino. En verdad no salen del “hay que salir de este gobierno”, que viene desde los tiempos de Chávez y que todavía no ha cambiado. En 20 años, y se supone que los centros universitarios son la élite del saber y viven llenándose la boca con eso, en 20 años no han sido capaces de elaborar ninguna propuesta de país. ¿Dónde está el compromiso? Cuando no eres capaz de encender unos bombillos ni siquiera medianamente, cuando no eres capaz de tener una seguridad mínima dentro del campus... Yo tengo un largo etcétera en contra de las autoridades universitarias, que definitivamente tienen una cuota de responsabilidad en cómo está la cosa. También hay que poner la pelota fuera del gobierno. Que, claro que sí, el cerco económico es innegable, pero ya va, la universidad internamente también.

Mira, en el tiempo en que estudié yo, había actividades de todo tipo, cursos, talleres, seminarios, conferencias, debates, todo desde temprano en la mañana hasta la tarde, todo el día, todos los días. Incluso voy a hablar de una cosa que parece más pendeja, pero que tampoco lo es tanto: mira cómo están los cafetines, ¿quién habla en un cafetín ahora? La gente llega, hace lo que va a hacer y se va. No hay vida en la universidad. Pero obviamente, si tú no tienes cómo comer, ¿cómo produces, quién te financia la investigación? Es la falta de vida universitaria en toda su expresión.

Otro síntoma de esta situación son las personas que, en lugar de por un saber, surgen bajo el criterio de ser simpáticas, por el criterio de ser amigos de... Esa gente termina frente a la formación de otros. ¿Sabes el poder que uno tiene en una tarima? Eso es un síntoma notorio, y el argumento de la universidad es el bajo salario. Está bien, ahorita los sueldos son una miseria, eso no lo voy a negar, pero nadie te obliga a aceptar un sueldo así. Arrecho es que aceptes el compromiso y luego, bajo ese argumento, incumplas, que ese sea el argumento para que no te comprometas con un coño. O peor, que te digas profesor universitario pero ni siquiera estás capacitado para dictar la cátedra a la que estás asignado. Y así, largos etcéteras. Ese es uno muy notorio, que la carrera universitaria no sea atractiva para nadie. Dime tú qué estudiante bueno se quiere quedar ahorita en la universidad o, mejor dicho, qué estudiante, el que sea, se quiere quedar en el país.

¿Por qué me quedo yo? Yo no entiendo mi vida fuera de la universidad. Es una respuesta que parece fácil, pero en realidad no lo es tanto. Tiene que ver con que no me consigo yo misma. A mí me gusta la vida universitaria, te da esa posibilidad de inventarte una y otra vez. Yo me invento, la universidad me ha dado la oportunidad de inventarme una y otra vez. Es como la sed del saber, no sé. El único espacio, para uno poder hacer eso, son las instituciones académicas, fundamentalmente las universitarias.

Yo estoy muy ligada a la universidad desde mi infancia, y ver ese deterioro en cámara lenta es dolorosísimo. Muy doloroso. Y antes de quedarme solamente en el relato del dolor, tengo que decir que es una cosa de ya no hallarse. ¿Las universidades están para qué? Para pensar, para crear, para tener interlocución, para discutir. Cuando ya a nadie le interesan esas cosas, o cada vez le interesan a menos personas, ¿dónde está el sentido de la universidad? Cuando los estudiantes lo que quieren es su cartón, su título y ya, pero lo demás no importa, cuando nadie quiere saber... Se ha vuelto un lugar que es entendido como un trámite más, y es así en el gran relato universitario.

Es un gran dilema, una cosa que, diría Lacan, me divide. Yo no me hallo, yo no sé hacer otra cosa. Más que no saber hacer, es que no querría yo hacer otra cosa que no fuera pensar, a mí me gusta pensar.

Mi relación con el profesor Rubén... No sé, nosotros... antes de eso éramos amigos, nos hicimos amigos rápido. Claro, yo debo decir que Rubén me echó los perros desde el día que nos conocimos. Fue así, él era bastante descarado. Y quizá tenía que ser así porque yo soy un poco caída de la mata, o un poco no: bastante. Yo en esa época salía con otra persona, y él también salía con otra persona. Primero fuimos amigos. Rubén es un tipo muy inteligente. De hecho, cuando él llega a la unidad de investigación, ya yo lo conocía por referencias, él era el que había hecho a Panchito, un cráneo que estaba en el laboratorio de antropología física en la Escuela de Antropología, él era el que había arreglado el esqueleto con resina, él era el tipo ultrainteligente al que siempre mencionaba Pedro Brito desde la admiración. Entonces, bueno, yo conozco a Rubén y él me cayó bien, y realmente pude ver que era un tipo indudablemente brillante. Más bien, esos elogios que yo había escuchado durante varios años sobre su persona eran poca cosa frente a una inteligencia realmente portentosa. Él es una de las personas más inteligentes que yo he conocido.

Un tipo realmente capaz, a mí eso me encantaba de Rubén. Un tipo con una mente activa, lúcida, con unas habilidades que no dejaban nada por fuera; cualquier tarea estaba a la altura de Rubén. Eso a mí me causó mucha impresión. Y, bueno, después de varios años de relación con el profesor Brito y el profesor Armando, siendo amigos, teníamos un grupo que era muy cerrado, y ver que ellos desde el principio lo aceptaron, el poder estar los dos en ese núcleo, hizo las cosas distintas, nos hizo compartir bastante. Claro, la universidad era otra, nos quedábamos hasta tarde en la noche trabajando ahí en el Rodolfo Quintero, almorzábamos juntos, merendábamos juntos, al salir del trabajo nos tomábamos algo. Había muchas formas, que en la actualidad ya uno no puede hacer, por el factor económico, por la inseguridad, porque uno en su tiempo libre tiene que preocuparse por matar tigres, a todos nos empezó a alcanzar eso en algún momento. Ya en el año 2012 uno tenía que buscar cómo compensaba el salario, pero antes de eso compartíamos bastante y nos hicimos buenos amigos. Entonces, claro, al estar en ese círculo uno exponía se intimidad, porque unos sujetos con los que compartías desde las 8 de la mañana, o antes, hasta las 8 o 9 de la noche, incluso muchos sábados, terminan siendo personas con las que uno está muy involucrado. Y no sé, en algún momento nosotros lo conversamos, hubo tanteos, y comenzamos a salir. Se dio.

Fíjate, la vida no nos daba a ninguno como para que fuera diferente, porque nosotros trabajábamos, por la medida baja, 12 horas todos los días. Tenía que ser allí, ¿no? Nuestro punto de anclaje y de coincidencia, porque somos personas muy distintas en muchos sentidos, fue la universidad... Y el amor por el saber.

Nosotros tuvimos casi 15 años de pareja; una vida, pues. Eso es una vida. Bueno, la universidad siempre marcaba la pauta de nuestra cotidianidad. Durante las vacaciones pasábamos casi siempre los días en la casa, porque ni Rubén ni yo somos personas de salir mucho. Yo soy muy solitaria, muy callada, prefería pasar el tiempo estudiando. Rubén es un gran cocinero, aprendió a serlo. Compartíamos bastante durante las horas de la comida, salíamos a veces a dar una vuelta. A veces salían trabajos, pero en verdad nuestra vida cotidiana siempre estuvo marcada por nuestra vida en la universidad. Siempre fue así. Con lo bueno y lo malo que puede tener eso.

Rubén es una persona compleja. Muy compleja. Una persona con la que puede ser difícil convivir, una persona con la que puede ser difícil relacionarse. Él tiene grandes

lucideces, pero también grandes terquedades, ¿no? Una vez que una verdad se instala en su cabeza, él no va a moverse de eso. Eso es un poco jodido cuando vives con alguien así...

Es un tipo realmente talentoso, hacia el cual yo siendo una gran admiración, no te imaginas cuánta. Yo sucumbo de admiración ante la brillantez y el talento de Rubén. Rubén es capaz de, no sé, hacer una tubería con materiales de desecho, resolver problemas de ingeniería con vainas que tiene a la mano, y también es capaz de reflexionar sobre antropología filosófica, sobre epistemología, que son las áreas que a él más le interesan. Sus grandes elaboraciones como antropólogo, su capacidad para leer y entrelazar el gran relato social... Es una persona a la cual es difícil acceder realmente, en términos de lo que es él en verdad. No estoy queriendo decir que es hipócrita, porque eso no es... Es difícil de expresar en pocas palabras, y no quiero decir una cosa que pueda ser objeto de una interpretación equivocada. En realidad, estoy tratando de decir todas las cosas buenas que pienso de él, y que son bastantes. Y bueno, dije una negativa porque es jodidamente terco, y eso es un problema, ¿no?

Él es realmente una persona de pocas relaciones íntimas, pero las que tiene son muy estables. Particularmente su núcleo familiar, el profesor Pedro Brito, que es su grandísimo amigo... en algún sentido lo fui yo. También es una persona que parece suave en sus maneras, pero que es completamente dominante. Yo parezco brava, pero no lo soy. Él lo es y a mí me jodió mucho eso, porque es como un yugo, pues. Tú lo has visto porque él, además, es autoridad, y a él le encanta ser autoridad. Él disfruta el ejercicio del poder, aunque no lo admitiría. Él dice que lo hace por la escuela o por... pero no. Esa es su estructura de personalidad, y lo puedes ver en cómo se relaciona con la gente. Eso me parece un rasgo negativo, porque, bueno, él no es un tipo que ejerza el cargo por una ambición personal, él utiliza ese liderazgo creyendo que con eso, y creyéndolo genuinamente, está ayudando a la universidad y está ayudando a la escuela. Y en verdad lo hace, al punto que se siente cuando él no está, se siente su ausencia. La gente recurre a él porque saben que él soluciona.

Desde una posición teórica eso también es jodido; de hecho yo no trabajaba con Rubén. Yo podía discutir temas de interés, o decirle que leyera algo que había hecho, o contarle mis ideas: él es un tipo muy lúcido del que siempre tuve otro abordaje. Es un tipo también muy solidario, muy solidario con sus afectos, pero es una persona que no se

expone delante de todo el mundo. Digamos, la persona pública que se ve en la escuela, claro que es Rubén, esa es una faceta de su personalidad, pero eso es solo la superficie.

Por distintos motivos, Rubén y yo somos personas acostumbradas a vivir con poco. Yo tengo un estilo de vida bastante espartano, y Rubén en ese aspecto fue un gran compañero, porque Rubén no se amilana por la falta de dinero. Claro, uno se preocupa, uno busca maneras de hacer algo. Como te dije, él es un gran cocinero, y también es una persona con una alta dosis de creatividad, que hace cerámicas, dibuja, hace maquetas, toda esa clase de cosas. Es un tipo que es piloto también, ¿qué no es Rubén?

Somos dos personas capaces de alegrarse con las cosas pequeñas de la vida, el no tener para comprar esto o aquello... Eso solo nos empezó a afectar seriamente el año pasado, cuando ya no podíamos costearnos ni los cigarros, ya ni un café. Oye, pero, más que por el tema de nuestra relación interpersonal, fue vernos sumergidos en una forma muy injusta, que ya no era la vida espartana y sencilla. Uno decía: “Coño, queremos que nos alcance para poder comer”. Ya después se hizo muy cuesta arriba, como está para todo el mundo. Pero esas eran las maneras. Rendíamos, comíamos lo que se podía, y él, que tenía mucha habilidad para lo culinario, hacía dos cositas que se inventaba y le quedaban muy bien.

Yo creo que esa picada comenzó, con honestidad, del 2013 en adelante. Creo que toda matemática y todo cálculo, en términos de la desaceleración de la capacidad de consumo, van a apuntar en esa dirección. Pero a partir del año pasado fue... En los últimos meses mi sueldo de profesor a tiempo completo me alcanzaba apenas para comprar aliños, comida para los animales y cigarros. Nada más.

Capítulo 7

Algunos datos convendría mencionar para el mejor entendimiento y conocimiento de los eventos que se avecinan y que han sido la amenaza constante de este relato, la propia crisis, pues, que aunque no se manifieste, como bien se ha visto, puramente en sueldos y salarios, tiene una gran expresión, grandísima más bien, en los sueldos de los profesores universitarios. Es por ello que nos proponemos a continuación hacer un pequeño relato, echar el cuento, como comúnmente se dice, de lo que pasó aquí. Claro, como ya han venido señalando los distintos testimonios que hemos encontrado en las páginas previas, los profesores subpagados no es una cosa de ayer nomás, sino que varios señalan que el asunto es histórico. Bueno, respecto al tema comenzaremos por decir que, si contamos una centuria desde este momento hacia atrás, nos encontraremos con que el momento en el que los profesores eran mejor pagados data de finales de los 50, los días en que Pérez Jiménez se montaba en su vaca sagrada y se iba, bien lejos, dejando a los profesores universitarios con uno de los mejores sueldos de la región, que constaba de más de 3000\$ para un profesor titular a tiempo completo, cifra nada despreciable. De ahí en adelante, lo que encontramos es una picada, no podría ser de otra manera si venimos del tope. Para los años 90, un profesor instructor y un profesor titular, ambos a tiempo completo, ganaban 627 y 1329 dólares, respectivamente, claro está. Eso en años de plena crisis, política y económica, cuando los días del 'ta-barato-dame-dos ya eran solo un sueño lejano, o una broma triste. Luego llegó Chávez, llamado por algunos comandante supremo, el loco de Sabaneta, el difunto, el hijo de Bolívar, y otra infinidad de títulos que le dieron, seguidores y detractores. No todo fue malo con Chávez pues si a ver vamos, para el 2001, cuando daba sus primeros batazos en el campo de juego, los profesores de la misma escala mencionada más arriba ganaban, de nuevo respectivamente, 874 y 1723 dólares, según los cálculos de la propia universidad. Esto, por supuesto, no se acerca a la cifra de finales de los 50, pero es sin duda una mejora respecto a la de los 90. Ese monto es, hasta la fecha, el pico más alto del nuevo milenio, y de ahí hacia adelante lo que se ve es una desmejora, con decir que para el mismo 2001 el salario mínimo rondaba los 400\$, visto lo cual es fácil notar que un profesor instructor a dedicación exclusiva ganaba al menos dos salarios mínimos, y un

titular pasaba los 4, pero para el 2014 un titular apenas y llegaba a ganar 1.66 salarios mínimos, sin que esto implicara que el salario mínimo valiese más, sino todo lo contrario. Cabe aquí hacer la aclaratoria de que esta desmejora no corresponde únicamente a Nicolás Maduro, para entonces con poco más de un año en la presidencia, sino que fue cuestión progresiva.

Aclarado el asunto, es importante señalar también que los profesores siempre han tenido unos métodos para el ajuste salarial, que para 1958 era convenido entre la institución universitaria y sus gremios. Esto fue así hasta 1983, pero luego cambia y el nuevo método lleva a que el salario se defina entre la Federación de Asociaciones de Profesores Universitarios de Venezuela, también llamada Fapuv para abreviar, y el Consejo Nacional de Universidades (CNU). Este método buscaba que los sueldos y salarios de las distintas universidades del país fueran equivalentes. Esto, en teoría, funciona así hasta el presente, pero en la práctica, que es lo que cuenta, desde el 2005 en adelante el gobierno nacional ha tomado el tema de los sueldos y salarios por mano propia, desconociendo las normas de homologación vigentes, dictando aumentos a gusto y a disgusto, a veces sin el debido ajuste inflacionario, de lo que deriva una caída en el poder adquisitivo de los académicos venezolanos.

Ya aportada esa pequeña dosis de contexto, podemos volver al tema que más nos importa, Rubén Peña, que, dando sus primeros pasos en la docencia, termina dando clases en la Escuela de Salud Pública de la UCV, lejos del campus universitario per se, por los lares de El Algodonal. De la UCV a El Algodonal es un trayecto que, según *Google Maps*, puede demorar hasta 30 minutos en un vehículo particular, qué será entonces en transporte público, donde hay que sumar los 5 minutos o más que se tarda una persona esperando la camioneta, los tramos a pie, los empujones del metro y otros tantos periplos que se dan siempre en esas andanzas. Tal sería el trayecto que daría Rubén una o dos veces por semana, y que después cambiaría por una simple caminata desde el Rodolfo Quintero hasta la Escuela de Comunicación Social, 100 metros cuando mucho, un paseo tranquilo, de charlas con Pedro Brito o con Zhandra, otras veces de soledad, seguro la mayoría de las veces, en el que tal vez sopesara ideas o emociones, o simplemente anduviera como quien anda sin pensar. Entró allí como profesor contratado del departamento de metodología, el mismo en el que estaban la profesora Zhandra y el profesor Pedro. Como pez en el agua se

debía sentir Rubén entonces junto a sus compañeros, dando clases, investigando, discutiendo teorías, aprendiendo y reformándose a cada instante, en la fuerza de un aula, con el pizarrón a la espalda y dos decenas de rostros que lo miraban fijamente, expectantes, a veces desordenados o risueños, habría también el que siempre quería saber más y preguntaría por esto y lo otro, y no pudo faltar el que no se interesara demasiado en lo que el profesor decía. Así era en todos los cursos, todos los años.

Sin embargo, había un cambio que se sentía, el propio de la universidad, un deterioro que continuaba. Por aquellos mismos días Zhandra sale de la jefatura del departamento de metodología, y el entonces director, Miguel Latouche, le ofrece a Rubén la jefatura del departamento. Hay un pequeño revuelo en su vida, le pregunta a sus compañeros: “¿Qué hago?”, Brito le dice que le eche bolas, expresión popular que vendría a significar: “Asume el cargo, Rubén”, que la experiencia administrativa la tiene y las académicas no lo faltan, y así, por el año 2012, entra Rubén al Consejo de Escuela, la instancia más importante de la Escuela de Comunicación Social, que es como decir un pez grande en un estanque chiquito, pues lo que verídicamente se puede hacer desde la microinstitución que es una escuela autónoma de una universidad autónoma con pocos recursos, no es demasiado.

Veranos e inviernos fueron pasando, se empezaba a sentir el desgaste universitario. El recorte presupuestario ya tenía años afectando a la institución, y se empezaban a conocer por ese entonces renuncias de profesores que se quejaban de los bajos salarios, en comparación con el alto costo de la vida. Aquel era un año de elecciones presidenciales. El 4 de octubre, durante un apoteósico cierre de campaña en la avenida Bolívar, se vio a un Hugo Chávez desgastado por el cáncer empaparse bajo la lluvia, como quien dice que si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca. Calvo y todo, se alzó, según los datos de Consejo Nacional Electoral, con más de 8 millones de votos, frente a los 6.7 millones del candidato opositor, Henrique Capriles. El tema, por supuesto, fue comentado por todos los pasillos de la universidad, algunos alegres, otros no tanto, se venía ya de 13 años de chavismo y el fin no parecía estar cerca. Lo siguiente fueron las noticias del presidente interno en La Habana, enfermo. El 8 de diciembre del 2012, el reelecto Chávez profería ante las cámaras lo que sería su última alocución pública, en la que decía, entre otras tantas cosas, lo siguiente:

“En todo este proceso surgió la recomendación médica de someterme a tratamiento hiperbárico, la cámara hiperbárica. Motivado a esta recomendación para acelerar la recuperación, solicité a la Asamblea Nacional, fue el 27 de noviembre, recuerdo, en carta que está allí, solicité la autorización para ausentarme del país, a la hermana República de Cuba, donde se me ha venido siguiendo pues todo este proceso, para seguir el tratamiento hiperbárico. Salimos el 27 y el 28 comenzamos en la cámara hiperbárica. Fueron varios días de tratamiento, de seguimiento, sin embargo por algunos otros síntomas decidimos, con el equipo médico, adelantar exámenes, adelantar una revisión, una nueva revisión exhaustiva, y bueno lamentablemente, así lo digo al país, en esa revisión exhaustiva surge la presencia, en la misma área afectada, de algunas células malignas nuevamente”.

Rumores los hubo bastante por aquellos días, ese mismo diciembre y los meses siguientes, Chávez no aparecía por ningún lado, se aplazó incluso el día de la juramentación y luego, durante otra cadena nacional, el 5 de marzo del 2013, el entonces vicepresidente Nicolás Maduro anunciaba el fallecimiento del presidente Chávez. El país convulsionó en esos días, se hablaba de luto nacional, de nuevas elecciones, del fin del chavismo y otro montón de cosas más que radicales de lado y lado decían, mientras los niní, sin estar ni aquí ni allá, escuchaban. Tras repetirse las elecciones, en campaña desigual, hay que decirlo, queda electo Nicolás Maduro, y ese mismo año, durante el período de campaña incluso, la universidad se iba a paro indefinido.

Por cuestión de 6 meses la universidad fue recorrida por un rumor y, a la vez, por un silencio. Los pasillos se notaban vacíos, pese a que estudiantes y profesores se reunían en asambleas, discutiendo métodos de protesta contra el gobierno nacional, protestas por reivindicaciones estudiantiles, profesoras, por un presupuesto justo. “Va a ganar Capriles”, decían los opositores, “El paro es más político que reivindicativo”, acusaban los oficialistas, y la universidad pelada, vacía, ausente de lo que era su centro, decayendo todos los días un poco. Durante esas fechas, Rubén Peña seguía su vida, casi al filo de los acontecimientos, pensando y repensando en lo que sucedía, triste, quizá, por la ausencia de su podio pero, sobre todo, por lo que veía a su alrededor: una pugna política exacerbada y, a su vez, deteriorada en el sentido de la *realpolitik*. Cuando se dio por terminado el paro, para

el mes de septiembre, tras establecer unas mesas de trabajo entre el gobierno y las universidades autónomas que luego el gobierno desconocería, Rubén Peña seguía allí. En ese entonces ya no era jefe de departamento, sino coordinador administrativo. Pero era, sobre todo, otra de las tantas personas que diariamente constataban el constante devenir del mundo, que se traducía, en su caso, en el deterioro a paso lento pero sin freno de su sueldo, la institución en la que trabajaba y el país en el que vivía.

Anónimo divagaría de aquí para allá, distante de las posturas radicales, afinando el oído en cada discusión mientras pensaba, además, en cómo se podría mejorar la universidad, en unas palabras o unos gestos específicos que sirvieran para generar un cambio, mover el mundo desde sus bases, de lo chiquito a lo grande, mientras se fumaba un cigarrillo en las afueras de la Escuela, en el jardín, viendo frente a sí la misma universidad que tenía años viendo y de la que no se cansaba, la universidad en la que creía, sin llegar a idealista; en la que creía sinceramente. Esa era su vida, hacer la academia, investigar, hacer el máximo esfuerzo para que algo cambiase, de alguna manera, en algún cuándo que no se sabía cuándo sería, y mientras tanto seguir allí, rechazar lo malo, beber café, fumar otros cigarrillos, discutir en las mañanas con Zhandra, cocinar, sentarse a hablar con Pedro Brito, salir a fumarse uno más, quitarse la boina y redescubrir su cabello largo, pasar las noches con Zhandra, comer juntos, arroparse juntos, abrazarse, cumplir años, darse el lujo de leer un libro, debatir, pintar cuando le nacía, o escribir un verso, hacer de tripas corazón para seguir adelante, maldecir su pobreza cuando entristecía, cuando la vida le decía No, no puedes, y él, sin embargo, se le alzaba.

Ya las renunciaciones empezaban a llegar por esos años, regadas unas que otras cada semestre, los profesores entraban en la coordinación académica, a veces a pedir un consejo, otras veces simplemente a anunciarlo, dejando la comunicación oficial, “Renuncio, profe”, “Tiene que pasar la renuncia por Consejo de Escuela”, respondería Rubén, pero, por otro lado, seguramente también preguntaría: “¿Por qué se va, profe?”, “El sueldo, profe”, le responderían, cuando no sería el caso de quien se iba del país, a dar clases en el extranjero donde la vida era mejor y las ganancias más abundantes, según se dice. Comenzaba la llamada diáspora, comenzaba a ser más visible, y aquellos profesores con varios años de experiencia, algunos certificados por la misma academia con concursos de oposición y trabajos de asenso, eran reemplazados, tenían que ser reemplazados, por lo que fuera que se

asomara por la universidad, por esos pocos que se entusiasmaran por dar clases con los bajos sueldos, la mayoría siempre a medio tiempo, sin dedicarse mucho a la cosa, porque no solo de palabra vivirá el hombre, también necesita el pan y, aunque no fuera el caso de Rubén ni de Zhandra, para muchos la universidad no pagaba lo suficiente como para llevar una vida digna, con las diferencias personales que este concepto pueda tener en las distintas personas.

Mentiríamos si dijésemos rotundamente que de aquello ya no habría vuelta atrás, pues no sería correcto andar soltando sentencias hacia el futuro, pero lo cierto es que para el año 2018, fecha en la que nos encontramos redactando estas palabras, la cosa no ha mejorado, sino todo lo contrario. Al paro del 2013 se le sumó una miríada de protestas durante el 2014, protestas que comenzaron desde la oposición y, más precisamente, un 12 de febrero, día de la juventud, con una marcha hacia el Ministerio Público, para entonces dirigido por la ahora exiliada Luisa Ortega Díaz. Más de una cuarentena de asesinados fueron los resultados que se obtuvieron durante más de tres meses de protestas que, oportunamente vislumbradas desde el gobierno, fueron objeto de una represión sin prórroga ni peros. Al año siguiente se asomó un nuevo paro universitario, de 3 meses esta vez, de nuevo para exigir justas reivindicaciones, las mismas que se habían estado pidiendo durante el 2013 y que, a final de cuentas, no se habían resuelto, pues las mesas de trabajo logradas entonces habían terminado por desmantelarse sin obtener mayores resultados. Nuevamente el paro no llegó a mucha cosa, al gobierno no parecía preocuparte la educación superior, o al menos no las universidades autónomas, capaces de discrepar o discrepantes, pero cuando menos se consiguió un aumento del salario de los profesores que, para mediados de ese año, había llegado a estar incluso por debajo del salario mínimo. Es decir, el logro fundamental de aquel año había sido, concretamente, algo que por derecho el gobierno debía otorgar. Retomar las clases en ese contexto no fue alentador, pero había que hacerlo, no quedaba de otra, cerrar la universidad significaba ceder el espacio, dárselo al gobierno para que lo tomara arguyendo negligencia de las autoridades, o vacío de poder. La universidad, sin duda, era cada vez menos un espacio académico, el reducto, que día tras día se iba reduciendo más, de una universidad.

Mientras tanto, Rubén resistía. Veía como mes a mes el dinero le alcanzaba cada vez para menos, pero se bandeaba entre una cosa y la otra. La crisis de la universidad no era

ni única ni exclusiva, sino que el país entero se encontraba en más o menos las mismas circunstancias. La comida escaseaba y para obtenerla había tres vías principales: 1. hacer largas colas, que se prolongaban por horas, en las afueras de un supermercado, con la promesa de que cuando llegase el momento de entrar todavía se encontrara algo, 2. pagar a muy alto costo, sobre todo para un sueldo de profesor, a revendedores, desde entonces llamados *bachaqueros*, que conseguían los productos, por una vía o la otra, y luego los vendían a dos, tres, o cuatro veces su precio, si eran comedidos, que seguro los hubo quienes inflaban el producto hasta más no poder, 3. estando en conchupancia con algún proveedor o mayorista, otra especie de revendedor, y adquirir los productos al mayor. El que no tenía mucho dinero, por supuesto, se tenía que resignar con la primera opción.

A finales del 2015, la oposición venezolana ganaba las elecciones a la Asamblea Nacional, obteniendo una mayoría en los curules, dos terceras partes de la asamblea, que inmediatamente fue anulada, no en su totalidad, sino parcialmente, cuando el CNE acusó ciertas irregularidades en el estado Amazonas, anulando la elección de tres diputados, dos de oposición y uno oficialista. Aquello no causó mayor revuelo, solo uno temporal, luego dejado en el olvido, como se han ido dejando tantas cosas atrás. Se siguió, pues, hacia adelante, o en reversa si tomamos en cuenta cómo la crisis ha ido echando para atrás la calidad de vida de muchos.

Así marchaba la vida, Rubén desde la coordinación, buscando aquí y allá, desde la burocracia de la universidad, una maquinaria de siglos que poco ha sabido modificarse a sí misma, elefantiásica como la llaman algunos, jurásica, para exagerar, como un gran monstruo que se alzaba para brindarle sombra a los suyos mientras decaía. El señor Pedro, de mantenimiento, siempre estaba ahí para ayudarlo, o Aníbal, técnico de la coordinación, o María en la limpieza, además de otros nombres que en este momento se nos escapan pero que también formaban parte de su cotidianidad. Para aquellos días Rubén contaba con dos oficinas, una en la planta baja de la escuela, más o menos parecida al resto de las oficinas del mundo, con sus cubículos, mesas, computadoras, archivos, archiveros, saca-grapas, engrapadoras, bolígrafos, resaltadores, marcadores, borradores de pizarra, lápices, sacapuntas, impresoras, cornetas, *video beam*, aire acondicionado, sillas, muebles, puerta, pasillo, ventana; la otra, sin embargo, vendría siendo más inusual: el jardín de la Escuela de Comunicación Social, a unos 20 pasos de su propia oficina, donde regularmente se le podía

encontrar fumándose un cigarrillo, conversando con otros empleados o profesores, cuando no resolviendo una irregularidad administrativa o algún problema académico con algún estudiante. Los mejores ratos, no obstante, serían seguramente esos en los que podía fumar con tranquilidad, a primera hora de la mañana tal vez, o a final de la tarde, cuando el sol no calentaba el día sino que permanecía una bruma, brisa fresca, céfiro o solano que pasaba acariciando los rostros; el de Rubén entraba en esa pluralidad, detenido en el mundo, con su bluyín, su franelita vieja, una chaqueta, la boina ocultándole el cabello largo, la barba a medias, constantemente recortada, él con su pensamiento, con su crisis, la misma que compartía con cientos de personas, miles de profesores, dentro de la institución, la misma que compartía con millones de venezolanos en todo el país. Pero también la suya personal, incesante, que a veces se removía en sus adentros: ¿Este soy yo? ¿Soy lo que hago? ¿Soy lo que quiero? ¿Para qué sirve lo que hago? ¿Dónde empieza la brecha entre lo que hago y lo que quiero? ¿Y dónde termina? Dudas que, más o menos, han estado presente a lo largo y ancho del presente relato, ya sea formuladas así o de otra manera, siendo casi siempre las mismas interrogantes plasmadas en distintos tonos, cantadas en balada de picaflor o en sonata orquestal, lo mismo dan, arrastran siempre aquel quién soy yo que en el fondo de sí mismo esconde cada hombre.

Conviene en este punto que nos detengamos un momento en el término crisis que, aunque venimos regularmente usándolo durante el relato, no nos hemos detenido todavía a definirlo formalmente, y que viene de dos palabras griegas, imposibles de escribir en el teclado castellano moderno, pero que vendrían a ser, en traducción fonética: *krinein*, que significa separar o decidir, y *sis* que concretamente significa acción. La crisis, pues, etimológicamente hablando, es la acción de separar, o decidir; es un punto crucial y decisivo. Según la Real Academia Española, por otro lado, el término tiene varias acepciones, a saber:

1. f. Cambio profundo y de consecuencias importantes en un proceso o una situación, o en la manera en que estos son apreciados.

Crisis de la estéticarenacentista.

2. f. Intensificación brusca de los síntomas de una enfermedad.

Crisis asmática, alérgica, epiléptica, de tos.

3. f. Situación mala o difícil. *Un equipo en crisis.*

4. f. Situación política en que uno o más miembros del Gobierno han dimitido o han sido destituidos. *Crisis ministerial*.
5. f. Econ. Reducción en la tasa de crecimiento de la producción de una economía, o fase más baja de la actividad de un ciclo económico.
6. f. Med. Cambio brusco en el curso de una enfermedad, ya sea para mejorarse, ya para agravarse el paciente.
7. f. desus. Examen y juicio que se hace de algo después de haberlo examinado cuidadosamente.

Todo esto para explicar que, pese a que Rubén trataría de mantenerse ecuánime, a distancia de los acontecimientos, poco posible sería todo eso, en principio porque no hay quien atraviese una crisis sin verse afectado pues, como ya vimos, en estos cambios profundos, según la primera acepción, o esta situación mala o difícil, según la tercera, es difícil observar el mundo desde afuera, pues no es el hombre sujeto que esté abstraído de los acontecimientos, sino que muchas veces es la misma causa y los mismos efectos de estos. Imposibilitado de abstraerse, incluso bajo su lógica de vivir con poco, Rubén empezaría a verse afectado, quizá no al mismo nivel que los demás, que para este año, el 2016, según el presidente de la Apucv, al menos 1200 profesores habrían renunciado a la docencia en la UCV, en gran medida por los bajos sueldos y las malas condiciones de trabajo. No obstante, aunque Rubén seguía ahí, de alguna manera tendría que verse golpeado por todo esto.

Al principio no hacía nada, aguantar, creer en la universidad. Siempre nos llegaba un retroactivo, por ejemplo lo que nos daban en las vacaciones. Eso estirándolo nos permitía llegar hasta que pagaran el próximo bono, y eran como tablas de salvación que uno encontraba. Eso ahora es imposible.

En su momento el sueldo dejó de darnos para pagar el alquiler, nos tuvimos que mudar a casa de unos familiares y luego conseguimos alquilar nuevamente. Yo tengo la cultura de Robinson Crusoe, tengo memorias de mi papá, de inventar, proveer, sostenerme. Nosotros tuvimos que asumir, por sobrevivir real, el apoyo familiar, que ha sido fundamental. En estos momentos uno ha tenido que aprender a transformar una concha de

plátano en carne mechada, unas lentejas transformarlas en... subsistir. Eso te obliga a aguantar. Ahorita estoy pensando en matar tigres, o cómo hacer frente a la tentación de irme, porque me están ofreciendo un mejor sueldo en otro lado. Entonces uno se pregunta: ¿Como y desecho el ideal o mantengo el ideal y me pongo flaco? Uno se siente sin esperanzas, pero la acción a seguir no es dejarte caer, sino seguir adelante.

No flaqueaba su determinación, sino todo lo contrario. Sus convicciones lo empujaban, pues sentía que el momento de hacer un cambio, de ser un buen profesor, de formar buenos profesionales y mejores ciudadanos, era ese, precisamente ese, aun cuando en todos lados parecían faltar las ganas. Sin embargo, claramente su sueldo le alcanzaría para menos, todos los años de inflación y de aumentos magros no pasarían en balde, y vería la compra de los productos básicos de subsistencia obviamente menoscabada. Solventaba, claro, con lo que podía, se sobreponía o intentaba sobreponerse con lo que él mismo denomina como una lógica de Robinson Crusoe, de aguantar con lo que se tiene, de reinventarse constantemente, pero ya para el año siguiente, el 2017, la crisis no solo tocaría a su puerta, sino que pasaría a la casa, se acostaría en el mueble, revisaría cada gabinete de su cocina para, finalmente, acostarse en la cama con ellos, justo en el medio, entre Rubén y Zhandra.

Capítulo 8

¿Qué podríamos decir de Rubén que no hayamos dicho ya? Quedan aquí sus palabras.

La universidad ya la gente no se sienta a vivirla, ¿no? Yo cuando estaba chamo... Recuerdo que la primera vez que entré a la universidad sentí que estaba como en un paraíso. Porque estaba más limpia, estaba más nueva. Como diría Gabriel García Márquez, cuando las cosas eran como nuevas. Claro, eso fue en los 80. Recuerdo que partí una ventana de la escuela de Comunicación jugando con un bate. Veníamos a jugar aquí y veíamos un espacio tan verde y tan grande que yo me enamoré de la universidad desde la primera vez que entré aquí. Era como un santuario. Tendría como 10 u 11 años. Veníamos con un bate y una pelota, le decíamos pelota de *spalding*. Después fue que nos enteramos que era por la marca. La primera pelota de *spalding* que tuve me la trajo mi papá de un Caracas Magallanes, estaba rajada. Mira, yo me acuerdo de mi infancia eso, los juegos, el parque del este. Mi tía trabajaba de buhonera y los domingos por la tarde siempre entrábamos corriendo al parque, claro era otra cosa, había animales, el pan con mantequilla y guarapo, las comiquitas. Ayer yo fui a casa de mis padres, estábamos con el rollo del agua. Bueno, fui, nos sentamos en la escalera a llenar los tobos y estuvimos hablando. Nos pusimos a ver la gente, los que eran niñitos ya están mayores, y los que eran mayores ya están viejitos. Como van cambiando las cosas y uno no se da cuenta... A mí me gusta ver cómo las cosas envejecen y tú te das cuenta de que tú envejeces con ellas, ¿no? Me parece interesante.

Mis primos, mis hermanos, los diciembres, los familiares. A mí me encantaban los diciembres, las navidades. Para mí esa era una época mágica. Además de que era la única época del año en la que te compraban ropa, te regalaban cosas, tenías más libertad como niño, podías ir a la calle, la gente estaba más contenta. Se limaban asperezas, porque antes los diciembres tenían eso mágico, los hermanos que estaban peleados se reconciliaban, cosas así. Ahorita cambió mucho.

En el 95, cuando entré a la universidad, a mí me recibió un paro de un semestre completo. Evidentemente todavía había beligerancia política, el país estaba en un candelero, ya empezaba a vislumbrarse una posible privatización de la UCV. La decadencia del gobierno de Carlos Andrés Pérez, posteriormente las transiciones. Ya se sentía, igual que ahorita, el tema pobreza. Ahorita se ve más duro. Yo entré en una universidad que todavía mantenía parecido de una academia, de hecho cuando entré las diferencias eran tales que yo pensé que no servía para ser universitario. El lenguaje, el comportamiento, el estilo de vida. Llegó un momento en el que pensé que iba a sacrificar todo lo que creía, era un cambio de visión de mundo, y eso a mí me dio temor. Era lo que te ofrecía la universidad, además de la promesa de ser alguien, la idea del ascenso social de la clase baja. Yo venía de una tradición de Peñas y de Oliveros, que no habían podido terminar su primaria. Entonces entrar a la universidad, ya lograr eso era un privilegio. Además de salirte del patrón normal: casarte, tener el poco de muchachos, irte a trabajar al mercado del cementerio, trabajar en una fábrica o trabajar de portero en un sitio, que eso, de cierta manera, un quince y un último, te daba cierto estatus social dentro del barrio. Uno estudiando en la universidad se veía como algo extraordinario. Cuando entré a la universidad me veían diferente, dentro del barrio me veían diferente. Terminas sin ser de allá, pero tampoco eres de acá, quedas en una especie de limbo a menos que aparentes ser lo que no eres.

Cuando yo llego a la universidad estábamos en esa época de decadencia. Estaba más visibilizada la situación crítica del país, las deficiencias políticas. En ese momento la universidad era muy crítica, como lo es ahora, pero con un poco más de autonomía de pensamiento respecto al estatus político venezolano. Estaba más atada a una izquierda académica muy idealista, muy hippie, muy soñadora, utópica, que daba discusiones dentro de la universidad y que después, cuando se monta en el poder, resulta una gran estafa. Ya entonces la universidad estaba entrando en decadencia a nivel académico, sin embargo, comparado con ahora, mantenía unos niveles altos. Un profesor por lo menos tenía que aparentar que tenía conocimiento.

A mí me impresionó mucho el discurso. Cuando tú entras en esta lógica lo primero que se altera es el discurso, ya por ahí inicia un cambio simbólico y cultural. Evidentemente en esa universidad siempre se escuchó el tema de bajo presupuesto, problemas para adquirir

materiales de lectura, a veces no funcionaba el comedor, problemas de transporte. Pero de una u otra manera uno podía solventarlo, OBE brindaba apoyo, era una universidad que tenía un sistema de apoyo institucional, la universidad funcionaba en ese sentido. Yo fui becario de OBE.

En esa época con la beca tú podías sacar copias, pagar pasajes, comer ocasionalmente en la calle, irte a tomar cervezas, comprar cigarros. Incluso yo tenía compañeros que la utilizaban para comprar algo de ropa o comida. Recuerdo que incluso a veces le di a mis papás para que pagaran deudas del taller de cerámica, cosas así. Alcanzaba, pues. El acumulado te permitía dar respuestas eficientes a la economía familiar. Tú con 10 bolívares te podías echar una rasca, te podías ir a comer en El Cubanito. La beca llegaba a 100 bs, 150 bs, lo máximo creo que fueron 250 bs. Eso era un rialero en esa época. Depende de cómo tu administraras eso, pero ahorita ni el sueldo de un profesor titular te alcanza. En este momento hay una situación precaria.

Saliendo como estudiante, ya graduado, como asistente de investigación, yo cobraba casi trimestralmente, cobraba entre 700 y 500 bolívares y eso te alcanzaba para lo mismo. Irnos a tomar café todos los días, uno, dos, tres cafés, comer algo. Ya como docente, como profesor a medio tiempo o profesor convencional, podías vivir con tu sueldo de profesor, aun siendo contratado nada más. Y esto se fue deteriorando. Todavía hasta el 2014 yo podía vivir con mi sueldo de profesor. Cada vez alcanzaba para menos, pero podía pagar el alquiler, los pasajes, algo de comida y te quedaba un poco de dinero. Ahorita tres o cuatro trabajos que tú hagas, no te alcanza.

Yo me acuerdo de que cuando a mí me pagaron la deuda que me tenían aquí en la universidad, un acumulado de tres o cuatro años, yo compré algunos electrodomésticos: lavadora, secadora, microondas, batidora, licuadora, un horno, un juego de muebles y me quedó plata. Pero ahora imagínate, con todo lo que ganas no te alcanza ni para...

Con lo que ganábamos Zhandra y yo podíamos, no vivir con lujos, pero sí irnos de vez en cuando a comprar libros, darnos un gusto, comer sushi, irnos a comer al mundo del pollo en un cumpleaños sin que nos desequilibrara el salario. Ir a las ferias de libros, trabajos extraordinarios te permitían reponer ropa. Siempre había esa capacidad de comprar cosas, se podía vivir. Claro, criticábamos, no podíamos comprar una casa, pero te permitía tener cosas.

Después la cosa se puso complicada. Al principio no hacía más nada, aguantar, creer en la universidad. Siempre nos llegaba un retroactivo, por ejemplo lo que nos daban en las vacaciones. Eso estirándolo nos permitía llegar hasta que pagaran el próximo bono, y eran como tablas de salvación que uno encontraba. Eso ahora es imposible. Ya yo ahorita en vacaciones estoy aplicando para trabajos, y cuidado si no irme de la universidad. Yo me acuerdo que cuando yo estaba aquí, que tuve el problema administrativo, yo di clases un año *ad honorem* en la escuela de Salud Pública, en medicina. Seguía trabajando como asistente en el doctorado, daba clases aquí y participaba como investigador en la unidad de investigación. Y siempre estaba la solidaridad del grupo. Pero fíjate, eso es interesante, a mí me ven y me dicen: “¿Por qué si tú eres coordinador administrativo y profesor en la universidad y tienes tantos años, por qué no tienes un carro, una casa propia?”. Porque yo no estoy metido en las vainas extrañas de la universidad. Esa es la respuesta.

Se supone que con el cargo de coordinador hay un incentivo, una regalía que va con el cargo. Yo nunca la cobré porque, aunque tú no lo creas, yo aparezco en la Contraloría General de la República como Coordinador de la Escuela, yo tengo responsabilidades legales, pero la universidad nunca me reconoció eso, por ser contratado, porque institucionalmente está mal visto. La facultad nunca ha reconocido eso, me piden que concurse para que se reconozca eso. Pero la misma institución te impide el concurso. El profesor Ramírez tenía una frase: a las autoridades nadie las raspa. Ahora yo no quiero que algo que te da un reconocimiento institucional, salga con máculas. Yo conozco casos que hicieron actos de grado a su medida, y siendo autoridades presentaron tesis de grado. ¿Quién las iba a raspar? Hay muchas personas aquí que tienen altos escalafones sin tener las competencias, porque tuvieron las oportunidades, y un grupo de explotados.

Yo le reprocho a la universidad el no haber dado la lucha real, la lucha consciente, la lucha propositiva. Dejar de ser universidad, en cuanto a diversidad, y convertirse, en su momento de izquierda, ahora de derecha o como tú quieras llamarlo. Se convirtió en un espacio de politiquería más que de política. La universidad no propone nada realmente. Yo no creo que el universitario sea superior en cuanto a razonamiento. El conocimiento quedó subordinado a una agenda política o a una agenda económica. Yo le reprocho eso a la universidad. Toda universidad tiene un componente político, claro. Pero le reprocho eso a la universidad a tal punto que cuando yo entré ya se estaba muriendo esa beligerancia. ¿Qué

elemento referencial desde el punto de vista de la lucha ideológica le puedes ofrecer a los muchachos de ahora? Fuimos una generación estéril, somos una generación estéril. Fíjate la universidad ahorita cómo está. Yo creo que nosotros no hemos podido cumplir el papel de generar líderes reales, personas transformadoras. La universidad no te forma. Por ejemplo, yo no soy chavista, yo no me considero ni siquiera de izquierda, o no al menos de estas izquierdas que se la dan de puras, porque yo no encajo en ese patrón. Pero cuando tú te sientas en una mesa con personas que se consideren de derechas o antichavistas o lo que tú quieras, y sueltan unos argumentos que para ti dan vergüenza... Yo no quiero pertenecer a eso tampoco. Además que es una política sin ideología, más carismática que otra cosa.

Creo que hay una simbiosis perfecta entre oposición y gobierno, como la hubo en su momento entre adecos y copeyanos. Es mi visión. Yo creo que la universidad a la que yo entré como estudiante era un espacio en donde tú tienes sentido, en donde a ti te escuchan lo que eres. Aquí en la universidad eres alguien, tienes beligerancia. Pero la beligerancia que se tiene ahora...

Entonces uno cae en un limbo, en un limbo de conocimiento, de discusión. Te vuelves un sujeto anormal. Tú te pones a ver y en la universidad es poco el compromiso. Desde el punto de vista de la universidad lo que está privando, lo que priva, es la adaptación. La persona que es crítica, la persona que se forma, se ve como un externo. La gente, por seguir la corriente, te salta. Son muy pocos los críticos.

Uno tiene que parecer, adaptarse, usar mascaradas. Y con esto no quiero decir que yo sea hipócrita. Yo no pretendo ser el que mantiene ni el purista institucional, pero sí respeto la institución. Es que yo todavía creo en la institución porque creo que hay que transformar cosas. Pero aquí en la universidad hay unos actores que son los que sostienen la universidad. La universidad ahorita es más administrativa que académica. Yo creo que esa lucha que tú tienes aquí en la universidad, primero es muy mal vista por muchos otros sectores que hablan o pasan por ser defensores de la academia. Defensores de discursos. Pero la universidad es ahorita sobre todo administrativa.

Hay muchas soledades en la UCV.

Pero hay excepciones y hay necesidades, ¿no? Yo creo que el conocimiento primero es un ejercicio cognitivo, y creo también, esto no lo comparte la gente que cree que la autonomía es que el estado te de todo, que la universidad es para producir conocimiento. Si

aquí se produjera conocimiento estaríamos en las posibilidades de dar respuestas, materiales y no materiales, a las necesidades del país. Yo sé de hace años que yo salgo a la puerta de la escuela y soy Rubén Peña, el pendejo que no tiene ni para tomarse un café. Yo no ando en el metro pensando que la universidad me da un título nobiliario o un superpoder. Pero hay quienes todavía viven aquí de títulos nobiliarios. Al final yo creo que la universidad se debería mantener luchando intelectualmente, produciendo cosas. El rollo es que no hemos roto la dependencia. La universidad debería buscar la manera de autosustentarse.

Una universidad debe ser productiva. Tenemos doctores, postdoctores, pero siempre pensando en la idea de blanquearse el apellido. Mi concepción no es la concepción de mantenerse por hacer. La universidad tiene una trampa, dice: yo estoy cumpliendo, yo estoy graduando estudiantes. Pero al final eso es una estafa. Pero no se generan propuestas reales.

Mira, yo tengo muchas tentaciones ahorita y muchas etapas de transformación en mi vida. Pero yo soy de las personas que cuando se casan con una idea, se mueren con esa idea. Pero también hay una presión social, de los familiares. Yo me puedo ir a hacer cualquier cantidad de cosas en la calle, yo sé hacer muchas cosas. Pero a mí no me hace sentir bien eso. Yo creo que mi papel está aquí ahorita. Tal vez cambie mañana de opinión por el hambre. Hasta los momentos, si yo no tengo qué comer y me ponen a elegir entre un mejor sueldo, beneficios, etcétera, yo creo que eso no me va a hacer sentir bien, que es un poco vacío. En cambio aquí hay reto, aquí hay lucha, aquí hay un espacio en el que te escuchan.

Si tú me preguntas, yo me muero aquí. Como en la canción del necio de Silvio Rodríguez, yo me muero como viví. Yo me muero como viví... Yo hasta los momentos me siento orgulloso de que nadie pueda decir: "Allá va Rubén Peña, yo le di una comisión, yo le compré una nota". Qué orgulloso siento cuando alguien se acerca a mi oficina y me dice que se recuerda de tal o cual clase. Eso a mí me hace andar con una sonrisa, dormir con ella, guardarla. Es para mí un buen recuerdo.

Mi sueldo siempre está indefinido entre tantos aumentos y tantos retrasos. La última idea de sueldo claro que tenía eran seis millones de bolívares. Mi cargo formal es profesor contratado a tiempo completo y ejerzo la labor gerencial de coordinador administrativo.

Hay profesores aquí de alto escalafón que son los que deberían estar ocupando estos cargos, ¿dónde está el compromiso de ellos?

Uno de mis temores es... Para mí es difícil relacionarme con la gente a fondo. Las relaciones superficiales son más sencillas, son esa cosa de momento, no se profundiza; en escenarios donde hay mucho volumen de gente, con una sonrisa y una atención uno establece empatía. Para mí uno de los grandes temores es que salga mi carácter y darle una patada a la gente. Yo soy asocial y a veces tengo que controlar mucho eso, yo trato de no responder a la gente con mi carácter real. Tal vez mi temor en esa área sería eso. Otro temor grande es fallarle a la gente que confía en mí. A veces no pienso en la gente, termino siendo sobreprotector, me involucro mucho y espero mucho de los demás, y yo tengo que aprender que las personas no es necesariamente como yo quiero, sino que la gente es. Esos son mis grandes temores. A nivel académico uno de mis grandes temores es no poder orientar, meter la pata. Yo no puedo llegar a una clase y no prepararla. Yo desde que estoy aquí dando metodología, yo todas las clases las preparo. Así repita el mismo tema, siempre le agrego algo. O que un estudiante no me entienda, ese es otro de mis grandes temores. Porque yo creo que en este espacio mi etiqueta es el dar respuestas, entonces de alguna manera siento que fallar es como que no sirvo para lo que hago.

Otro temor grande es que yo tengo facilidad para darle patadas a las situaciones y a la vida de golpe. Si algo realmente me molesta, si algo me cansa, me satura, yo soy capaz de borrar todo, dar la media vuelta y comenzar todo de nuevo. Eso lo he hecho muchas veces. Entonces eso te cansa, te desgasta. Y ahorita mi gran temor es tener que comenzar de nuevo cosas, y eso tal vez es lo que me enfrenta en esta situación. Fíjate, para mí esta situación país, esta situación de la universidad no es una razón para yo abandonar, para mí esta es una razón para mantenerme aquí. Porque creo que si todo está bien, si la cosa funciona sola, nada, personas extraordinarias en esas situaciones no hacen falta. En este momento es cuando hacen falta personas extraordinarias que no estén aquí por un sueldo, esas personas raras. Y yo creo que puedo ser más útil en este contexto, aunque no sea imprescindible. Esos son mis temores.

Ahí en tu trabajo va a aparecer algo que parecerá un vacío, pero la gente que lo lea, que realmente lo lea, lo va a inferir. Mi tema es que yo termino no teniendo una identidad. Y no es que no sienta, sino que tú eres el contexto.

Cada vez que tengo una reunión paso por un proceso de reconocerte. Tú eres una persona que me genera confianza. Fíjate que me estoy atreviendo a decirte todo esto. Y yo estoy ahorita haciendo un ejercicio conmigo mismo, porque muchas veces ocurre que las personas que te quieren terminan tratándote como personas extraordinarias. Yo creo que gran parte del problema con Zhandra es que ella se saturó.

Es eso, es triste, eso es triste. Mis amigos son personas así, Armando, Pedro Brito. Pero Brito es una persona muy extraña. Y para mí no es triste, sino que es como si quisieras ser una persona normal. En estos temas de la ruptura, ¿los consejos cuáles son? “Coño, búscate otra pareja, búscate una mujer”. Coño, yo lo he hecho y no me siento bien. Yo lo puedo hacer, pero no me siento bien. Es como sustituir con algo instantáneo a algo que te daba una seguridad. Mi temor ahorita es romper eso y mandar todo para el carrizo. ¿Y entonces qué, volverme una carga para mis papás? ¿En estas alturas de mi vida volverme una carga para alguien?

Yo ya no he querido insistir más con Zhandra. Y lo que yo me temo es que ya empezó la parte de romper vínculos, ya no la quiero ver casi, no hablamos. Y no es esa actitud machista de no te hablo, es que tengo que sacar esa parte de mi vida. Yo a ella la invadí mucho, y creo que ahí estuvo el error.

Mira, yo escribo poesía, pinto, hago escultura, el tema del modelado se me da muy bien, modelados de maquetas, figuras, todas esas cosas. Ese es parte de mi refugio. ¿Las temáticas? La desesperanza, lo triste y la posibilidad. Siempre, esos son mis tres elementos.

Ayer colgué un fondo de pantalla en mi computadora: un bosque oscuro, con un sendero que lleva hacia una luz. Fíjate que algo que no retomé fue el tema de la bebida como escape, es algo que en este momento no quiero en mi vida. Entonces lo sustituí por algo físico, que es caminar. Caminar, caminar, caminar. Ya he salido varias veces en la semana a caminar hasta que me canso, y doy media vuelta.

Me gusta pintar rostros, paisajes. Imaginados. Para mí hay un paisaje que tiene que ver mucho con la meditación: un bosque, una selva. Los personajes recurrentes nunca les veo las caras, siempre están en posturas de ocultar la cara. Sí he querido desarrollar carrera

artística, lo estoy pensando. Creo que es como todo, tú ves los archivos de mi computadora, además de textos literarios, tiene mucho que ver con imágenes, con pinturas. Pero siempre es algo que está como en un momento de espera. Me gustaría mucho el tema de dedicarme más a la cultura impresionista, eso me gustaría mucho. Porque me parece que lleva mucho detalle, marca mucho de ti. Cada elemento que tú dejas lleva un sentimiento.

Me ha pasado mucho con la pintura. A mí me gustaba mucho la artesanía, me pasaba con la pintura, yo agarraba una pieza y yo generalmente las vendía para ganar algo de dinero. Pero a mí me gustaba pintarle a la gente que apreciaba una pieza, yo pasaba en una pieza mucho tiempo, era muy detallista, y prácticamente las regalaba a las personas que les gustaba la pieza. Había gente que decía que yo dejaba el alma en las piezas, y cuando mi papá las entregaba yo le preguntaba: “¿Qué comentaron?” Eso a mí me llenaba más, aunque fuera temporalmente.

Hubo un momento en la época de Caldera, que lo asocio con la pelazón, en el que empecé a desarrollar fachadas. Me gustaban mucho las fachadas coloniales, y me ponía a diseñar en cartón, por escala, todo lo que era la fachada. Y cada fachada le sacaba el patrón en cartón para hacer la pieza.

Mira, en mi infancia, si yo necesitaba un monitor mi papá lo conseguía y te lo llevaba. Pero el equipo no funcionaba, tú tenías que arreglarlo. Mi papá hizo su casa. Yo he hecho albañilería, electrónica, mecánica de aviones, soy piloto comercial. Yo copié algo de mi papá que me parece extraordinario: él se pone a hablar contigo y nada más con ver algo, él lo reproduce. Yo creo que yo heredé eso. Fíjate, la primera vez que tuve una computadora fue una computadora que no funcionaba, yo tuve que empezar a averiguar cómo arreglarla. Aprendí diseño gráfico. Yo digo que mi vida es como la de José Arcadio Buendía. Me gusta mucho ese personaje porque me siento identificado.

A mí me gustan las cosas sin etiquetas, por el tema del anonimato. Mis ropas son oscuras porque no me gusta llamar la atención. Mi mamá fue costurera, entonces como yo veía que ella no siempre podía, empecé a ver cómo ella cocía y aprendí a hacer las cosas. Después trabajé con un señor que era sastre, yo lo ayudaba y él me enseñaba, y aprendí a hacer sastrería. Yo hago desde gorras, costura de zapatos... Lo de diseño gráfico vino por el área de forense, porque se me ocurrió que si la computadora te podía hacer una imagen, uno podía hacer una reconstrucción.

Trabajé también como antropólogo. Yo no sabía cocinar y aprendí. Me gusta mucho sobre todo de las cocineras, las ama de casa, que tienen que inventar con lo que tienen. Realmente hacen alquimia, las amas de casa lo hacen de manera empírica.

Creo que es por un tema de ponerse una meta. Yo no lo hago para que la gente diga: “Coño, este tipo se las sabe todas”, eso no me gusta. Yo lo hago por ayudar, por encajar en el espacio. Tal vez logré a entrar en estos espacios de gerencia porque yo daba respuestas, pues. Yo creo que con un poco de dedicación y de disposición, uno genera las habilidades.

Yo no puedo ver que una gente está pariendo y no ayudarla, aunque eso no lo hago muchas veces por ser un buen ciudadano. Sino que si yo veo, no sé... Hoy me pasó algo. Hoy fui a comprar una caja de cigarros, delante de mí había una persona mayor, delgada, muy delgada. Entonces pasa la tarjeta y le pregunta a la cajera cuánto cuestan los cigarros detallados, y la mujer le dice que no venden cigarros detallados. Luego la cajera le dice que la tarjeta no le pasa por saldo insuficiente, y la señora agarró la tarjeta, con su cabeza gacha, y se retiró. Me dio dolor porque me vi en esa situación, ¡me vi, coño!, cuando tú necesitas un cigarro, que estás en la desesperanza por un cigarro. Entonces pagué la media caja de Chester y alcancé a la señora en la plaza Tiuna y le dije: “Señora, se le quedó la caja de cigarros”, entonces ella me dice: “No, no me pasó el punto, usted estaba ahí”, “No, no, sí le pasó, pero dejó la caja. Tome”. “Ah, gracias, mijo, gracias”. Entonces la señora cruzó la calle asustada y yo seguí. No lo hice por ser bueno, sino porque me vi reflejado en esa vaina.

Tal vez, no sé... Es que no me interesa. Si me provoca, yo lo hago. Es por no tener esa carga, porque yo puedo pasar uno o dos días pensando en esa vaina. Tengo que tratar de no involucrarme en tantas cosas, porque termino metiendo la pata, perjudicándome individualmente y creando muchas raíces en los sitios. Y eso me genera dolor. Pero eso a la gente no le interesa, a la gente le interesa el tipo simpático y agradable. Zhandra me dijo una vez: “A mí me gustaría que tú fueras conmigo simpático y agradable como lo eres en la Escuela”. Yo le respondí: “Bueno, yo voy a tratar de ser simpático contigo”. Entonces ella me dijo: “No te lo voy a creer porque entonces no serías tú”.

¿Cómo seré yo siempre? Solitario, sí. Ahorita de hecho, como te dije, me separe de Zhandra. Ahorita viene una etapa... en estos días que he estado solo retomé esa etapa de soledad que... Es una soledad bien extraña porque habla mucho, ¿no? Entonces he estado hasta altas horas de la madrugada caminando, caminando mucho en el apartamento; pensando. Porque es esa soledad que te acompaña con recuerdos. Y esa imagen que tiene Brito de cuando yo estoy en un espacio... Generalmente yo estoy siempre en un mismo espacio, un rincón, una silla, algo que generalmente no cambio, y es esa soledad a la que tal vez se refiere el profesor Brito y que lo refleja con el libro, el café y el cigarro... solo.

Eso ha sido desde niño, yo siempre he sido en algunos casos sociable, en otros no. Siempre he estado con todos los grupos, pero con ningún grupo. Desde mi casa soy así.

Estuve con la profesora Zhandra 13 años, casi. Desde el 2005.. Nosotros éramos compañeros de investigación. Con ella, desde que yo la conocí hubo un enganche, ¿no? Me acuerdo que la primera vez que nos vinimos a tomar un café, Zhandra... Ella aprendió conmigo eso, un poco eso de ser más bullera, eso es algo que extraño de ella. Este... yo empecé a salir con ella, yo le echaba los perros siempre, pero nosotros empezamos a estar juntos como novios a partir de ese 16 de octubre. Y empezamos a salir desde esa fecha, íbamos acompañados. Me acuerdo que la primera vez que fui para casa de Zhandra fue por unas cervezas que nos tomamos, era muy tarde ya y ella dijo: “¿Quieres venir para mi casa?”, y entonces fui, me quedé allá y al día siguiente bajé. Y yo empecé a vivir con ella a finales de ese año, por noviembre. Ella estaba enferma y me llamó. Ella siempre me llamaba porque tenía clases hasta tarde, y yo venía y la acompañaba, esperaba a que ella saliera y la acompañaba a agarrar transporte hasta El Junquito. A ella siempre le pasaba algo, la robaban o le pasaba algo, y nada, ese día me llamó porque estaba enferma, eso fue un domingo y ella estaba con fiebre, se sentía mal, y yo le dije a mi mamá que me quedaba con ella, que me iba a quedar viviendo con Zhandra. Eso era en el kilómetro 14 del junquito. De ahí no provocaba salir.

Después seguimos buscando dónde vivir. Allá era muy bonito, pero para subir y bajar era horrible. Estuvimos viviendo un tiempo donde mis papás, luego ella se fue a casa de su hermana de nuevo, luego su hermana me propone que me vaya a vivir para allá y estuvimos allí un tiempo. Yo conseguí un lugar dónde vivir, pero Zhandra no quería

mudarse, ella era muy pegada con su hermana. Pero después de tres años logramos irnos para acá en Coche, y allá estuvimos juntos como 4 o 5 años.

Mi primer diciembre con ella fue muy tranquilo. Fumábamos, en ese tiempo yo bebía, conversábamos, las rutinas diarias. Nuestro día era limpiar la casa, yo cocinaba, veíamos películas, series, hablábamos bastante. Zhandra y yo conversábamos mucho. Después, cuando estuvimos en casa de mis papás o en casa de su hermana, eso nos separó un poco, nos fue quebrantando. No era nuestro espacio natural. Eso es algo que yo extraño mucho, esa conversación con Zhandra, porque eso se convirtió en una vida doméstica, mezclamos cosas de la universidad, aunque nosotros aquí no nos invadíamos. A nosotros la academia nos marca mucho, ¿no?

Los libros, a mí me encantaba regalarle libros a Zhandra, porque era como que a alguien le dieras un tesoro. Zhandra disfruta así los libros, y eso a mí me gusta mucho de ella.

Nos terminamos de separar ahorita. La semana pasada, el martes, ella se fue de la casa... Mi vida sin ella es triste, muy triste. Yo en esta soledad la extraño mucho, todo el día estoy pensando en ella, en los recuerdos. No es obsesivo, sino que es eso, me preocupa mucho cómo pueda estar. No la puedo llamar... El sábado pasado ella fue a buscar sus cosas en la casa y lo sentí como la ruptura definitiva. El martes la vi desde lejos, la vi, me detuve, vi que estaba bien y eso me tranquilizó un poco. Yo me pregunto por qué, ¿no? A pesar de las cosas malas. Y sé por qué, nuestras personalidades son... muy distintas. Y el vínculo se perdió. Lo que era nuestra cotidianidad se perdió, por muchas cosas.

Yo ahorita estoy tratando de pensar con mucha cabeza fría, porque soy una persona de rutinas muy firmes y ahorita mis rutinas se me rompieron. Mi rutina ahorita puede ser estar en la casa, cocinar, ponerme a reparar cosas, pero no quiero quedarme en esa rutina. Sé que fácilmente me puedo aislar en eso y quedarme allí, en ese espacio. Abandonar la universidad, no dar explicaciones. Mi plan ahorita es no caer en esa rutina, no quedarme encerrado. Luchar para seguir.

Estoy tratando de incursionar en otras facetas. Me han llamado varias veces para un trabajo en programación y estoy dándole vueltas. Tal vez no lo acepte, porque si me voy para allá se puede convertir en un espacio para quedarme, algo que me puede impulsar a generar una ruptura con la universidad. Estoy cerrando también las tesis con los

muchachos, me quedan afortunadamente tres tesis todavía, y esto, la universidad, mantener la casa que antes era de los dos, ahora yo solo. Ahorita mis planes son sobrevivir el día a día, vivir el día a día.

Nosotros fuimos muy austeros, nos manteníamos con el sueldo de ambos como profesores instructores. Siempre en el año uno mata un tigre. Si se dañaba una cosa, uno reponía con algún trabajo *freelance* y con eso arreglábamos. Zhandra también mataba sus tigres. Siempre sobrevivíamos básicamente con eso, porque para nosotros era más importante, es más importante, la academia, esta vida. De hecho recuerdo que hace no tanto, cuando nos pagaron el bono de vacaciones, compramos fue un tanque para el apartamento, por el problema del agua. Esa vez fuimos a ver unos lentes para ella, que estaban vencidos, pero el dinero no nos daba, entonces decidimos comprar un tanque para tener más tranquilidad, aunque ahí el agua llega casi todos los días al menos una hora.

Nosotros comíamos 3 veces al día, y hasta merendábamos. Yo en esa lógica de Robinson Crusoe, en esa alquimia de la cocina, si tenía arroz, por ejemplo, lo hacía de diferentes maneras. Ahorita también como, pero ya no tengo esa chispa. Yo ayer hice una olla gigantesca de lentejas para toda la semana. Pero no tengo la misma motivación. Yo cocinaba para Zhandra, porque a ella le gustaba mucho, ella decía que yo era el mejor cocinero del mundo. Entonces hacía arroz con leche, luego lo hacía diferente. Ella me daba esa motivación. De hecho en estos días, cuando fue a buscar sus cosas, yo le pregunté si quería comer, para ver si...

Claro, la crisis nos afectó. Nosotros somos muy austeros, pero... Imagínate, el metro que es nuestro único medio de transporte, hecho un desastre. Nunca dejamos de comer, pero disminuimos la cantidad que comíamos. Uno va llegando a un nivel de desesperación porque se te queman los bombillos y ya no los puedes reparar, se te dañan los zapatos y no podías comprar nuevos zapatos. Los mismos lentes, o comprar un libro. Los cigarros. Fue fuerte, es fuerte. Evidentemente esa crisis afectó, ahorita estoy esperando el bono de las vacaciones, pero, ¿qué voy a comprar con eso?

Desde el punto de vista académico a mi me propusieron en estos días hacer tesis para venderlas, una vaina que yo siempre he rechazado. Entonces fíjate, yo me vi en el debate moral de pensar si lo aceptaba. Claro, dije que no, haré otras cosas. Yo los sábados y

domingos me voy a trabajar en otras cosas, y me pagan el día y con eso compro cosas que no puedo comprar con mi sueldo de docente.

Evidentemente eso afecta la relación de pareja, eso de que amor con hambre no dura. Antes, incluso con un sueldo que era precario, nosotros podíamos sobrevivir. Nosotros vivíamos de bonos de vacaciones, retroactivos y bonos de navidad. Teníamos un pote juntos, una cuenta que era de la casa, y vivíamos así. A veces otras cosas, un diplomado en el que trabajaba, siempre salía alguna cosa y te permitía vivir. Ahorita no, la precarización del sueldo es muy grave. Ahorita nuestro sueldo nos alcanzaba para comprar una bolsa de ají dulce, cilantro y cigarros. Llegó un momento en el que nos decantamos solo por comprar cigarros. De resto, cuando nos llegaba la caja de alimentación, yo me inventaba cualquier cosa, que si unos embutidos de esto, variaba las comidas. Pero el nivel, claro, bajó mucho. Te podrás imaginar que en esta situación tú piensas... ¿Qué hago? ¿Me voy a otro espacio en el que me van a pagar mejor, pero abandonando la universidad? Yo no ando pensando en irme del país, estoy pensando en que me podría tocar abandonar la universidad. Pero no abandonarla porque no pueda ir a un concierto, o porque no pueda comprar unos zapatos. A mí eso no me interesa. Sino por mi situación sentimental, pero sobre todo porque, ¿sabes?, cosas que estoy pensando. Mis papás se van a poner más viejos, yo mismo... ¿Qué hago? ¿Sigo aquí, sabiendo lo fuerte que es mantenerse, o me voy en busca de mi comodidad? Mi tranquilidad. Ese es mi gran debate.

Lo que siempre pienso es en lo que a mí me gusta, y a mí me gusta esto. Es mi espacio de tranquilidad, de hacer cosas. En otro lado puedo ir, montar unos códigos de programación, me gano una plata, tal vez haga amigos, pueda salir a comer, conocer a otras personas, pero... La universidad es muy abierta. Para personas como nosotros te permite muchas libertades que no están necesariamente sujetas al dinero. Yo tengo mi vida aquí.

Epílogo

¿Quién es Rubén Peña? Esa es la pregunta transversal de todo el relato, aunque a veces me desviara para hablar de la crisis, es esa pregunta el sentido último, el hecho *sine qua non* de esta narración. Hasta los momentos he tratado de evitar el simple uso de datos comunes para rellenar esta pregunta, a saber, Rubén Peña es un hombre moreno, de 45 años, delgado, de rostro aindiado y cabello en el que empiezan a asomar las canas. Podría repetir aquí lo que dije ya en otros lados: que es profesor en la Escuela de Comunicación Social de la UCV, o investigador de esta casa de estudios, o coordinador administrativo de la ya mencionada escuela, todo esto en el contexto que le tocó, y que hemos definido aquí como de crisis, porque el hombre es, en cierta medida, su circunstancia, según dijo José Ortega y Gasset, y no podemos hablar de lo uno sin hacer referencia a lo otro. Pero al final, todo retrato es, también, la visión del que retrata, y es, finalmente, la experiencia del retrato.

Corría el mes de junio cuando iniciaba como proyecto la idea de este perfil, como una manera, en parte, de visibilizar una crisis que durante varios años había vivido y, por otro lado, de contar una historia, de adentrarme, al menos en cierta medida, en las consecuencias humanas de la crisis universitaria. Dos meses antes un robo había evidenciado, más que otras cosas, la crisis universitaria: el cableado de una de las residencias, el edificio donde se encuentra la Escuela de Comunicación la Escuela de Nutrición y la Escuela de Antropología, había sido hurtado. La casa que vence la sombra quedaba, al menos parcialmente, a oscuras. Y a oscuras continuó durante varios meses.

Fue en ese contexto en el que, a finales de junio o a principios de julio, le dije al profesor para hacer una primera entrevista exploratoria. Yo no estaba del todo seguro de que Rubén fuera a ser el personaje de la historia que quería contar, a fin de cuenta hay profesores a los que la crisis les ha tocado de peor manera, y para entonces yo no me conocía el cuento de Rubén, solo era un atisbo, un vamos a ver si la cosa cuajaba. Le dije que no grabaría aquel encuentro, fui con libreta y bolígrafo, y creo que desde el momento en el que comenzó a hablar me arrepentí de no grabar, no porque soltara ya para entonces algún testimonio desgarrador, sino porque me mostró, desde ese día, su convicción como académico, como profesor, uno que pese a todos los percances y reveses quería seguir dando clases, y más que querer lo veía como algo necesario, la necesidad de formar buenos profesionales y buenas personas, la necesidad de minar lo que la gente cree para que se replantee sus puntos de vista. Compaginamos en muchas ideas, parte de sus relatos los contrasté con otras entrevistas, que al final superaron la decena en cantidad, muchas de las cuales no se ven plasmadas en este texto, pero que me sirvieron para tener una idea de lo que había sido esa universidad que yo no había conocido.

Después de ese encuentro tuvimos cinco más, todos en la universidad, en cafetines o jardines, en los que hablábamos mientras prendíamos un cigarro, tomando café, yo un marrón oscuro, él su eterno café negro y sin azúcar, que a veces olvidaba y en otros momentos tomaba como si fuese agua. Lo empecé a ver ya no como profesor, sino como un hombre perdido, que había divagado por años y que finalmente había encontrado un lugar en la universidad. Me enteré de sus rupturas constantes y de su relación con Zhandra, que en esos meses había terminado. Por años Rubén había tenido un espacio que no me atrevo a considerar de confort, sino de gracia, un espacio en el que él podía ser él mismo, tan

anónimo como le había gustado ser, y la primera impresión que me dio fue que ese siempre iba a ser su lugar. No obstante, más adelante comenzó a mostrarme sus dudas. Se tambaleaba por esos días, estaban cerca las vacaciones de agosto y toda su rutina se había roto. Zhandra se había mudado de la casa que por tantos años habían compartido, las vacaciones serían largas y tristes. Tenía miedo, en el fondo, de terminar abandonando la universidad, de buscar un trabajo que le ofreciera un sueldo que, aunque no cubriese todas las expectativas de comodidad de una persona, al menos le permitiera vivir en relativa calma. Rubén estaba en un limbo.

En nuestro sexto encuentro hablamos de eso. Fue, en comparación con las otras entrevistas que tendían a durar más de una hora, una conversación corta, que apenas pasó los treinta minutos. Eran los primeros días de agosto y ya casi toda la universidad estaba de vacaciones y, una vez terminada la entrevista, nos fuimos a tomar algo en el cafetín de la Escuela de Estadística, a unos 100 metros de donde estábamos. Ahí continuamos la charla, ya no como entrevistador y entrevistado, sino como dos personas que se reúnen a hablar de la vida. Varias veces me había comentado ya que después de las entrevista solía sentirse desnudo, y que esos encuentros le habían servido bastante para pensar en su propia vida, los errores que había cometido, los aciertos y lo que vendría a continuación. Sonaba un blues o un jazz en el fondo, conversamos largo rato, como si tuviéramos que saldar el tiempo que la entrevista no había durado. Pese al chasco amoroso, bastante presente en sus palabras, en su tono de voz, sus gestos, ese día lo encontré animado. Me aseguró que después de las vacaciones estaría ahí, en la universidad. Quedamos en vernos durante las vacaciones, en primer lugar para concertar una entrevista con sus padres que tenía pendiente, pero también para hablar, porque ambos nos habíamos acostumbrado a esos encuentros que, más que

entrevistas, se volvieron conversaciones. Ese día, cuando nos separamos, me quedé pensando en que aquel sería el final perfecto para este texto: la universidad estaba sola, pero resultaba cálida. La mañana había sido tranquila, el blues que sonaba de fondo armonizaba perfecto el escenario, el diálogo que había transcurrido entre temas como su ruptura amorosa, las relaciones interpersonales, las viejas publicidades de décadas atrás, el país de antes, el de ahora, la situación política, la universidad, el ser autodidacta, el amor por el conocimiento y otros tantos más, remataba a la perfección, a mi parecer de entonces, el texto que me iba formulando en la cabeza. Además de contar con un cierre determinante: la promesa del retorno.

Durante las vacaciones no nos volvimos a ver. La primera semana lo llamé todos los días, a veces más de una vez por día, pero nunca contestó. Luego mis llamadas fueron menos frecuentes, hasta que dejaron de ser. Me preocupé, porque, conociendo la historia completa, no me era difícil imaginar que Rubén tuviera en mente una ruptura definitiva con la universidad. Empecé a vislumbrar que ese sería el final de mi historia, el de otra persona que abandona la universidad, aunque en su caso no fuese necesariamente por la pura crisis. Traté de desentenderme del tema, escribí parte del primer capítulo y luego me estancué. Decidí concretar las entrevistas que me faltaban para entonces y seguí, hasta que a finales de mes transcribí todas las entrevistas que había hecho y empecé a trabajar, no sin tener en mente que el profesor Rubén podía no volver. Sin embargo no volví a llamar, era ya bastante claro que si no quería contestar, no lo haría, y que si había escogido huir, ya fuera de sus emociones o de la crisis, nada podía hacer yo para detenerlo y, más que eso, hubiese sido un abuso de mi parte intentarlo.

Para la primera quincena de septiembre fui a la universidad, que empezaba a abrir sus puertas. Fui bajo cualquier excusa, pues no tenía nada pautado para ese día, y terminé encontrándome con varias personas. Ya estaba decidido a irme cuando, por alguna nostalgia, decidí pasar por la escuela, que para entonces seguía cerrada. Así, cerrada, la encontré, efectivamente, pero sentado en los banquitos que hay frente al jardín me encontré al señor Pedro, el encargado de mantenimiento, quien por sus oficios compartía bastante con Rubén. No perdí la oportunidad para preguntarle si había visto al profesor en esos días y me contestó que sí, que estaba ahí en ese mismo momento, reunido con el director y el coordinador académico. Me dijo que podía pasar si quería, que todos estaban por irse ya y que si necesitaba hablar con el profesor Rubén ese era el momento, pero yo le dije que no hacía falta, que pasaba a preguntar por pura curiosidad, y devolví mis pasos, no sé si con una sonrisa, pero cuando menos feliz.

No había avanzado demasiado cuando decidí volver. Entré a la Escuela, subí los dos pisos y me paré afuera de la dirección. Con un gesto saludé al director, que estaba frente a mí, y vi a Rubén sentado de espaldas. Allí me senté y esperé a que terminaran. Cuando vi que la reunión se desmoronaba, pasé, saludé al director y al profesor Rubén que, después de preguntarme cómo estaba, se disculpó por no haber contestado en vacaciones, diciéndome que había estado complicado. No creo que notara lo feliz que estaba de encontrarlo ahí, en la universidad, haciendo su vida. Le dije que no se preocupara, y lo invité a tomarnos un café y fumarnos un cigarro, asegurándole que no sería una entrevista, sino una conversación. Esa mañana no conversamos sobre su vida, no discurrí en sus intimidades, no pregunté, simplemente charlamos como dos conocidos que se encuentran después de largo tiempo. Le comenté que el texto estaba bastante avanzado y que pronto lo terminaría, él me

preguntó qué tenía planeado hacer después de presentar la tesis. Le dije que probablemente para principios del año que siguiente me iría del país, como muchos se han ido, como muchos se irán y se seguirán yendo mientras el país siga en las mismas vías. Rubén lo lamentó, sin juzgarme y sin palabras. O más bien me pareció leer el lamento en su rostro. Después de un café, un cigarro y una caminata, nos separamos.

Me fui contento, porque sabía que Rubén seguía ahí, firme en sus convicciones, siendo la persona que elegía ser. Pero también me di cuenta esa mañana que nuestra relación se había roto parcialmente. De cierta manera creo que me dijo que su intimidad, de ese punto en adelante, volvía pertenecerle solo a él. Creo que ese día descubrí el Rubén cerrado del que me hablaron quienes eran cercanos a él, el inaccesible. No fue algo que me molestara, cada quien se pertenece y se abre a quienes quiere. Si tuviera que caracterizarlo, si alguien me preguntara quién es Rubén, creo que diría que no lo sé, es complejo, como dijo Zhandra, y decidido, como contó Pedro Brito, y otras tantas cosas que él mismo y quienes lo han conocido a profundidad dicen de él, pero yo no creo saber quién sea. Quedará este relato como prueba de que existe, o existió, si llega a leerse en un mañana demasiado lejano para él. Será la prueba de que en un momento de crisis aguda, en un momento donde todo parecía flaquear, existió un profesor que no quiso abandonar la academia, que siguió luchando como saben hacerlo los profesores: cuestionando, investigando, haciendo valer el verbo con la vida. Y como él, otros tantos.

Referencias

Referencias bibliográficas

Arias, F. (2006). *Proyecto de Investigación. Introducción a la metodología científica* (5a ed.). Caracas: Episteme.

Benavides, J. y Quintero, C. (2004). *Escribir en prensa* (2da Ed.). Madrid: Pearson Educación, S.A. España.

Márquez, A. (2010). *La Comunicación Impresa*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.

Sabino, C. (2002). *El proceso de investigación*. Caracas: Panapo.

Sampieri, R., Fernández, y C., Baptista, P. (2006). *Metodología de la Investigación* (4ª ed.). México: Mc Graw Hill.

Ulibarri, E (1994). *Idea y vida del reportaje*. México: trillas

Referencias electrónicas

Afonso, G (2016). Reflexiones sobre la precarización del trabajo del personal docente y de investigación y su impacto académico en la Universidad Central de Venezuela (PDF).

Afonso, J (2013). Diálogo social en la Venezuela del siglo XXI. Disponible en línea:

http://190.169.94.12/ojs/index.php/rev_s/article/view/8012

AFP (23 de julio de 2018). FMI prevé en Venezuela inflación de hasta 1.000.000%. El Nacional.

Recuperado de: http://www.el-nacional.com/noticias/economia/fmi-preve-venezuela-inflacion-hasta-1000000_245164

Clabes (2013). Atención integral del estudiante: el dilema entre la política institucional y las políticas fiscales (PDF). Disponible en línea: http://clabes-alfaguia.org/clabes-2013/ponencias/LT_3/ponencia_completa_130.pdf

Fermín, M (7 de marzo de 2018). Presupuesto asignado a la UCV representa apenas 57,7% de lo solicitado. *Efecto Cocuyo*. Recuperado de: <http://efectococuyo.com/principales/presupuesto-asignado-a-la-ucv-representa-apenas-577-de-lo-solicitado/>

Fondo Monetario Internacional. *Inflation rates, average consumer prices. Annual percent change.*

Disponible en línea: <https://www.imf.org/external/datamapper/PCPIPCH@WEO/WEOWORLD/VEN>

Guerrero, L. Dónde estaba yo cuando escribí esto? Disponible en línea: http://www.elmalpensante.com/articulo/116/donde_estaba_yo_cuando_escribi_esto

Guerrero, M (2013). De la hiperinformación a la desinformación 2.0 (PDF). Disponible en línea: <http://riuma.uma.es/xmlui/bitstream/handle/10630/5627/De%20la%20hiperinformaci%3fb3n%20a%20la.pdf?sequence=1>

Guerrero, M. Qué es y qué no es el periodismo literario (PDF). Disponible en línea: <http://derejojo.org/omar/leila-periodismo-literario.pdf>

Informe del consejo universitario de la Universidad Central de Venezuela (3 de junio de 2009). El presupuesto de la UCV (PDF). Disponible en línea:

http://www.ucv.ve/fileadmin/user_upload/vrad/documentos/Publicaciones/Rebaja_Presupuestaria/Informe_Presupuesto_Consejo_Universitario_03_06_09.pdf

Informe del consejo universitario de la Universidad Central de Venezuela (28 de septiembre de 2011) (PDF). Disponible en línea: http://www.ucv.ve/fileadmin/user_upload/secretaria/Informe_del_Consejo_Universitario_del_28-09-11.pdf

Latorre, V (2017). Periodismo narrativo: cuando la realidad se apoya en la ficción. Disponible en línea: <https://www.narrativas.com.ar/periodismo-narrativo-cuando-la-realidad-se-apoya-la-ficcion/>

López-Maya, M (2000). Venezuela después del caracazo: formas de protesta en un contexto desinstitucionalizado (PDF). Disponible en línea: https://kellogg.nd.edu/sites/default/files/old_files/documents/287_0.pdf

Noticias UCV (2013). Cronología sobre los hechos de violencia en la UCV. Recuperado de: http://www.ucv.ve/detalle-noticias-ucvprincipal/article/cronologia-sobre-los-hechos-de-violencia-en-la-ucv.html?tx_ttnews%5BbackPid%5D=1&cHash=453baeb8ed

Martoreli, N. Etimología de crisis. DeChile.net. Recuperado de: <http://etimologias.dechile.net/?crisis>

Prensa Psuv (2013). [Transcripción completa de las palabras del Presidente Chávez en su última cadena nacional \(08/12/12\)](#). Recuperado de: <http://www.psuv.org.ve/temas/noticias/transcripcion-completa-palabras-presidente-chavez-su-ultima-cadena-nacional-081212/>

- Pimentel, O (29 de enero de 2017). "El presupuesto alcanza solo para el primer semestre del 2017". *Diario El Nacional*. Recuperado de: http://www.el-nacional.com/noticias/sociedad/presupuesto-alcanza-solo-para-primer-semester-2017_78153
- Pujadas, J. (2000). El método biográfico y los géneros de la memoria. *Revista de Antropología Social* [Revista en línea]. Consultada el 24 de marzo en: <http://revistas.ucm.es/index.php/RASO/article/download/RASO0000110127A/9967>.
- Real Academia Española (2018). Crisis. *Diccionario en línea de la Real Academia Española*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=crisis>
- Reyes, A (24 de febrero de 2017). Víctor Márquez: Más de 1.200 profesores se han ido de la UCV en los últimos tres años. *KonZapata*. Recuperado de: <https://konzapata.com/2017/02/victor-marquez-mas-de-1-200-profesores-se-han-ido-de-la-ucv-en-los-ultimos-tres-anos-y-ii/>
- Rosendo, B. (2009). El perfil como género periodístico. *Depositario Académico Universal, Universidad de Navarra*. Disponible en línea: <https://dadun.unav.edu/bitstream/10171/8672/1/20091106225918.pdf>
- Saavedra, G (2000). Narradores que saben más: la narrativización del discurso y el efecto omnisciente en no ficción periodística. Disponible en línea: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2272084>
- Sanchez, F (20 de mayo de 2009). Protesta estudiantil en Caracas por recorte presupuestario. *El Nuevo Herald*. Recuperado de: <https://www.elnuevoherald.com/noticias/mundo/america-latina/venezuela-es/article1995664.html>

Sanz, A. (2005). El método biográfico en investigación social: potencialidades y limitaciones de las fuentes orales y los documentos personales. *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia* [Revista en línea], 57 (1). Consultada el 25 de marzo de 2015 en: <http://www.eduneg.net/generaciondeteoria/files/SANZ-2005-El-metodo-biografico-en-la-invest-social.pdf>

Unesco (2003). La educación superior en Venezuela (PDF). Disponible en línea: <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001315/131594s.pdf>

Vicerrectorado administrativo (2006). 30 años de presupuesto de la UCV. 1975-2004 (PDF). Disponible en línea: <http://saber.ucv.ve/handle/123456789/2348>

Tesis y trabajos de grado

Rivas, G. (2016). *La cotidianidad se volvió un drama: La agonía de comprar comida*. Trabajo especial de grado para optar a la licenciatura de Comunicación Social de la **Universidad Central de Venezuela**.

Parra, M. (2002). *La profesión académica: perspectivas comparadas*. Tesis de grado para optar al título de doctora en Estudios del Desarrollo. Universidad Central de Venezuela.